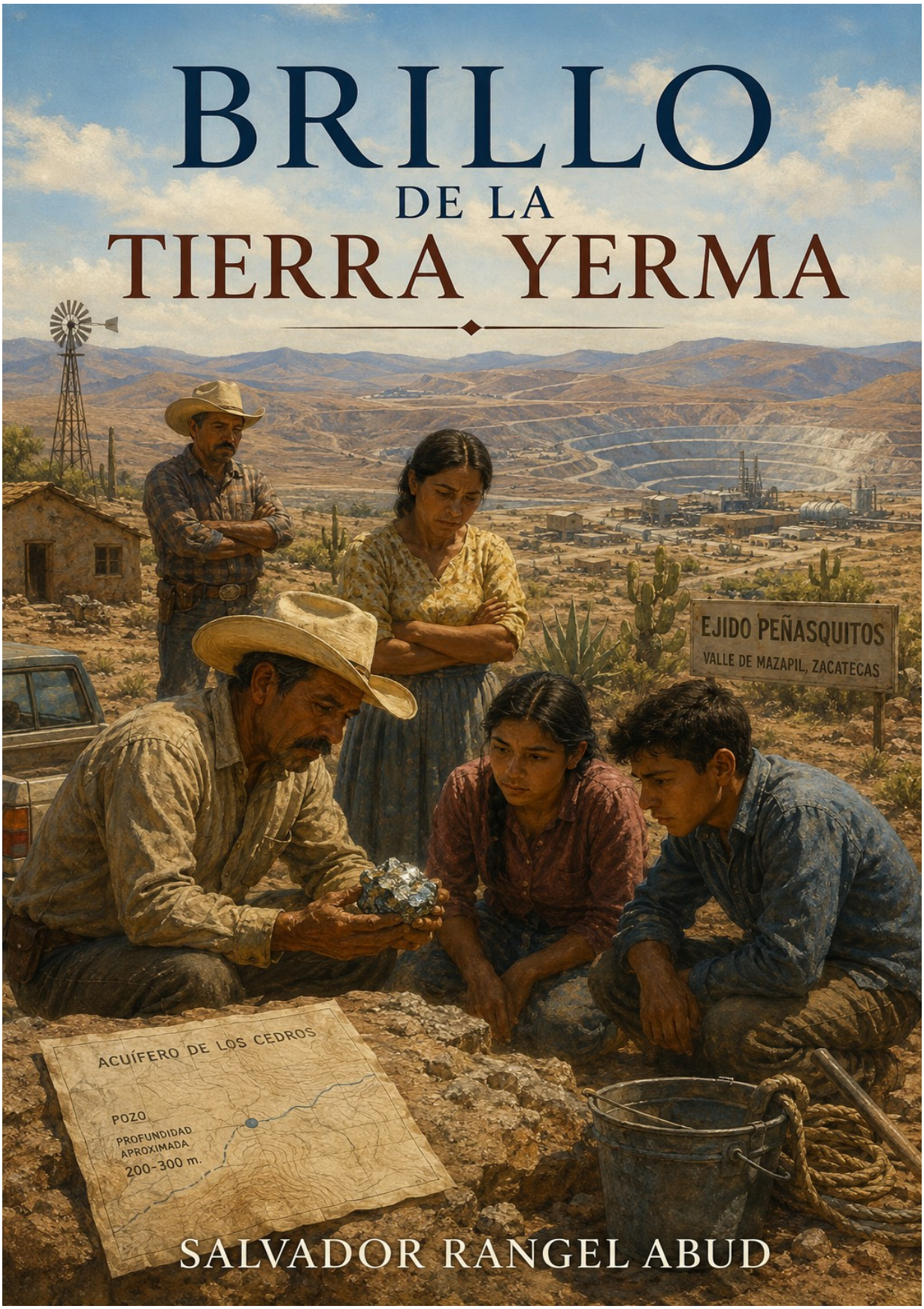
BRILLO
DE LA
TIERRA YERMA
EJIDO PEÑASQUITOS
VALLE DE MAZAPIL, ZACATECAS
ACUÍFERO DE LOS CEDROS
POZO
PROFUNDIDAD
APROXIMADA
200-300 m.
SALVADOR RANGEL ABUD

Brillo de la tierra yerma · **Salvador Rangel Abud**

SINOPSIS

En el Ejido Peñasquitos, enclavado en el Valle de Mazapil en el semi desierto zacatecano, tres ejidatarios se enfrentan al peor año de sequía en décadas. Nabor, Vicente y Serafín llevan años intentando perforar un pozo profundo sin conseguir apoyo institucional, mientras el acuífero de Los Cedros baja su nivel semana a semana y las familias comienzan a abandonar silenciosamente sus parcelas. Un hallazgo inesperado —un cerro con contenido de plata de alta ley que aparece cuando limpian terreno para una siembra de emergencia— transforma radicalmente su posición frente a la empresa minera más grande de Latinoamérica, que opera a pocos kilómetros y que necesita exactamente lo que ellos controlan por derecho de superficie. Lo que sigue no es una historia de riqueza repentina sino de inteligencia colectiva: la de tres hombres que aprenden la diferencia entre posición y riqueza, la de dos mujeres que organizan en silencio lo que los hombres no supieron pedir, la de una muchacha de diecisiete años con un cuaderno de tres columnas y acceso a una red de wifi de la biblioteca del pueblo, y la de un muchacho de quince que trabaja en el almacén de la mina y escucha lo que nadie espera que escuche. *Brillo de la tierra yerma* es una novela sobre el agua, la tierra, el tiempo y el precio de permanecer en el lugar al que uno pertenece cuando ese lugar ya no garantiza nada.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene representaciones de pobreza extrema, migración forzada, conflictos comunitarios, tensiones familiares y presiones derivadas de la industria extractiva sobre comunidades rurales. No contiene violencia gráfica ni lenguaje explícito. Es una obra apta para lectores adultos y para jóvenes mayores de catorce años con interés en temas sociales, ambientales y de justicia agraria. Algunos personajes atraviesan situaciones de crisis económica y desarraigo que pueden resonar de manera personal en lectores con experiencias similares.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado. Ha publicado más de doscientas dos novelas. Escribe desde Xalapa, Veracruz, México, desde donde explora con igual rigor los territorios de la medicina, la historia y la ficción. Contacto: wrangel.1352@gmail.com

---

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: Brillo de la tierra yerma

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Novela social y de denuncia

Subgénero: Ficción realista / Novela de negociación / Literatura del norte de México

Extensión aproximada: Novela larga (prólogo + 18 capítulos + epílogo)

Idioma: Español

País de origen: México

Año de escritura: 2025–2026

Licencia: CC BY-NC-ND 4.0

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta que la realidad del norte de México plantea con creciente urgencia: ¿qué ocurre cuando la tierra que sostiene a una comunidad contiene algo que el mundo industrial necesita? La respuesta que encontré en la investigación no fue ni el triunfo ni la derrota, sino algo más complejo y más real: la negociación. Y la negociación, como cualquier proceso humano que vale la pena, depende menos de quién tiene más poder formal y más de quién sabe exactamente qué quiere y por qué lo quiere. Los ejidatarios de Peñasquitos son personajes de ficción, pero el Valle de Mazapil es real, el complejo minero Peñasquito es real, el acuífero de Los Cedros y su tendencia decreciente son reales, y la paradoja legal entre la propiedad ejidal de la superficie y la concesión nacional del subsuelo es tan real que define el destino de cientos de comunidades en el norte del país. Escribí esta novela para que esa realidad tuviera un relato a su altura.

LICENCIA

Esta obra está protegida bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0). Se permite la reproducción y distribución del texto íntegro con fines no comerciales, siempre que se cite al autor y la fuente, no se realicen obras derivadas sin autorización expresa, y no se utilice con fines comerciales sin permiso escrito del autor. Para solicitudes de derechos: wrangel.1352@gmail.com

---

PALABRAS CLAVE

Ejido · Minería · Zacatecas · Mazapil · Agua · Acuífero · Semidesierto chihuahuense · Negociación · Derecho agrario · Comunidades rurales · Industria extractiva · Sequía · Norte de México · Plata · Gossan · Mujeres rurales · Justicia hídrica · Permanencia · Resistencia comunitaria

---

TEMAS PRINCIPALES

La paradoja legal entre la propiedad ejidal de la superficie y la concesión nacional del subsuelo como condición estructural de vulnerabilidad de las comunidades rurales mexicanas. La negociación como forma de inteligencia colectiva accesible a quienes saben exactamente qué necesitan. El agua como bien común cuya escasez define el destino de las comunidades en el norte árido de México. El papel de las mujeres rurales en los procesos de decisión comunitaria que formalmente las excluyen. La tensión entre las distintas visiones del tiempo: la empresa que piensa en décadas de producción y el ejido que piensa en generaciones de permanencia. La migración como consecuencia de la falta de opciones y el retorno como posibilidad cuando las opciones se reconstituyen. La formación técnica y el conocimiento como herramientas de defensa comunitaria. El costo humano y social de las industrias extractivas sobre los territorios donde operan.

CITAS DESTACADAS

"La tierra de la superficie es del ejido. El subsuelo es de la nación. Lo que está debajo de tu parcela no te pertenece. Pero sin el permiso de la asamblea ejidal, la empresa no puede meter una sola máquina. Ahí está tu palanca."

"La plata del cerro no inventó los problemas. Los sacó a la luz."

"Si no nos ponemos de acuerdo hoy entre nosotros, mañana no habrá ejido al que regresar."

"El lugar tiene el tamaño que tiene. El peso lo pusimos nosotros."

"Los acuerdos vagos siempre los interpreta el que tiene más abogados."

"El verdadero conflicto no es entre el ejido y la mina. Es entre distintas maneras de entender qué significa el futuro. La mina piensa en décadas de producción. El ejido piensa en generaciones de permanencia. Son escalas de tiempo que no se miden con el mismo instrumento."

COMPARACIONES LITERARIAS

Por su tratamiento del conflicto entre comunidades rurales e industria extractiva en el norte mexicano, *Brillo de la tierra yerma* dialoga con la tradición de la narrativa social latinoamericana que incluye obras como *Pedro Páramo* de Juan Rulfo en su evocación del mundo rural mexicano despoblado por la adversidad, y con la narrativa de denuncia social de escritores como Elena Poniatowska en su capacidad de dar voz a comunidades en conflicto con estructuras de poder. Por su estructura de negociación colectiva y su ritmo de thriller social, se acerca también al estilo de Arturo Pérez-Reverte en novelas como *El pintor de batallas* o *La Reina del Sur*, donde el conocimiento técnico y la inteligencia práctica son los verdaderos protagonistas. Por su rigor en el retrato de la realidad hídrica y minera del norte de México, la novela tiene también la dimensión

documental de la mejor narrativa de no ficción latinoamericana contemporánea.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿En qué momento del proceso consideran que el ejido pasó de ser solicitante a ser negociador? ¿Qué decisión específica produjo ese cambio?

La novela muestra que las mujeres del ejido tenían información más precisa sobre las necesidades reales de sus familias que los hombres que negociaban en su nombre. ¿Qué nos dice eso sobre los procesos de toma de decisión en comunidades rurales?

Nabor decide no pedir dinero en efectivo sino agua, educación y trabajo. ¿Consideran que fue la decisión correcta? ¿Qué habrían pedido ustedes?

Prisciliana aprende a leer contratos y exige la cláusula de verificación independiente sin la cual el acuerdo habría sido una promesa sin consecuencias. ¿Qué papel juega el conocimiento técnico en la defensa de los derechos de comunidades con recursos limitados?

El epílogo muestra un ejido parcialmente restaurado pero con un acuífero que sigue siendo finito. ¿Consideran que el convenio fue una victoria, un empate o simplemente tiempo ganado? ¿Qué diferencia hay entre las tres opciones?

La paradoja legal del subsuelo nacional y la superficie ejidal existe en México desde la Constitución de 1917. ¿Debería cambiarse esa ley? ¿Cuáles serían las consecuencias de hacerlo?

CÓMO CITAR

Rangel Abud, Salvador. *Brillo de la tierra yerma*. México, 2026. Novela social. Licencia CC BY-NC-ND 4.0. Contacto del autor: wrangel.1352@gmail.com

---

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de doscientas dos novelas publicadas que abarcan géneros que incluyen la ficción histórica, la novela coral, la narrativa de ciencia ficción, la ficción genealógica, la novela gastronómica y la novela de entretenimiento. Entre sus proyectos activos se encuentran *El último rojo del Soviet*, *Una España siempre en llamas*, *Las voces de la razón*, *La sangre del norte*, *La república que pudo haberse sembrado*, *Esto es lo que hicimos de México*, *Hogar, dulce hogar* y *Chocolate para mi pastel*, entre otros. Para información sobre obras disponibles: wrangel.1352@gmail.com

---

MENSAJE FINAL

Brillo de la tierra yerma es una novela sobre lo que ocurre cuando personas ordinarias, sin recursos extraordinarios ni formación técnica especializada, deciden que no van a ceder sin saber exactamente qué tienen y exactamente qué necesitan. Es también una novela sobre el agua: sobre lo que significa vivirla escasa, sobre el precio que hay que pagar para conseguirla, y sobre la manera en que su presencia o su ausencia define el tipo de vida que es posible en un lugar. Y es, finalmente, una novela sobre el tiempo: sobre la diferencia entre el tiempo que una empresa mide en ciclos de producción y el tiempo que una familia mide en generaciones. En ese espacio entre las dos escalas es donde ocurre la historia. Ojalá que al cerrar este libro alguien entienda ese espacio un poco mejor de lo que lo entendía antes de abrirlo.

ÍNDICE

PRÓLOGO: La sed bajo la piedra
CAPÍTULO 1: Los que todavía se quedan
CAPÍTULO 2: Lo que Remedios escuchó
CAPÍTULO 3: El resplandor bajo el polvo
CAPÍTULO 4: El laboratorio de Concepción del Oro
CAPÍTULO 5: La ley de arriba y la riqueza de abajo
CAPÍTULO 6: Lo que Filemón vio desde arriba
CAPÍTULO 7: La ciudad iluminada en medio del desierto
CAPÍTULO 8: El sindicato también tiene sed
CAPÍTULO 9: Las mesas del silencio

CAPÍTULO 10: La tierra comienza a escuchar
CAPÍTULO 11: Lo que Filemón no le contó a su padre
CAPÍTULO 12: La grieta que se abrió
CAPÍTULO 13: Los hombres de Denver
CAPÍTULO 14: El precio de permanecer
CAPÍTULO 15: La lluvia que nunca llegó
CAPÍTULO 16: El subsuelo de los hombres
CAPÍTULO 17: La grieta invisible se ensancha
CAPÍTULO 18: El agua prometida
EPÍLOGO: El brillo de la tierra yerma

BRILLO DE LA TIERRA YERMA

Por Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO

La sed bajo la piedra

Ejido Peñasquitos, Valle de Mazapil, Zacatecas. Agosto.

El valle empezaba a morirse de sed desde antes del mediodía.

No era una muerte dramática ni súbita. Era la clase de muerte que ocurre despacio y sin anuncio, la que se instala en los bordes antes de llegar al centro, la que primero seca los pastizales de las orillas y luego avanza hacia adentro con la paciencia de lo que no tiene prisa porque sabe que al final llega de todas formas. Las grietas en la tierra no eran novedad en agosto, pero ese año tenían una profundidad distinta, como si el suelo hubiera decidido abrirse más de lo habitual para mostrar algo que normalmente prefería ocultar. Los remolinos de polvo se levantaban sin que hubiera viento suficiente para justificarlos, pequeños torbellinos rojizos que giraban durante unos segundos sobre el camino de terracería y luego se deshacían solos como si les faltara convicción para seguir.

Las cabras de Vicente estaban apiñadas bajo el único mezquite que daba sombra real en esa parte del ejido. No se movían. Ni siquiera buscaban ramonear porque habían aprendido, con la inteligencia específica de los animales que sobreviven en el desierto, que gastar energía buscando comida en ese calor producía más sed de la que cualquier hallazgo podía

compensar. Simplemente esperaban. Las cabras en el desierto saben esperar mejor que los hombres.

Más allá del mezquite, donde la parcela de Vicente terminaba y comenzaba el camino al ejido, una familia completa cargaba bultos en la caja de una camioneta prestada. Lo hacían sin urgencia y sin ruido, con la calma de quien ha tomado una decisión hace tiempo y está solamente ejecutando lo que ya resolvió. Eran los Montoya, tres generaciones en el ejido desde la reforma agraria. El nieto cargaba colchones mientras su mujer sujetaba a los niños chicos. Se iban a Monterrey. No era lo que habían querido. Era solamente lo que había.

Nabor llegó al portal de su casa poco antes de las seis de la tarde con las manos sucias de tierra y una expresión que Eustolia reconoció desde adentro sin necesidad de asomarse a verlo. Era la expresión del cansancio que ya no viene solamente del cuerpo sino de algo más profundo, de la acumulación de días iguales que pesan de manera diferente cuando uno empieza a sospechar que no tienen solución visible. Se lavó las manos en la palangana que ella había dejado junto a la puerta, el agua tibia y levemente turbia que quedaba del día, y se sentó en la silla de madera sin decir nada.

Eustolia salió con dos tazas de café.

—Ya vienen Vicente y Serafín —dijo, dejando una taza frente a él.

—Lo sé.

—¿Van a volver a hablar del pozo?

Nabor tomó la taza. El café estaba demasiado caliente para el calor de la tarde pero lo bebió de todas formas porque el ritual de beberlo era lo que importaba, no la temperatura.

—Siempre volvemos a hablar del pozo —dijo.

Eustolia se sentó en la otra silla. Desde el portal podían ver el camino de tierra que llegaba hasta la casa y más allá el perfil irregular del valle aplanándose hacia el sur. A lo lejos, donde el cielo empezaba a oscurecerse por el lado del poniente, parpadeaban las primeras luces de las instalaciones de la mina. Aparecían siempre antes del anochecer completo, como si la oscuridad fuera para ellas solamente una señal de encender más luz, no de detenerse.

—Cada vez se ve más grande —dijo Eustolia, mirando las luces.

—Porque cada vez es más grande.

—¿Y nosotros?

Nabor no respondió de inmediato. Tomó otro sorbo de café y miró el horizonte con la expresión de quien está calculando algo que no tiene cifras concretas.

—Nosotros seguimos aquí —dijo finalmente.

Eustolia asintió sin decir nada más. Esa respuesta no la satisfacía pero conocía a su marido lo suficiente para saber que presionarlo cuando estaba en ese estado producía silencios más largos en lugar de respuestas más completas. Había aprendido eso en veintidós años de matrimonio: que Nabor pensaba hacia adentro y que la mejor manera de que saliera algo útil era dejarlo en paz hasta que él mismo encontrara la salida.

Vicente llegó primero, a pie, desde su parcela que quedaba a doscientos metros hacia el norte. Traía el sombrero en la mano porque ya no calentaba tanto y caminaba despacio con la cadencia específica de los hombres viejos del campo que han aprendido a medir cada paso para no gastar lo que no tienen. Saludó a Eustolia con un movimiento de cabeza y se sentó en el escalón del portal sin esperar invitación porque llevaba tantos años entrando a esa casa que la formalidad habría resultado extraña.

—¿Ya viene Serafín? —preguntó.

—Dijo que sí —dijo Nabor.

—Dijo que sí y viene tarde como siempre —dijo Vicente, pero sin irritación. Era simplemente una observación sobre el carácter de Serafín que los tres conocían bien y que ya nadie intentaba corregir.

Serafín llegó diez minutos después en su camioneta que hacía un ruido en el motor que llevaba meses prometiendo que iba a arreglar. Bajó con energía, como siempre, con esa disposición física que tenía de persona que llega a resolver algo aunque todavía no sepa exactamente qué. Traía una bolsa de plástico con pan dulce que puso sobre la balaustrada del portal.

—Traje pan —dijo.

—Ya lo vimos —dijo Vicente.

—¿Hay café?

Eustolia ya estaba adentro calentando más. La conversación que seguía era de hombres pero ella conocía sus partes de memoria porque la había escuchado en distintas variaciones durante los últimos tres años: el pozo, la profundidad, el costo, la gestión con la Comisión Nacional del Agua, la empresa minera, el acuífero de Los Cedros, la posibilidad de un apoyo que nunca llegaba del todo. Era una conversación circular que daba vueltas alrededor del mismo problema sin encontrar la salida porque la salida requería dinero que ninguno tenía o permisos que nadie concedía o tecnología que ningún programa gubernamental había acercado hasta Peñasquitos.

Pero esa noche algo era diferente.

Nabor lo sabía desde la mañana aunque no hubiera sabido explicar exactamente qué era lo que había cambiado. Tal vez era el hecho de que tres familias más habían comenzado discretamente a preparar su salida del ejido. Tal vez era que el nivel del pozo comunitario había bajado otro medio metro en las últimas dos semanas según el encargado. Tal vez era simplemente que había llegado a un punto donde seguir discutiendo el

mismo problema sin tomar ninguna decisión comenzaba a parecerle peor que equivocarse.

—El pozo comunitario va a durar otro mes —dijo, cuando los tres tenían el café en la mano y el pan dulce sin tocar sobre la balaustrada—. Quizás dos si no llueve fuerte, que no va a llover.

—¿Quién te dijo lo del nivel? —preguntó Serafín.

—Macedonio. Ayer en la tarde.

Vicente giró levemente la cabeza hacia el lado del pozo comunitario como si pudiera verlo desde ahí.

—¿Y las Garduño? —preguntó. Las Garduño eran una familia de tres mujeres, madre e hijas, que vivían solas desde que el marido se fue al norte hacía cuatro años.

—Las Garduño ya empacaron —dijo Nabor—. Se van el siguiente fin de semana a Saltillo con una hermana.

Los tres guardaron silencio durante un momento. Las Garduño llevaban en el ejido cuatro generaciones. Que se fueran ellas, era una cosa distinta a que se fueran los jóvenes o las familias recientes. Era como ver caer una viga que uno creía que iba a durar para siempre.

—Si seguimos esperando el apoyo de la Comisión del Agua nos vamos a quedar esperando —dijo Serafín—. Llevan dos años diciéndonos que nuestras tierras no están en la zona de mejor aprovechamiento del acuífero y que el estudio técnico tiene que hacerse primero y que el presupuesto del programa no alcanzó este año. El año que viene dirán lo mismo.

—Lo sé —dijo Nabor.

—Entonces hay que ir a la mina.

—También lo sé.

Serafín lo miró con una expresión de ligera sorpresa porque generalmente cuando él proponía algo Nabor primero encontraba tres razones para esperar antes de estar de acuerdo.

—¿Y entonces? —dijo.

—Entonces hay que ir con algo en la mano —dijo Nabor—. No a pedir. A proponer.

Vicente dejó la taza sobre el escalón y se recargó contra el poste del portal.

—¿Y qué vamos a proponer? —preguntó—. Tenemos tres parcelas secas y una necesidad de agua. Eso no es una propuesta. Es una solicitud de limosna.

—Todavía no sé qué vamos a poder proponer —admitió Nabor—. Pero sé que si llegamos sin nada nos van a escuchar diez minutos, nos van a dar un número de teléfono del área de responsabilidad social y nos van a decir que llamemos la semana que entra y que ellos nos llamarán a nosotros. Así funciona eso. Ya lo sabemos.

Los tres lo sabían porque así había funcionado cada vez que alguno del ejido había intentado acercarse a la empresa por cuenta propia. La mina tenía protocolos para recibir a comunidades con problemas y esos protocolos estaban diseñados para dar la apariencia de atención sin comprometer nada concreto.

Eustolia salió con la cafetera a rellenar las tazas. Mientras lo hacía escuchó sin pretender que no escuchaba porque en esa casa nunca había pretendido no escuchar lo que ocurría en el portal.

—La mina tiene que necesitar algo de nosotros para que nosotros podamos pedir algo de ella —dijo, sin dejar de servir el café.

Los tres hombres la miraron.

—Las tierras —continuó ella, dejando la cafetera sobre la balaustrada—. O lo que hay debajo de ellas. O el acceso a lo que hay debajo. Algo deben tener ustedes que ella quiera…y ya sabemos también que podrían querer. Tal vez que todos nos vayamos para poder quedarse con nuestras tierras y que ellos puedan extenderse más.

Se metió adentro antes de que alguno respondiera, no por timidez sino porque había dicho lo que tenía que decir y el resto era asunto de ellos resolverlo.

Nabor la siguió con los ojos hasta que desapareció detrás de la puerta. Luego miró a Vicente y a Serafín.

—Tiene razón —dijo.

—Claro que tiene razón —dijo Serafín—. El problema es que no sabemos qué tenemos que ella quiera.

—Todavía —dijo Vicente, con una calma que a veces irritaba a Serafín precisamente porque siempre resultaba tener más peso que la prisa.

Las luces de la mina en el horizonte seguían parpadeando con esa claridad constante que no tenía apagones ni pausas. Una ciudad industrial plantada en medio del desierto que consumía agua de profundidades que ningún ejidatario de Peñasquitos podría costear, que procesaba millones de toneladas de roca cada año, que empleaba a hombres de los mismos ejidos vecinos con salarios que ninguna parcela podía igualar, y que desde ciertas lomas del valle podía verse de noche como algo casi irreal, como si perteneciera a otro planeta que había decidido instalarse ahí sin pedir permiso.

Nabor la miró durante un rato largo sin decir nada.

Serafín comió finalmente un trozo de pan dulce y se limpió los dedos en el pantalón.

—¿Y mientras tanto? —preguntó.

—Mientras tanto seguimos —dijo Nabor.

—¿Seguimos qué?

—Seguimos siendo ejido. —Nabor tomó el último sorbo de café, que ya estaba completamente frío—. Porque si dejamos de serlo antes de encontrar lo que necesitamos, ya no hay nada que negociar.

Vicente asintió. Serafín masticó el pan en silencio. Las cabras de Vicente seguían inmóviles bajo el mezquite aunque ya se había refrescado lo suficiente para que pudieran moverse. Simplemente no habían encontrado todavía razón para hacerlo.

Adentro de la casa, Prisciliana leía bajo la luz de una lámpara en su cuarto un periódico de la semana anterior que había conseguido en casa de una vecina. Había una nota sobre escasez hídrica en el norte de México que había leído dos veces. Había otra sobre conflictos entre ejidos y empresas mineras en Sonora que había leído tres veces. Tenía un cuaderno donde anotaba cosas que le parecían importantes aunque no supiera todavía exactamente para qué. Esa noche escribió una sola línea: *El agua no es el problema. El agua es la consecuencia.*

No se la mostró a nadie.

Todavía.

CAPÍTULO 1

Los que todavía se quedan

Ejido Peñasquitos, Valle de Mazapil. Agosto, días después.

Nabor salió a la parcela antes de que amaneciera.

No era costumbre de madrugador sino cálculo: las dos horas anteriores al sol pleno eran las únicas en que el cuerpo podía trabajar sin que el calor lo convirtiera en un problema adicional al de la tierra. Se puso las botas en el portal oscuro, tomó el azadón del clavo en la pared y caminó hacia la parcela siguiendo el camino que sus pies conocían de memoria porque lo habían recorrido miles de veces desde que era niño y su padre lo llevaba al alba con la misma rutina silenciosa, como si hablar de madrugada fuera un lujo que el campo no ofrecía.

La alfalfa estaba amarillenta.

No toda: había franjas donde todavía conservaba un verde pálido que a cualquier visitante de ciudad podría haberle parecido aceptable, pero Nabor sabía leer su parcela con la precisión que otros hombres leen documentos. Esa alfalfa estaba al límite. Dos semanas más sin lluvia y no habría nada que cortar. Una semana más después de eso y ni las cabras de Vicente querrían lo que quedara.

Se agachó junto a un surco y tomó un puñado de tierra. La apretó en la mano. Se deshizo en polvo antes de que pudiera sentirla compacta. Tierra de temporal estricto, le había dicho su padre siempre: tierra que te da cuando llueve y te cobra todo cuando no. El problema era que cada año la cuenta pendiente crecía más rápido que el pago.

A sus espaldas, hacia el este, el sol empezaba a insinuarse sobre el filo de la sierra. El valle adquirió por unos minutos ese color anaranjado que solo existe entre las cinco y las seis de la mañana en el desierto chihuahuense, cuando la luz es todavía oblicua y pinta las rocas y el polvo con una calidez que desaparece en cuanto el sol sube lo suficiente y todo se vuelve blanco y vertical y sin piedad.

Al norte de su parcela, separado por una línea de piedras acomodadas hace décadas que funcionaba como cerca sin serlo formalmente, estaba la parcela de Vicente. Nabor lo vio aparecer desde su lado con el mismo azadón y el mismo sombrero de palma desgastado que usaba desde hacía años. Se saludaron con un gesto de cabeza sin cruzar palabras porque esa era la manera en que los hombres del ejido se saludaban de madrugada: el saludo verbal era para cuando ya había luz suficiente para justificarlo.

Vicente trabajaba despacio y con método. Tenía sesenta años y la espalda le cobraba cada movimiento brusco con una rigidez que tardaba media mañana en ceder, pero compensaba la lentitud con una precisión acumulada en décadas de hacer exactamente lo mismo. Sus cabras estaban en el corral todavía, esperando que alguien las sacara, y de vez en cuando una se asomaba por entre los tablones y miraba hacia la parcela con esa paciencia específica de los animales acostumbrados a esperar.

Cipriano, el hijo de Vicente, no había venido el domingo pasado.

Nabor lo sabía porque Eustolia lo supo primero por Remedios, la mujer de Serafín, que lo supo porque las noticias en el ejido no necesitaban teléfono para moverse. Cipriano había mandado dinero por transferencia y una disculpa breve: turno extra en la mina, no podía salir. Vicente no había dicho nada al respecto en la reunión del portal, pero Nabor había notado que esa semana el viejo salía a la parcela más temprano que de costumbre y se quedaba más tiempo del necesario. Los hombres del campo, cuando algo los pesa, se meten más adentro del trabajo como si la tierra pudiera absorber lo que no cabe en palabras.

A las siete de la mañana, cuando el sol ya calentaba con intención, Nabor se enderezó y fue a buscar agua en la jarra que había dejado a la sombra de un mezquite joven en la orilla de la parcela. Bebió despacio, miró hacia el sur donde el perfil de la mina se veía durante el día como una nube de polvo permanente en el horizonte, y calculó mentalmente lo que llevaría calculando desde hacía semanas sin llegar a ningún resultado satisfactorio.

Para perforar un pozo a doscientos metros necesitaban dinero que no tenían. Para pedir el dinero a un banco necesitaban garantías que no podían ofrecer porque el ejido no se puede hipotecar. Para gestionar apoyo gubernamental necesitaban tiempo que el acuífero no iba a darles. El círculo era perfecto en su imposibilidad.

A menos que hubiera algo que cambiar de lugar.

Filemón apareció por el camino lateral a las ocho, con la camisa abierta y una actitud de quien ha dormido más de lo que debería pero no lo admite

voluntariamente. Tenía quince años y la constitución física de su padre pero los gestos de otra generación: se movía con esa mezcla específica de energía y descuido que tienen los adolescentes del campo cuando todavía no han decidido si quieren ser del campo o no.

—Ya me dijiste que vinieras temprano —dijo Nabor, sin apartar los ojos de la alfalfa.

—Vine —dijo Filemón.

—A las ocho no es temprano.

—Para algunos sí.

Nabor no respondió porque sabía que responder producía más argumento y no más trabajo. Le señaló la sección del surco que necesitaba deshierbe y Filemón tomó el azadón de repuesto que estaba apoyado en el mezquite y se puso a trabajar con una energía inicial que Nabor sabía por experiencia que duraría unos veinte minutos antes de volverse más deliberada.

Trabajaron en silencio durante un rato. El calor subía por oleadas desde el suelo y el único sonido era el del azadón contra la tierra seca y, de vez en cuando, el balido de alguna cabra de Vicente desde el corral.

—Oiga —dijo Filemón después de un rato—. El Lalo dice que en la mina están contratando para el turno de mantenimiento nocturno. Que pagan bien.

—¿Y?

—Que yo podría ir a preguntar.

Nabor no respondió de inmediato. Siguió trabajando el surco con la misma cadencia de antes, ni más rápido ni más lento.

—Tienes quince años —dijo finalmente.

—Para el turno nocturno piden dieciséis. Pero el Lalo dice que si uno llega con buena presencia a veces no preguntan.

—El Lalo tiene dieciocho y trabaja desde los dieciséis porque su papá lo mandó. Su papá no soy yo.

Filemón golpeó el suelo con el azadón con más fuerza de la necesaria para el deshierbe.

—Aquí no hay nada que hacer —dijo.

—Aquí hay alfalfa que deshierbar.

—Me refiero a futuro.

Nabor se detuvo. Se enderezó despacio, se limpió las manos en el pantalón y miró a su hijo con la expresión de quien está evaluando varias respuestas posibles y descartando las que producirían más discusión que claridad.

—El futuro de aquí depende de lo que hagamos ahora —dijo—. Si todos los que pueden trabajar se van a la mina, lo que queda aquí se cae solo y entonces ya no hay nada a qué regresar. ¿Eso es lo que quieres?

Filemón no respondió. Siguió trabajando, pero Nabor conocía esa forma de silencio: era el silencio de quien no está convencido pero tampoco tiene argumento suficiente para seguir discutiendo. Por ahora.

A media mañana apareció Prisciliana con la jarra de agua recargada y dos tortillas envueltas en una servilleta bordada que Eustolia mandaba siempre a las diez porque había aprendido que si Nabor no comía algo antes del mediodía el mal humor se volvía una presencia independiente que afectaba a todos los demás.

—Tu mamá manda esto —le dijo a su padre.

—Gracias.

—Y dice que si van a ir a ver a don Macedonio hoy que vayan temprano porque en la tarde tiene visita de sus hijos.

Nabor tomó una tortilla y la mordió sin dejar de mirar la parcela.

—¿Para qué quieres ver a don Macedonio? —preguntó Filemón.

—Lo del nivel del pozo comunitario —dijo Prisciliana, antes de que su padre respondiera—. Don Macedonio es el encargado.

—¿Y qué te va a decir que no sepa ya?

—Números exactos —dijo Prisciliana—. Una cosa es saber que el nivel bajó y otra saber exactamente cuánto bajó y a qué velocidad. Eso cambia lo que uno puede calcular.

Filemón la miró con esa expresión específica que reservaba para cuando su hermana decía algo que le parecía correcto pero no quería admitirlo directamente.

Prisciliana no esperó la respuesta. Dejó la jarra y se fue de regreso por el camino con el paso rápido de quien tiene más cosas que hacer. Nabor la siguió con los ojos hasta que dobló la curva.

—¿Ella sabe lo del pozo? —preguntó Filemón.

—Algo.

—¿Y lo de la reunión con Vicente y Serafín?

—Lo que escucha, escucha —dijo Nabor—. Y escucha bastante.

Al otro lado de la división de piedras, Vicente había terminado su trabajo en la sección norte de su parcela y estaba sentado en una roca plana a la sombra de un nopal, bebiendo agua de su propia jarra. Cuando vio que Nabor también se detenía a comer, cruzó hasta su lado con la lentitud característica y se sentó cerca sin pedir permiso porque tampoco lo necesitaba.

—¿Vino Cipriano? —preguntó Nabor.

—No pudo.

—Ya sé. —Pausa—. ¿Está bien?

—Manda dinero —dijo Vicente, con el tono específico de quien responde una pregunta distinta a la que le hicieron porque la que le hicieron es más difícil de responder.

Nabor asintió y le ofreció la mitad de su tortilla. Vicente la tomó sin protestas porque entre ellos los protocolos de cortesía se habían reducido hace mucho a lo esencial.

—Anoche estuve pensando en lo que dijo Eustolia —dijo Vicente después de un rato.

—¿Lo de que la mina tiene que necesitar algo de nosotros?

—Eso. —Vicente masticó despacio—. ¿Y si ya lo saben y por eso no hacen nada? ¿Por qué moverían ficha si pueden esperar a que nosotros nos vayamos solos?

Era la pregunta que Nabor había estado evitando formularse con esa precisión porque una vez formulada ya no podía ignorarse.

—Porque si esperan demasiado el ejido se deshace y entonces tienen que negociar con treinta personas distintas en lugar de con nosotros —dijo—. Y eso cuesta más que darnos el agua.

Vicente lo consideró.

—Quizás —dijo—. O quizás compran cada parcela por separado por lo que nadie rechaza cuando está desesperado.

Los dos se quedaron en silencio mirando la alfalfa amarillenta. Filemón seguía trabajando en el fondo de la parcela con los audífonos puestos, que era la única manera en que trabajaba cuando podía evitar hacerlo de otra manera.

Hacia el mediodía, cuando el sol ya no daba tregua y era necesario buscar la sombra, Nabor recogió las herramientas y caminó de regreso a la casa. En el camino pasó frente a la parcela de don Eustasio Perales, que llevaba tres semanas sin que nadie la trabajara. La puerta del jacal estaba cerrada con un candado nuevo, lo que significaba que don Eustasio ya no iba a volver. Otro que había decidido sin anunciar. Así se iba vaciando el ejido: no con portazos sino con candados nuevos en puertas que nadie volvía a abrir.

Eustolia lo esperaba en la cocina con el almuerzo listo y una expresión que Nabor conocía bien: la expresión de quien tiene algo que decir pero está midiendo el momento.

—Vino Remedios —dijo, sirviendo los frijoles.

—¿Qué quería?

—Hablar. Las mujeres a veces hablamos sin que haya un motivo específico, aunque tú no lo creerías.

—¿Y de qué hablaron?

Eustolia se sentó frente a él con su propio plato.

—De lo mismo que hablan todos. De si quedarse o irse. De qué va a pasar con los hijos si se quedan. De qué va a pasar con los hijos si se van. —Hizo una pausa—. Remedios dice que Serafín está desesperado. Que lleva noches sin dormir bien.

—Serafín siempre ha sido impaciente.

—Hay una diferencia entre impaciencia y desesperación —dijo Eustolia—. La impaciencia todavía puede esperar. La desesperación ya no.

Nabor comió en silencio durante un momento.

—Tengo que hablar con él antes de que haga algo por su cuenta —dijo finalmente.

—Eso mismo pensé yo —dijo Eustolia—. Por eso te lo digo.

Prisciliana entró desde el patio con el cuaderno en la mano y se sentó en la silla del rincón, la que usaba cuando quería estar presente sin interrumpir, que era una distinción que había aprendido sola y que Eustolia valoraba más de lo que había podido decirle directamente.

—Don Macedonio me dijo que el nivel bajó setenta y dos centímetros en los últimos cuarenta días —dijo, sin levantar los ojos del cuaderno—. A ese ritmo, en mes y medio no hay agua potable en el pozo comunitario.

Nabor dejó la cuchara sobre el plato.

—¿Le preguntaste tú sola?

—Fui a verlo como me dijo usted.

—Yo no te dije que fueras.

—Me dijo que iba a ir en la tarde. Yo fui en la mañana. —Prisciliana levantó los ojos—. El número es el mismo en cualquier horario.

Nabor la miró durante un segundo y luego tomó la cuchara de nuevo. Eustolia disimulaba algo que podría haber sido una sonrisa.

Esa tarde Nabor fue a ver a Serafín a su parcela. Lo encontró arreglando una cerca con alambre y grapas con la concentración de quien está haciendo algo con las manos para no pensar en lo que le está costando no actuar.

—Hay que movernos —dijo Serafín, sin levantar la vista de la cerca—. Cada semana que pasa es una familia menos en el ejido. Con menos ejidatarios tenemos menos fuerza.

—Lo sé.

—Entonces vamos a la mina.

—Vamos —dijo Nabor—. Pero juntos y sabiendo qué vamos a decir. No separados y con las manos vacías.

Serafín clavó una grapa con el martillo y se irguió para mirarlo.

—¿Y cuándo vamos a saber qué decir?

—Pronto —dijo Nabor—. Antes de que el pozo comunitario llegue al límite.

Serafín lo miró durante un momento evaluando si eso era una promesa o una manera elegante de seguir esperando. Decidió que era lo primero, aunque no completamente.

—Pronto es cuándo —dijo.

—Pronto es antes de que sea tarde —dijo Nabor—. Que todavía no es lo mismo.

Serafín volvió a la cerca. Clavó otra grapa con más fuerza de la necesaria. Pero no dijo que no.

CAPÍTULO 2

Lo que Remedios escuchó

Ejido Peñasquitos. Un jueves de agosto.

Remedios llegó a las ocho de la mañana con una cubeta vacía y la excusa del jabón.

Era la excusa que las mujeres del ejido usaban cuando querían hablar sin que pareciera que habían ido a hablar: necesitaban jabón, o harina, o préstame el metate tantito, o vine a ver si tenías un poco de sal. La cubeta vacía era parte del protocolo porque así la visita podía terminar con algo concreto aunque la conversación real no tuviera nada que ver con jabón ni con cubetas.

Eustolia estaba en el patio trasero tendiendo ropa cuando la escuchó llegar. La llamó desde ahí sin ir a recibirla porque entre ellas tampoco hacía falta.

—Pásale, Remedios. Estoy atrás.

Remedios cruzó la cocina con la familiaridad de quien conoce cada rincón de esa casa y salió al patio donde el sol todavía no pegaba de frente y donde había una sombra estrecha junto a la barda de adobe que en esas horas de la mañana valía más que cualquier cosa. Se sentó en el banco de madera que Eustolia tenía ahí para exactamente esas situaciones y puso la cubeta entre sus pies.

—¿Cómo está Nabor? —preguntó.

—Como siempre —dijo Eustolia, sin dejar de tender—. Poco dormido y mucho pensado.

—Serafín igual. Esta semana habló dormido dos noches.

—¿Qué decía?

—Cosas de profundidades. —Remedios se acomodó en el banco—. Metros y concesiones y cosas que yo no entendía bien pero que sonaban a que el sueño tampoco las estaba resolviendo.

Eustolia estiró una camisa de Nabor sobre el lazo y la fijó con dos pinzas.

—¿Sabes cuánto tiempo llevan con lo del pozo? —dijo.

—Desde que yo me acuerdo.

—Desde antes. —Eustolia tomó otra prenda de la tina—. El papá de Nabor ya hablaba de un pozo. Decía que la tierra iba a secarse si no perforaban. Y la tierra se fue secando y el pozo nunca llegó.

—¿Y ahora?

—Ahora es diferente. —Eustolia se detuvo un momento con la ropa en la mano, mirando el adobe de la barda como si ahí hubiera algo que leer—. Antes hablaban del pozo como quien habla de algo que algún día va a pasar. Ahora Nabor habla de él como de algo que tiene que pasar ya o no pasa nunca.

Remedios asintió.

—¿Y tú qué crees? —preguntó.

—Creo que tiene razón. Y creo que no sabe todavía cómo hacerlo posible. Y creo que eso lo está consumiendo por dentro aunque no lo diga.

El patio tenía un árbol de pirul en la esquina que daba poca fruta y mucha sombra, que era exactamente lo que ese espacio necesitaba. Debajo del pirul Eustolia tenía una maceta con epazote y otra con hierbabuena que regaba con el agua que sobraba del lavado porque en el ejido nada que pudiera reutilizarse se desperdiciaba. Las plantas estaban marchitas por el calor pero vivas todavía. Esa distinción entre marchita y muerta era una que Eustolia conocía bien porque llevaba años aplicándola también a otras cosas: la parcela, el ejido, la esperanza de los hombres de encontrar agua. Marchito no era lo mismo que muerto. Marchito todavía tenía posibilidad, aunque necesitara que alguien se acordara de regarlo a tiempo.

—¿Qué pasaría si consiguieran el agua? —dijo Remedios después de un rato —. O sea si de verdad llegara el pozo.

Eustolia lo pensó con la seriedad que la pregunta merecía.

—Nabor podría volver a sembrar alfalfa de verdad. No esa que tiene ahora que es más esperanza que cultivo. —Dobló la camisa tendida y la ajustó mejor en el lazo—. Yo podría lavar con agua que no esté racionada. Podría tener un huerto aunque sea chico. Podría bañar a los chamacos sin estar contando litros.

—Yo lo mismo —dijo Remedios—. Y Serafín dejaría de estar mirando el cielo cada cinco minutos buscando nubes que no vienen.

—Eso es lo que veo yo en los hombres —dijo Eustolia—. Que llevan años mirando arriba esperando la lluvia que hace mucho decidió no venir con la frecuencia que necesitamos. Y mientras miran arriba la tierra se les va secando abajo.

Remedios soltó una risa breve, de esas que salen cuando algo es triste y gracioso al mismo tiempo y no hay manera de separar los dos.

—Serafín no va a dejar de mirar el cielo aunque llegue el pozo —dijo—. Ya es costumbre.

—Nabor tampoco —dijo Eustolia—. Pero al menos no lo haría con esa cara.

Terminaron el tendido juntas, Remedios ayudando sin que nadie se lo pidiera porque así funcionaban entre ellas: la presencia era suficiente autorización para echar una mano. Luego entraron a la cocina donde Eustolia puso agua en la hornilla para el café y sacó el azúcar y las tazas con los movimientos automáticos de quien lleva décadas haciendo lo mismo en el mismo lugar.

—¿Tus hijos están bien? —preguntó Eustolia.

—El grande ya quiere ir a la mina.

—¿Cuántos años tiene?

—Trece.

—Muy chico.

—Le digo eso y me dice que en la mina hay gente de quince. —Remedios se sentó a la mesa—. Serafín lo regaña pero yo le veo la cara cuando el niño lo dice y hay algo ahí que no es puro enojo.

—¿Qué hay?

—No sé cómo se llama exactamente. Como que entiende al chamaco aunque no pueda decirlo.

Eustolia sirvió el café y se sentó frente a ella.

—Nabor también entiende a Filemón —dijo—. Aunque tampoco lo puede decir. Sería admitir que la tierra no alcanza para darle futuro a su propio hijo, y eso no cabe en un hombre como él.

Las dos guardaron silencio durante un momento. Afuera, por el costado de la casa, se escuchó pasar una camioneta levantando polvo en el camino de terracería. Las dos miraron hacia la ventana sin poder ver nada desde ahí, solo el polvo que subía por encima de la barda.

—¿Sabes quién fue? —preguntó Remedios.

—No reconocí el motor.

—Últimamente pasan camionetas que yo no conozco.

—La gente pasa —dijo Eustolia—. El ejido no es una propiedad privada.

—Ya sé. Pero antes uno conocía más o menos a quién pasaba y a quién no. Ahora hay caras que no ubico.

Eustolia tomó su taza con las dos manos aunque el café estaba caliente todavía.

—¿Crees que tiene que ver con la mina? —preguntó.

—Serafín cree que sí. Dice que la mina tiene gente que anda viendo qué hay en los ejidos de alrededor. Que no es casual que en los últimos meses hayan aparecido más vehículos técnicos por la región.

—¿Y qué buscarían en nosotros?

Remedios encogió los hombros.

—Lo que buscan en todos lados. Lo que pueden aprovechar.

Eustolia no respondió. Pensó en lo que había dicho la noche del portal: que la mina tenía que necesitar algo de ellos para que ellos pudieran pedir algo a ella. Lo había dicho porque era lo que veía claro desde su lugar, que era un lugar distinto al de los hombres aunque todos vivieran en la misma tierra seca. Los hombres veían el problema como un problema de agua. Ella lo veía como un problema de posición: quién tiene qué y quién necesita qué de quién.

—¿Tú le dirías algo a Serafín? —preguntó Remedios—. Si tuvieras que decidirle algo sobre lo del pozo.

—Yo ya le dije algo a Nabor.

—¿Qué le dijiste?

—Que para pedir necesitan tener algo que ofrecer. —Eustolia dejó la taza—. Y que lo primero es saber qué tienen.

—¿Y saben?

—Todavía no. Pero están pensando.

—Serafín piensa demasiado rápido —dijo Remedios, con la certeza de quien lleva años conociendo un defecto sin poder cambiarlo—. Se le ocurre algo y ya quiere ir a hacerlo antes de que el pensamiento se enfríe.

—Nabor piensa demasiado lento —dijo Eustolia—. Se le ocurre algo y le da cinco vueltas antes de decirlo en voz alta y otras cinco antes de moverse.

—Entonces juntos quizás dan un buen promedio.

Las dos rieron con más ganas esta vez, la risa completa que sale cuando la tensión baja aunque sea por un momento y el cuerpo aprovecha el espacio.

Hacia las diez aparecieron en el camino Prisciliana y la hija mayor de Remedios, Fernanda, que tenía catorce años y que caminaba junto a Prisciliana con la actitud de quien está aprendiendo a escuchar a alguien que sabe más aunque sea solo tres años mayor. Prisciliana traía bajo el brazo el periódico doblado que Eustolia ya le había visto la noche anterior en su cuarto.

—¿De dónde vienen? —preguntó Remedios cuando entraron.

—De casa de doña Herminia —dijo Fernanda—. Prisciliana quería buscar unos periódicos que ella guarda.

—¿Para qué quieres periódicos viejos? —preguntó Eustolia.

Prisciliana puso el periódico sobre la mesa y lo abrió en una página interior donde aparecía una nota con el encabezado: *Ejidos de Sonora denuncian sobreexplotación de acuífero por empresa minera*. La nota tenía tres columnas y una fotografía de hombres con carteles frente a una oficina.

—Para ver cómo les fue a ellos —dijo Prisciliana.

Eustolia tomó el periódico y leyó la nota despacio, con la concentración de quien no lee rápido porque no tiene costumbre de leer noticias pero

entiende que lo que está leyendo importa. Remedios se acercó a leer por encima de su hombro.

—¿Y cómo les fue? —preguntó Remedios.

—Mejor que si no hubieran hecho nada. Pero peor de lo que esperaban —dijo Prisciliana—. Eso es lo que pasa cuando uno llega sin saber exactamente qué tiene derecho a pedir.

—Más o menos —dijo Prisciliana—. Consiguieron que la empresa redujera la extracción temporalmente. Pero el acuerdo fue vago y al año siguiente la empresa argumentó que las condiciones del contrato lo permitían y volvieron a extraer lo mismo de antes.

—¿Por qué?

—Porque firmaron sin asesoría legal independiente. El contrato lo redactó la empresa y ellos lo firmaron porque necesitaban el dinero que les ofrecían de compensación.

Eustolia dejó el periódico sobre la mesa.

—¿Y qué deberían haber hecho?

—Pedir que el contrato lo revisara alguien que trabajara para ellos, no para la empresa. Y pedir condiciones más específicas, no promesas generales. —Prisciliana dobló el periódico de nuevo—. Los acuerdos vagos siempre los interpreta el que tiene más abogados.

Remedios miraba a la muchacha con una expresión entre admiración y algo parecido a la incomodidad de quien reconoce que alguien de diecisiete años acaba de decir algo que ella misma no habría sabido formular.

—¿Le has dicho esto a tu papá? —preguntó Eustolia.

—Algunas cosas. No todo. —Prisciliana recogió el periódico—. Todavía no sé bien qué es útil y qué solo es teoría.

—Díselo todo —dijo Eustolia—. Que él decida qué es útil.

Prisciliana la miró un momento y luego asintió sin decir nada más. Se llevó el periódico al cuarto y Fernanda la siguió con esa lealtad espontánea de las adolescentes que reconocen a alguien que vale la pena seguir aunque no sepan exactamente por qué.

Remedios esperó a que las muchachas se alejaran y luego se volvió hacia Eustolia.

—Esa muchacha —dijo, en voz baja.

—Ya sé —dijo Eustolia.

—¿Y Nabor?

—Le cuesta. Pero va aprendiendo a escucharla.

Remedios tomó su cubeta vacía del suelo. Ya no hacía falta la excusa del jabón porque la conversación había ocurrido sin necesitarla, como siempre.

—Si los hombres supieran la mitad de lo que escuchan sus mujeres —dijo—, las negociaciones durarían la mitad del tiempo.

—Si los hombres supieran eso —dijo Eustolia—, no serían los mismos hombres.

Remedios sonrió y se fue por donde había venido, con la cubeta vacía balanceándose en la mano y el polvo del camino levantándose detrás de sus pasos y asentándose de nuevo en el silencio del mediodía, como si nadie hubiera pasado, como si esa conversación no hubiera ocurrido, aunque ambas sabían perfectamente que sí.

Eustolia la miró desde la mesa sin decir nada. Prisciliana tenía diecisiete años y hablaba de contratos y acuerdos con una naturalidad que a veces descolocaba incluso a quienes la conocían de toda la vida. No era arrogancia. Era simplemente que la muchacha procesaba lo que leía y lo convertía en algo útil antes de abrirla boca, que era exactamente lo que la mayoría de las personas no hacía.

CAPÍTULO 3

El resplandor bajo el polvo

Parcela de Serafín. Un martes de agosto, mediodía.

La idea de nivelar el cerro chico había sido de Serafín tres semanas antes.

La parte norte de su parcela llevaba años sin producir nada útil porque el terreno era accidentado, lleno de rocas salientes y de una pendiente que hacía imposible el riego uniforme incluso en las temporadas buenas. Pero Serafín tenía la costumbre de encontrarle uso a todo lo que otros descartaban, y había calculado que si nivelaban ese cerro con pico y azadón podría sacar una franja de siembra de emergencia para alfalfa de corte rápido antes de que terminara agosto. No era un plan brillante. Era el tipo de plan que hacen los hombres que no tienen planes mejores disponibles.

Nabor y Vicente habían aceptado ayudarlo a cambio de que Serafín les ayudara la semana siguiente con el deshierbe de sus propias parcelas. Era el sistema de trabajo compartido que los tres habían mantenido desde hacía años: no había pago en dinero porque el dinero escaseaba, pero el tiempo de un hombre valía el tiempo de otro y esa moneda nunca se devaluaba.

Llegaron al cerro poco después de las nueve, cuando el sol ya calentaba pero todavía no aplastaba, con picos, azadones y una palanca de acero que Nabor había traído porque la tierra de ese lado de la parcela era más dura que la del resto y preveía que iban a necesitar fuerza para fragmentar las rocas más grandes.

El cerro no era alto. Unos cuatro metros desde su base hasta el punto más elevado, cubierto de cactáceas bajas, gobernadora y algunas rocas sueltas

de color gris claro que el sol de años había ido blanqueando por fuera. Por dentro, como descubrirían esa mañana, era otra cosa completamente.

Vicente comenzó en el lado norte, atacando las rocas más grandes con el pico para fragmentarlas antes de que pudieran retirarlas. Era un trabajo físico puro, de los que no requieren pensar sino solamente aguantar: golpe, fragmento, golpe, descanso, golpe. Serafín trabajaba a su derecha con el azadón, retirando los fragmentos sueltos y la tierra que cedía entre las rocas. Nabor operaba la palanca en la parte central donde había una roca de buen tamaño que bloqueaba el acceso al núcleo del cerro.

Fue Vicente quien encontró el primer indicio.

Golpeó con el pico una roca de tamaño mediano para partirla y cuando el fragmento superior saltó, algo en el interior destelló de una manera que no correspondía al gris blanquecino del resto. No era un brillo fuerte. Era más bien una inconsistencia visual: una zona de color diferente, más oscuro y con una textura que el ojo percibía como distinta aunque la mente todavía no tuviera categoría para clasificarla.

Vicente bajó el pico.

Se agachó y miró el interior de la roca rota. Luego la volteó despacio con la mano y la examinó por el otro lado. No dijo nada. Pero algo en su postura hizo que Serafín dejara de mover el azadón y se acercara.

—¿Qué es? —preguntó Serafín.

—No sé —dijo Vicente.

Nabor soltó la palanca y fue hacia ellos. Los tres se inclinaron sobre el fragmento de roca que Vicente sostenía en la palma de la mano. Era pesado para su tamaño, eso se notaba de inmediato. Y en la parte donde el pico la había partido había un hilo de color gris metálico, denso y opaco, que recorría el interior de la roca como una vena en una hoja.

Nadie habló durante un rato.

—Está pesada —dijo Serafín finalmente, y tomó el fragmento de las manos de Vicente para sopesarlo él mismo—. Más de lo que debería.

—Sí —dijo Vicente.

—¿Qué es? —repitió Serafín, esta vez dirigiendo la pregunta a nadie en particular.

—Mineral —dijo Nabor.

—Eso ya lo veo. ¿Qué mineral?

Nabor no respondió. Tomó el fragmento de las manos de Serafín y lo examinó con la concentración de quien busca en su memoria algo que quizás estuvo ahí alguna vez pero que no está completamente seguro de recordar bien.

—Mi padre habló una vez de algo así —dijo Vicente, después de un momento—. De gambusinos que andaban por los cerros del norte buscando piedras con peso. Decía que el peso era la señal.

—¿Señal de qué?

—De que había algo adentro.

Serafín miró el cerro entero con ojos diferentes a los de veinte minutos antes. La forma que durante años había visto simplemente como terreno accidentado que había que nivelar de pronto tenía otra posibilidad, todavía vaga e incomprensible, pero diferente.

—Hay que ver más —dijo.

Trabajaron durante las siguientes dos horas con una atención distinta. No era urgencia exactamente. Era la concentración específica de quien sospecha algo pero no quiere equivocarse y tampoco quiere perderse el momento en que la sospecha se confirme o se descarte. Fragmentaron más roca. Retiraron material. Fueron descubriendo que el hilo gris metálico no era un accidente puntual sino una presencia que se repetía en distintos puntos del cerro con variaciones de grosor y color. Algunos fragmentos tenían ese color gris casi plateado. Otros tenían zonas de rojo óxido intenso, casi ladrillo, que Serafín dijo haber visto una vez en una fotografía de una mina de Zacatecas en una revista vieja que alguien había dejado olvidada en la tienda del pueblo.

—Ese color rojo —dijo—. Ese no lo había visto en esta tierra.

—Tampoco yo —dijo Nabor.

Vicente se alejó del cerro unos pasos y lo vio desde afuera, como uno ve un cuadro que estaba demasiado cerca para entenderlo. Desde ahí la loma tenía algo que ninguno había notado antes: una coloración diferente a la del resto del terreno. Más oscura en las zonas donde habían retirado material superficial. Más rojiza en los costados donde el sol la iluminaba de cierto ángulo.

—Esto no empezó hoy —dijo—. Esto lleva mucho tiempo aquí.

—Lo que lleva mucho tiempo aquí es todo —dijo Serafín—. La tierra, las rocas, el polvo. Eso no dice nada.

—Dice que no es casualidad.

Pararon a mediodía para comer. Sacaron los itacates que cada uno había traído envueltos en papel periódico: tortillas con frijoles, un chile, agua en una botella de plástico reutilizada. Comieron sentados a la sombra de la parte del cerro que todavía no habían tocado, con los fragmentos de roca apilados cerca y el calor del mediodía aplastando todo lo que no era estrictamente necesario.

Nadie habló del hallazgo durante esa media hora.

No fue un acuerdo explícito. Fue simplemente que ninguno encontró la manera de empezar esa conversación sin antes tener más claridad sobre

qué era exactamente lo que habían encontrado, y esa claridad no estaba disponible todavía. Hablaron del tiempo, del nivel del pozo comunitario, de que la troca de Serafín iba a necesitar frenos antes de que se les viniera encima alguna bajada.

Luego volvieron al trabajo.

Al final de la tarde, cuando recogían las herramientas, Nabor tomó un fragmento de roca de los más significativos, uno donde el hilo metálico era más visible y el peso más notorio, y lo guardó en el bolsillo del pantalón sin decir nada. Serafín lo vio pero no dijo nada. Vicente también lo vio y tampoco dijo nada.

El silencio que hicieron los tres en ese momento valía más que cualquier acuerdo verbal porque significaba que los tres habían entendido lo mismo sin necesitar decírselo: que lo que habían encontrado era algo que todavía no comprendían del todo, y que hasta que lo comprendieran mejor no había razón para que nadie más lo supiera.

Esa noche, en la cocina de su casa, Nabor puso el fragmento de roca sobre la mesa sin decir de dónde venía. Eustolia lo miró pero no preguntó. Prisciliana, que estaba sentada en el rincón con un libro prestado, levantó los ojos, vio el fragmento y lo vio distinto inmediatamente. Se levantó, lo tomó con las dos manos y lo sopesó.

—Esto no es piedra normal —dijo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Nabor.

—Porque pesa más de lo que debería para lo que mide.

—¿Y eso qué significa?

Prisciliana lo examinó por los distintos lados. Pasó el dedo por el hilo gris metálico y luego lo olió, porque había leído en algún lugar que los minerales metálicos tienen un olor específico aunque no sabía describir exactamente cuál era.

—Que tiene algo adentro que no es roca —dijo—. Tendría que investigar más para saber qué.

Nabor le quitó el fragmento de las manos con suavidad y lo puso en el cajón de la mesita junto a la puerta, que era donde guardaba cosas que no quería que estuvieran a la vista pero tampoco fuera de alcance.

—No digas nada de esto —dijo.

—¿A quién?

—A nadie. Todavía.

Prisciliana lo miró un momento y luego volvió a su libro. Pero esa noche, mucho después de que sus padres se durmieran, encendió la lámpara de su cuarto y buscó en el teléfono que le prestaba una vecina todo lo que encontró sobre minerales de plata, gossan, hematita y sulfuros oxidados. Leyó durante dos horas. Cuando apagó la lámpara tenía más preguntas que

respuestas, pero las preguntas eran mejores que las que había tenido antes de leer.

Al día siguiente Serafín apareció en la parcela de Nabor antes de las ocho, que era inusual para alguien que rara vez llegaba antes de las nueve a cualquier parte. Traía la misma energía nerviosa de siempre multiplicada por algo nuevo.

—Hay que llevar muestras a que las analicen —dijo, sin preámbulo—. A un laboratorio de ensaye. En Concepción del Oro hay uno.

—¿Cómo sabes? —preguntó Nabor.

—Pregunté.

—¿A quién?

Serafín dudó un segundo.

—Al del internet en la tienda. Busqué laboratorio de minerales Zacatecas.

Nabor lo miró con la expresión de quien está evaluando si el daño ya está hecho o todavía puede contenerse.

—¿Le dijiste para qué buscabas?

—Le dije que era para un proyecto. —Serafín hizo un gesto que quería ser despreocupado y no lo era del todo—. No especifiqué nada.

Nabor respiró.

—Está bien —dijo—. Hablamos con Vicente y vemos cuándo podemos ir los tres.

—¿Por qué los tres?

—Porque los tres estuvimos ahí.

Serafín quiso decir algo más pero se contuvo porque en el fondo sabía que Nabor tenía razón y la razón de Nabor en ese momento era también la suya aunque le costara admitirlo.

Vicente, cuando se lo plantearon esa tarde en el portal, escuchó todo sin interrumpir. Luego preguntó cuánto costaba el análisis. Serafín dijo que no lo sabía exactamente pero que podía averiguarlo. Vicente dijo que averiguara antes de que se pusieran de acuerdo, porque gastar en algo que no iban a poder pagar era perder el tiempo y el tiempo ya no sobraba.

Esa noche los tres se separaron con un acuerdo que nadie había pronunciado explícitamente pero que los tres entendían: que lo del cerro era suyo por ahora, que no se hablaba con nadie, y que antes de actuar necesitaban saber qué tenían.

Era exactamente lo que Nabor había aprendido de Eustolia la noche del portal.

Antes de actuar, saber qué tienes.

Lo que ninguno dijo esa noche, y que los tres cargaron en silencio hacia sus respectivas casas, era que el hallazgo había cambiado algo en la manera en

que se miraban. No con desconfianza todavía. Pero sí con una atención nueva, el tipo de atención que surge cuando de pronto hay algo en juego entre personas que antes solamente se ayudaban mutuamente porque era lo que se hacía entre vecinos sin que hubiera ninguna otra razón más complicada que esa.

Vicente llegó a su casa y fue directo al corral a revisar las cabras. Era su manera de ordenar los pensamientos: las manos ocupadas en algo concreto mientras la mente trabajaba por su cuenta. Las cabras estaban bien. El agua del bebedero alcanzaba para mañana. El heno de la semana ya estaba casi terminado. Todo seguía siendo lo mismo que había sido por la mañana antes de que fueran al cerro de Serafín, y sin embargo todo se sentía ligeramente distinto, como cuando uno vuelve a casa después de escuchar una noticia importante y los objetos familiares parecen iguales pero uno ya no los mira de la misma manera.

Serafín encontró a Remedios dormida con los niños y se sentó en la cocina oscura durante un rato sin encender la luz. Pensó en el laboratorio de Concepción del Oro, en el costo del análisis, en cuánto tiempo tardarían los resultados y en qué dirían esos resultados. Pensó en la posibilidad de que no fuera nada y en la posibilidad de que fuera algo, y descubrió que las dos posibilidades le producían tipos diferentes de ansiedad. El nada significaba que todo seguía igual. El algo significaba que nada iba a seguir igual. Y no sabía cuál de las dos opciones le daba más miedo.

CAPÍTULO 4

El laboratorio de Concepción del Oro

Concepción del Oro, Zacatecas. Una semana después.

La troca de Vicente salió del ejido antes de las seis de la mañana.

Era la más confiable de las tres que tenían entre los socios, aunque confiable era una palabra generosa para un vehículo de esa edad: arrancaba bien cuando la temperatura de la mañana era fresca, se quejaba un poco al subir las pendientes largas, y perdía potencia en los últimos kilómetros de cualquier viaje como si supiera que ya habían llegado y considerara innecesario el esfuerzo final. Pero llegaba. Y llegar era lo que importaba.

Los costales con las muestras iban en la caja, cubiertos con una lona azul desgastada que Serafín había amarrado con sogas en los cuatro extremos. No era necesario cubrirlos porque nadie en el camino iba a saber qué había en esos costales ni le iba a importar. Pero los tres habían acordado sin decirlo que lo que llevaban viajaba mejor tapado, y eso era así aunque fuera tierra y roca y polvo mineral que cualquier persona habría descartado como basura de parcela.

Nabor iba en el lugar del copiloto. Serafín atrás, sentado sobre la llanta de refacción porque no había banco y prefería ir incómodo que ir en la caja con

las muestras, que era lo que quedaba si los tres querían ir dentro. Vicente manejaba con la misma calma con que hacía todo: sin prisa, sin nervios visibles, siguiendo el camino a Concepción del Oro que conocía bien porque había hecho ese trayecto muchas veces a lo largo de los años por distintas razones.

Hablaron de otras cosas durante el camino.

Del precio del forraje que seguía subiendo mientras el valor de lo que producían seguía estancado o bajando. De que Macedonio había dicho que el pozo comunitario necesitaba mantenimiento en la bomba antes de fin de año y que nadie sabía de dónde iba a salir el dinero para eso. De la familia Ruvalcaba que había vendido su parcela a un intermediario cuya procedencia nadie había podido confirmar del todo. De si iba a llover o no en septiembre, que era la conversación de fondo que siempre estaba disponible porque siempre era pertinente y nunca tenía respuesta satisfactoria.

Nadie mencionó los costales.

No fue un acuerdo. Fue simplemente que nombrarlos habría transformado el viaje en otra cosa, y ninguno estaba listo todavía para que fuera otra cosa. Mientras no se nombrara lo que llevaban, el viaje seguía siendo un viaje ordinario de tres hombres del ejido en una troca vieja por una carretera del norte de Zacatecas.

Concepción del Oro era un municipio pequeño cuya historia minera era más larga que su historia reciente. Las instalaciones de las minas antiguas todavía se veían en las afueras, estructuras de piedra y metal oxidado que nadie había derribado porque no valía el esfuerzo y que permanecían ahí como recordatorio de que el subsuelo de esa región había estado produciendo riqueza para alguien desde hacía siglos, aunque ese alguien rara vez hubiera sido la gente que vivía encima.

El laboratorio de ensaye privado estaba en una calle lateral del centro, en un edificio de fachada gris sin letrero externo que destacara demasiado, identificado solamente por un número de dirección y un pequeño cartel con el nombre de la empresa en letras negras sobre fondo blanco. Si uno no sabía que existía era difícil encontrarlo, lo cual Serafín había considerado una señal favorable cuando lo localizó por internet: los negocios discretos en industrias discretas suelen ser los que funcionan de verdad.

Entraron los tres juntos.

El interior era exactamente lo que el exterior prometía: austero y funcional. Una sala de espera con cuatro sillas de plástico, una mesa con revistas de minería con fechas de hacía dos años, un mostrador de madera oscura detrás del cual había estantes con frascos de muestras etiquetadas y archivos en orden. Olía a reactivos químicos y a aire acondicionado, una combinación que a los tres les resultó simultáneamente extraña y oficial.

El técnico que salió a atenderlos era un hombre joven, de unos treinta años, con bata blanca y unos lentes de armazón oscura que le daban un aire de competencia técnica que podía ser real o simplemente el resultado de la bata y los lentes. Los miró con la mezcla específica de cortesía profesional y evaluación rápida de quien está acostumbrado a recibir a todo tipo de personas y ha aprendido a clasificarlas en los primeros segundos.

—Buenas tardes. ¿En qué les puedo ayudar?

—Traemos muestras para análisis —dijo Serafín, que siempre hablaba primero en situaciones donde había un mostrador de por medio.

—¿Qué tipo de muestras?

—Roca y mineral. Queremos saber qué contiene.

El técnico asintió con la neutralidad profesional de quien ha recibido esa misma petición centenares de veces y que sabe que la mayoría de las veces el resultado es decepcionante para quien lo pide.

—¿Tienen idea del tipo de mineral que buscan?

Los tres se miraron brevemente.

—Plata, posiblemente —dijo Nabor.

El técnico no mostró reacción particular ante eso. Sacó un formulario del cajón y comenzó a hacer preguntas: nombre del solicitante, dirección, municipio, descripción general de la muestra, profundidad de extracción si la había, tipo de análisis requerido. Nabor respondió las preguntas con la brevedad de quien quiere dar la información necesaria y no más. Vicente observaba al técnico con la desconfianza serena de quien ha aprendido que la información entregada a desconocidos en situaciones de incertidumbre es información que ya no puedes controlar. Serafín miraba los estantes con frascos etiquetados como si pudiera leer en ellos alguna respuesta anticipada.

—El análisis de ley de plata y metales asociados tarda entre cinco y ocho días hábiles —dijo el técnico—. El costo es de dos mil cuatrocientos pesos por muestra. Ustedes trajeron cuántas muestras.

—Cuatro —dijo Serafín.

—Entonces son nueve mil seiscientos pesos en total. Se paga la mitad al entregar y la mitad al recoger los resultados.

Serafín sacó el dinero del bolsillo de la camisa, que era donde los hombres del campo guardaban el dinero cuando llevaban una cantidad específica para un propósito específico y querían tenerlo a mano sin revolver con lo demás. Contó los billetes sobre el mostrador sin apresurarse. El técnico los contó también, emitió un recibo y les indicó que podían entregar las muestras por la puerta lateral.

Descargaron los costales con una calma estudiada que ninguno de los tres había practicado pero que los tres ejecutaron de la misma manera, como si hubieran acordado que no había razón para que alguien los viera

apresurarse. El técnico registró cada muestra, la etiquetó, la pesó y la ingresó al sistema con la eficiencia de quien ha hecho eso mismo miles de veces.

Cuando terminaron les dio una hoja con el número de seguimiento y el teléfono para consultar los resultados.

—¿Tienen alguna duda? —preguntó.

—¿Los resultados son confidenciales? —preguntó Vicente, que hasta ese momento no había dicho nada.

El técnico lo miró.

—Los resultados se entregan únicamente al solicitante o a quien él autorice —dijo—. No los compartimos con terceros.

Vicente asintió sin decir gracias, que era su manera de indicar que la información había sido recibida y procesada pero que no generaba gratitud automática.

El regreso al ejido fue más silencioso que la ida. Serafín miraba por la ventana el paisaje semiárido desfilando sin decir nada, lo que en él era suficientemente inusual como para que tanto Nabor como Vicente lo notaran. Vicente manejaba con la misma calma de siempre. Nabor guardaba el recibo del laboratorio doblado en el bolsillo interior de la camisa, junto a la cartera.

Pararon en una gasolinera a mitad del camino y los tres se bajaron a estirar las piernas y a comprar agua fría porque el calor de agosto en esa carretera no daba tregua ni al que iba adentro de la cabina. Serafín compró también tres barras de amaranto que pagó sin preguntar si los otros querían porque era su manera de hacer las cosas: primero hacer, luego preguntar si hacía falta.

Comieron de pie junto a la troca con el sol de la tarde encima y la carretera casi vacía extendiéndose en ambas direcciones.

—¿Cuánto tarda? —preguntó Serafín finalmente.

—Entre cinco y ocho días —dijo Nabor.

—¿Y si los llamamos antes?

—Dijeron que llamemos después del quinto día.

Serafín mordió la barra de amaranto y miró el horizonte.

—Ocho días es mucho tiempo —dijo.

—Son ocho días —dijo Vicente—. No son ocho años.

Ocho días después, un martes por la tarde, Nabor fue solo a Concepción del Oro a recoger los resultados. Había discutido con los otros si ir los tres juntos, como habían ido a entregar las muestras, o si era mejor que fuera uno solo para no llamar la atención con el vehículo parado frente al laboratorio más tiempo del necesario. Decidieron que fuera Nabor porque era el que había firmado el recibo.

Cuando el técnico le entregó el sobre con la hoja de resultados, Nabor lo abrió ahí mismo en el mostrador porque necesitaba ver el número antes de salir y antes de que cualquier otra cosa ocurriera. El técnico lo observó con la misma neutralidad profesional de siempre, aunque algo en su expresión sugería que ya había visto los resultados y que los resultados eran de los que justificaban una expresión ligeramente diferente a la habitual.

La hoja tenía columnas con números, unidades y siglas técnicas que Nabor no comprendía del todo. Pero había un número que no requería formación técnica para entender su magnitud: tres mil gramos de plata por tonelada.

Nabor dobló el papel. Lo metió en el sobre. Guardó el sobre en el bolsillo interior de la camisa, junto al recibo anterior. Pagó la segunda mitad del costo sin decir nada y salió.

Esa noche los convocó a todos en el portal.

Cuando mostró el papel Serafín lo leyó una vez, lo leyó de nuevo y golpeó la mesa con la palma abierta.

—Somos ricos —dijo.

Vicente tomó el papel sin decir nada. Lo leyó despacio. Lo sostuvo durante un tiempo que empezó a sentirse largo. Nadie interrumpió ese silencio porque entendieron que Vicente necesitaba ese tiempo para hacer algo que no era simplemente leer un número.

—Hay que pensar bien —dijo finalmente, devolviendo el papel.

—¿Qué hay que pensar? —dijo Serafín—. El número está ahí.

—El número está ahí —concedió Vicente—. Lo que hacemos con él todavía no.

Nabor dobló el papel con cuidado, lo guardó de nuevo en el bolsillo de la camisa y los miró a los dos.

—Nadie debe saber esto todavía —dijo.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó Serafín.

—Por el tiempo que necesitemos para saber qué vamos a hacer con ello. —Nabor apoyó los codos sobre las rodillas—. Un número sin estrategia es solamente un número. Con estrategia es otra cosa.

Prisciliana había estado en la cocina desde que llegaron, con la puerta entornada y el libro abierto sobre la mesa aunque no lo estaba leyendo. Cuando su padre entró a buscar agua escuchó el número sin querer. Tres mil gramos por tonelada. Había investigado suficiente durante esa semana para saber exactamente lo que eso significaba.

Más tarde, cuando los hombres terminaron y se despidieron y la casa quedó en silencio, Nabor le mostró el papel sin que ella lo pidiera. Prisciliana lo leyó con calma, columna por columna, incluyendo los números de los metales asociados que los hombres habían ignorado porque el número de la plata era tan grande que hacía difícil prestar atención a cualquier otra cosa.

—¿Qué piensas? —preguntó Nabor.

—Que esto no es riqueza —dijo Prisciliana, devolviendo el papel.

—¿Cómo qué no?

—Es posición. —Lo miró—. La riqueza es lo que uno tiene. La posición es desde dónde uno negocia. Esto nos da posición. Lo que hagamos con ella decide si se convierte en riqueza o en problema.

Nabor la miró durante un momento.

—¿Y cuál es la diferencia práctica? —preguntó.

—Que la riqueza se gasta —dijo Prisciliana—. La posición, si se usa bien, produce algo que dura.

Nabor guardó el papel en el cajón de la mesita. Apagó la luz del portal. Y se fue a la cama con la certeza de que al día siguiente iba a necesitar pensar mejor de lo que había pensado en mucho tiempo.

CAPÍTULO 5

La ley de arriba y la riqueza de abajo

Mazapil y Ejido Peñasquitos. Días siguientes.

Don Abundio Cervantes había sido comisariado ejidal durante dieciocho años y llevaba otros once retirado, lo que lo convertía en el hombre del municipio con más experiencia práctica en conflictos de tierra y exactamente el tipo de persona que uno quiere consultar antes de hacer algo que no puede deshacerse.

Vivía en Mazapil en una casa de adobe con un portal ancho donde tenía una silla de mimbre que usaba todas las tardes para ver pasar la calle. Lo que pasaba por esa calle era poco, porque Mazapil no era un lugar de mucho movimiento, pero don Abundio la miraba con la misma atención con que había mirado durante décadas los asuntos del ejido: como si cualquier cosa que ocurriera, por menor que pareciera, pudiera contener información útil si uno la observaba con suficiente paciencia.

Nabor llegó sin avisar un miércoles por la mañana con la excusa de saludarlo, que no era excusa sino verdad parcial: quería saludarlo y quería preguntarle cosas, y las dos cosas podían ocurrir en la misma visita sin que una le quitara autenticidad a la otra.

Don Abundio lo recibió como recibía a todo el mundo: señalando la silla junto a la suya y preguntando si quería café.

—No, gracias —dijo Nabor.

—Entonces siéntate de todos modos.

Se sentaron. La calle estaba vacía a esa hora. El calor hacía que el adobe de las fachadas de enfrente pareciera vibrar levemente, aunque no vibraba, que era un efecto del desierto sobre la vista que Nabor conocía de toda la vida y que nunca había dejado de parecerle extraño.

—¿Qué pasa en el ejido? —preguntó don Abundio, que era su manera de iniciar cualquier conversación con alguien que venía del campo: primero el ejido, luego el individuo.

—Lo de siempre. Seco.

—¿Las familias?

—Se van algunas. Las Garduño ya se fueron. Los Montoya también.

Don Abundio hizo un sonido que no era exactamente sorpresa sino reconocimiento.

—¿Y tú?

—Yo no me voy.

—Lo sé. Por eso te pregunto qué pasa.

Nabor se tomó un momento antes de responder porque sabía que lo que iba a decir a continuación era el tipo de información que, una vez dicha a alguien de confianza, ya no pertenece completamente a uno. La confianza distribuye la información pero no la devuelve intacta.

—Tengo una pregunta legal —dijo.

—Las preguntas legales se responden mejor después del café.

Nabor sonrió.

—Entonces sí al café.

Don Abundio se levantó, desapareció adentro y volvió con dos tazas. El café era de olla, oscuro y sin azúcar porque don Abundio consideraba que endulzar el café era una costumbre de gente que no había aprendido todavía a tomarlo bien. Nabor lo bebió así porque no era el momento de discutir sobre azúcar.

—¿Qué quieres saber? —dijo don Abundio, instalándose de nuevo en la silla de mimbre.

—Si encontraras algo de valor en tu parcela —dijo Nabor—. Debajo de la tierra, digo. ¿De quién sería?

Don Abundio lo miró con esa expresión específica de los hombres que han escuchado suficientes problemas ajenos para reconocer cuándo alguien no está hablando en condicional.

—¿Qué encontraste?

—Te estoy haciendo una pregunta general.

—Y yo te estoy haciendo una pregunta específica. —Don Abundio bebió su café—. Aquí no hay preguntas generales, Nabor. Toda pregunta sobre tierra tiene nombre propio.

Nabor dejó la taza sobre el filo del portal.

—Mineral —dijo—. Roca con contenido de plata. En la parcela de Serafín, pero en la parte que linda con la mía y con la de Vicente.

Don Abundio no cambió de expresión. Eso por sí solo era una respuesta: los hombres que han manejado muchos conflictos de tierra aprenden a no mostrar lo que piensan en el momento exacto en que les dicen algo importante.

—¿Lo confirmaron?

—Ensaye de laboratorio.

—¿Qué número?

—Tres mil gramos por tonelada.

Don Abundio dejó pasar unos segundos.

—Eso es alto —dijo finalmente.

—¿Cuánto es alto?

—Mucho. —Hizo una pausa—. La mina procesa millones de toneladas de material de baja ley. Mineral de alta ley como ese, por poco que haya, les eleva el promedio de manera significativa. Eso tiene un valor que va más allá del tamaño del yacimiento.

—¿Y de quién es?

Aquí don Abundio sí cambió de expresión. No de sorpresa sino de algo más parecido a la resignación del hombre que va a tener que explicar algo que sabe que va a doler.

—La tierra de la superficie es del ejido —dijo—. El subsuelo es de la nación. Siempre ha sido así, desde la Constitución del diecisiete. Lo que está debajo de tu parcela no te pertenece. La nación puede concesionarlo a quien quiera.

—¿Y si ya tiene concesión la mina?

—Entonces la plata que está debajo de tu cerro ya es legalmente suya cuando llegue a ella.

Nabor guardó silencio durante un momento. Era exactamente lo que había sospechado pero que necesitaba escuchar dicho en voz alta por alguien que supiera.

—¿Y la superficie?

—La superficie sí es del ejido. —Don Abundio apoyó los codos en las rodillas y se inclinó levemente hacia adelante—. Y ahí está tu palanca, Nabor. Para llegar al mineral desde arriba, la empresa necesita excavar en la superficie. Para excavar en la superficie de una parcela ejidal necesita el permiso de la asamblea. Sin ese permiso, no puede meter una máquina. Y si lo intenta sin el permiso es una violación de la ley agraria que puede paralizarlos completamente.

—¿Y si acceden desde sus propios túneles?

—Desde sus túneles pueden llegar al mineral eventualmente, sí. Pero eso tarda años y cuesta muchísimo más que negociar contigo. Además tienen que demostrar que el mineral al que acceden por sus túneles es el mismo

de tu cerro, cosa que en disputas legales es difícil de probar sin abrir el terreno desde arriba.

Nabor procesó todo eso en silencio.

—Entonces no tenemos la plata —dijo—. Pero tenemos lo que necesitan para llegar a ella.

—Exactamente —dijo don Abundio—. Y eso, en términos prácticos, vale casi lo mismo. La empresa puede encontrar otro depósito de plata en otra parte del mundo. No puede encontrar otro acceso a ese depósito específico sin pasar por tu tierra.

El viejo se recostó en la silla de mimbre y miró la calle vacía durante un momento.

—Nabor —dijo sin mirarlo—, esto que tienen es una palanca muy buena. Pero una palanca mal usada puede partirse. Antes de ir a la mina con eso necesitan saber exactamente qué van a pedir y no moverse de ahí aunque los presionen. Porque van a presionarlos.

—Lo sé.

—¿Tienen abogado?

—Todavía no.

—Consigan uno que trabaje para ustedes, no para nadie más. No el primero que llegue a ofrecerse solo, porque ese generalmente ya trabaja para alguien.

Nabor asintió. Tomó el café que quedaba en la taza aunque ya estaba completamente frío y se levantó.

—Gracias, don Abundio.

—No me des las gracias todavía —dijo el viejo—. Espera a ver cómo sale.

Esa tarde Nabor convocó a Vicente y a Serafín en el portal y les explicó lo que había aprendido. Vicente lo escuchó con la concentración habitual. Serafín escuchó la primera mitad con atención y la segunda con impaciencia creciente.

—Entonces no somos dueños de la plata —dijo cuando Nabor terminó.

—No.

—¿Y para qué sirve saber que está ahí?

—Para poder decirle a la mina que sabemos que está ahí —dijo Vicente—. Que si quieren llegar a ella sin escándalos tienen que pasar por nosotros. Eso sirve.

—¿Y qué les vamos a pedir?

—Eso es lo que hay que decidir —dijo Nabor—. Antes de ir a hablar con ellos.

La discusión fue la más larga y difícil que habían tenido. Serafín quería dinero en efectivo. Vicente dijo que el dinero sin proyecto se gasta en lo

que uno cree que necesita. Serafín dijo que lo que él creía que necesitaba era real. Vicente dijo que no le estaba diciendo cómo gastarlo sino señalando que el dinero dura menos de lo que uno calcula.

Nabor dejó que la discusión se agotara sola. Cuando los dos callaron, habló.

—Voy a contarles lo que me dijo Eustolia.

Los dos lo miraron.

—Que si pedimos dinero vamos a perderlo o lo vamos a pelear entre nosotros hasta destruirnos. Que lo que necesitamos es lo que siempre hemos necesitado: agua para sembrar, estudio para los hijos, trabajo propio.

Silencio.

—Eso no es lo mismo que dinero —dijo Serafín.

—No. Es mejor. Porque el agua no se puede perder en una mala decisión ni dividirse en un pleito. Los contratos de trabajo tampoco. Las becas para los hijos tampoco.

Vicente miró el horizonte.

—¿Y si nos dan todo eso y después incumplen?

—Por eso las condiciones tienen que estar en un convenio con cláusulas específicas —dijo Nabor—. No promesas. Compromisos con consecuencias.

Esa noche Nabor llegó tarde a la cama y Eustolia estaba despierta.

—¿Cómo quedaron? —preguntó en la oscuridad.

—Más cerca. Vicente estuvo de acuerdo de inmediato. Serafín necesita más tiempo.

—Serafín siempre necesita más tiempo para aceptar lo que ya sabe que es correcto —dijo Eustolia.

—¿Y tú qué quieres tú? —preguntó ella después de un momento.

—Quiero poder seguir en la tierra —dijo Nabor—. Quiero que Filemón tenga razones para quedarse. Quiero que Prisciliana pueda estudiar. Quiero lo que siempre quise. Solo que antes no había manera de pedirlo con algo en la mano.

Eustolia no respondió. Pero la manera en que se acomodó comunicaba que la respuesta le había parecido correcta.

Prisciliana había escuchado desde su cuarto. Al día siguiente le preguntó a su padre si podía ir a la próxima reunión con Vicente y Serafín.

—No es cosa de mujeres —dijo Nabor.

Prisciliana no respondió. Esa noche preparó en una hoja del cuaderno una tabla de tres columnas:

Lo que podemos pedir. Lo que pueden darnos. Lo que nunca nos van a dar.

Bajo la primera columna escribió: tres pozos profundos equipados, energía eléctrica del bombeo por veinte años, fideicomiso por tonelada extraída

para becas universitarias, contratos de transporte exclusivos para cooperativa ejidal, inclusión de mujeres como contratistas elegibles.

Bajo la segunda columna escribió: compensación económica directa, promesas verbales de apoyo comunitario, un convenio general sin cláusulas específicas.

Bajo la tercera columna escribió: la propiedad legal de la plata, garantías sin plazo fijo, condiciones que dependan de la voluntad unilateral de la empresa.

Dobló la hoja. La guardó en el cuaderno.

No se la mostró a nadie todavía.

Pero la tenía. Y eso era suficiente por ahora.

Vicente, que a diferencia de Serafín no necesitaba más tiempo sino simplemente el espacio para pensar en voz alta sin que nadie le apresurara el pensamiento, vino solo al portal de Nabor a la mañana siguiente antes de que amaneciera del todo.

Nabor estaba tomando café cuando lo escuchó llegar. No dijo nada. Simplemente sacó otra taza y la puso sobre la balaustrada.

Vicente se sentó en el escalón y tomó la taza.

—Tres pozos —dijo, mirando el horizonte que apenas empezaba a aclararse —. Con energía pagada por veinte años. Eso le cambia la vida al ejido de manera real.

—Sí.

—Y el fideicomiso por tonelada es inteligente porque ata el beneficio a la producción. Si sacan más, pagamos más. Si la mina crece, el ejido crece con ella.

—Eso pensé yo también.

—¿Y los contratos de transporte?

—Los camiones del ejido tienen que ser los únicos autorizados para mover el material del cerro. Eso le da trabajo constante a la cooperativa por años.

Vicente bebió el café despacio.

—¿Crees que van a aceptar?

—Creo que van a intentar reducirlo. Pero si llegamos unidos y sabiendo lo que queremos, van a aceptar la mayor parte.

—¿Y si no?

—Si no, el cerro sigue siendo nuestro y ellos siguen sin poder tocarlo. — Nabor miró las luces lejanas de la mina que todavía brillaban en el horizonte aunque ya empezaba a amanecer—. El tiempo juega en contra nuestra por la sequía. Pero también juega en contra de ellos si no pueden acceder al mineral.

Vicente asintió una vez, despacio, con la calma de quien ha llegado a una conclusión que lleva días construyendo.

—Entonces vamos —dijo.

Y con eso fue suficiente.

CAPÍTULO 6

Lo que Filemón vio desde arriba

Complejo minero Peñasquito. Una semana de agosto.

Cipriano lo recogió a las diez de la noche en la entrada del ejido.

Era la hora en que empezaba el turno de doce horas que Cipriano llevaba haciendo desde hacía tres años, primero como ayudante de operación y ahora como operador de camión de acarreo, lo que en la jerarquía de la mina representaba un salto significativo aunque desde afuera del complejo pudiera parecer simplemente que un hombre conducía algo muy grande de un lado para otro.

Filemón subió a la cabina de la camioneta de Cipriano sin decirle a nadie exactamente dónde iba porque si se lo decía a su padre tendría que discutirlo y no quería discutirlo antes de verlo. Lo que no se puede comparar no se puede valorar. Eso lo había aprendido solo, que era la manera en que se aprenden las cosas más útiles.

—¿Tu papá sabe que vienes? —preguntó Cipriano, arrancando.

—Sabe que salí —dijo Filemón.

Cipriano sonrió con la complicidad de los hombres jóvenes que entienden la diferencia entre lo que se dice y lo que se hace.

—No vas a poder entrar a las áreas operativas —dijo—. Solo a las instalaciones de apoyo y a la sala de control. Pero desde ahí se ve bastante.

—Con eso me alcanza.

El camino desde el ejido hasta el acceso principal de la mina tardaba veinte minutos por la carretera pavimentada que la empresa había construido años atrás para sus operaciones y que era, paradójicamente, la mejor carretera de toda la región. Más ancha, mejor señalizada y con más iluminación nocturna que cualquier camino municipal del área.

Conforme se acercaban, las luces del complejo empezaron a crecer en el parabrisas de una manera que Filemón había visto desde lejos toda su vida pero que desde cerca era completamente diferente. No era la claridad suave de un pueblo iluminado: era algo más blanco y más total, como si alguien hubiera decidido que en ese perímetro la noche no tenía derecho a existir.

El acceso principal tenía garita, cámaras, lectura de credenciales y un protocolo de registro de vehículos y personas que Cipriano completó con la automaticidad de quien lo hace dos veces al día desde hace años. Al

guardia de turno le explicó que Filemón era familiar de un trabajador en visita autorizada y el guardia anotó el nombre, pidió una identificación y les dio un pase de visitante con las restricciones impresas en letras pequeñas que nadie leía pero que existían.

Lo que Filemón vio en los siguientes veinte minutos mientras Cipriano lo llevaba hacia el área de operaciones de camiones desmanteló silenciosamente varias suposiciones que había construido durante años desde el exterior.

La escala era lo primero. Los camiones de acarreo que vio moviéndose en el tajo no eran vehículos en ningún sentido que la palabra vehículo pudiera preparar a alguien para esperar. Eran estructuras móviles de casi cuatro metros de altura que cargaban trescientas toneladas de roca por viaje y que en movimiento producían un ruido y una vibración que se sentían en el pecho antes de escucharse con los oídos. Junto a ellos, los camiones de carga de la carretera federal parecían juguetes. Junto a ellos, la troca de Vicente parecía un objeto de otra categoría ontológica.

—¿Tú manejas eso? —preguntó Filemón.

—Desde hace un año —dijo Cipriano.

—¿Y cómo se aprende?

—Programa de capacitación interna. Seis meses de teoría y simulador, luego seis meses de copiloto con un operador experimentado, luego te dan la certificación. —Cipriano lo miraba desde el costado con algo entre orgullo y evaluación—. No es difícil si le metes ganas. Es diferente, pero no difícil.

Lo segundo que descolocó a Filemón fue la organización. No era el caos que había imaginado inconscientemente cuando pensaba en un lugar donde se movían millones de toneladas de roca. Era lo contrario: un sistema de rutas, señales, protocolos de radio y coordinación de turnos que funcionaba con una precisión que el campo nunca tendría porque el campo dependía del clima, de la tierra y del azar, mientras que esto dependía de procedimientos que alguien había diseñado para eliminar el azar en la medida de lo posible.

Cipriano lo llevó a la sala de control del área de acarreo, un espacio con aire acondicionado, pantallas múltiples y operadores sentados frente a consolas que monitoreaban la posición y el estado de cada camión en tiempo real. Había doce personas en esa sala en ese turno. Ninguna era de fuera del estado.

—¿Todos son de Zacatecas? —preguntó Filemón.

—Los de operación sí, en su mayoría. Los de ingeniería y geología ya no. Esos vienen de otros lados o son extranjeros.

—¿Por qué?

—Porque para operar maquinaria te capacitan aquí. Para hacer ingeniería necesitas un título que aquí no se da. —Cipriano se encogió de hombros con la naturalidad de quien ha aceptado una inequidad que no diseñó pero

dentro de la cual funciona—. Así es en todos lados. El trabajo de mano entra local. El trabajo de cabeza viene de fuera.

—¿Y tú qué prefieres?

—Prefiero el salario que tengo —dijo Cipriano, que era una respuesta honesta aunque no fuera una respuesta completa.

Hacia la medianoche pararon en el comedor de turno, una instalación limpia y bien equipada donde los trabajadores del turno nocturno podían comer caliente a cualquier hora. Cipriano pidió dos órdenes de guisado con arroz y tortillas y Filemón comió con el apetito específico de los quince años que todavía no saben que hay ocasiones en que conviene comer con más discreción.

—Oye —dijo Filemón mientras comía—. ¿Cuánto ganas?

Cipriano lo miró.

—¿Para qué quieres saber?

—Para saber.

—Diecinueve mil al mes, con prestaciones.

Filemón hizo el cálculo que sabía que iba a hacer desde antes de preguntar. Su padre ganaba con la alfalfa, en los meses buenos, quizás cuatro o cinco mil pesos. En los malos, menos. Necesitaría cuatro meses de buena cosecha para igualar el salario mensual de Cipriano. Y los meses de buena cosecha eran cada vez menos frecuentes.

—¿Y eso te alcanza? —preguntó.

—Me alcanza y sobra. Mando dinero a mi papá todos los meses.

—¿Y él qué dice?

—Que lo toma pero que preferiría que volviera al ejido. —Cipriano raspó el fondo del plato—. No puedo volver al ejido, Filemón. El ejido no puede darme lo que la mina me da. Eso no es culpa de nadie. Es simplemente como son las cosas.

Más tarde, cuando Cipriano tuvo que incorporarse a su turno, lo dejó en la zona de espera con instrucciones de no moverse de ahí y Filemón pasó dos horas observando el flujo de personas que entraban y salían del área. Lo que vio en esas dos horas no estaba en el contrato colectivo ni en las pantallas de la sala de control.

Vio a un hombre de unos cuarenta años que caminaba hacia el área médica con una mascarilla en la cara y la espalda ligeramente encorvada, acompañado por alguien del departamento de personal. Escuchó fragmentos de una conversación entre dos trabajadores sobre una queja de seguridad que el sindicato había presentado meses atrás y que todavía no tenía respuesta formal. Vio cómo un supervisor local esperaba durante diez minutos en el pasillo para hablar con un ingeniero que finalmente pasó de largo sin detenerse.

No eran dramas visibles. Eran fricciones cotidianas del tipo que existe en cualquier organización grande donde el poder no se distribuye de manera uniforme y donde algunas personas importan más que otras de maneras que nunca están escritas en ningún manual.

Cuando Cipriano lo recogió al final del turno, a las diez de la mañana siguiente, Filemón estaba cansado y callado.

—¿Qué te pareció? —preguntó Cipriano.

—Grande —dijo Filemón.

—Ya lo sabías que era grande.

—Sabía que era grande desde afuera. Desde adentro es otra cosa.

Cipriano condujo un rato en silencio.

—¿Quieres trabajar aquí? —preguntó finalmente.

Filemón tardó en responder.

—No lo sé todavía.

—¿Qué no sabes?

—Si quiero esto o si quiero algo de esto. —Filemón miró por la ventana el paisaje semiárido que ya empezaba a reconocer como el camino de regreso al ejido—. Hay cosas aquí que son buenas. El salario, el orden, la capacitación. Y hay cosas que no sé si son buenas o simplemente son.

Cipriano asintió.

—Lo entiendo —dijo.

—¿Cómo sabes si lo entiendes?

—Porque yo me hice la misma pregunta cuando entré. —Cipriano redujo la velocidad al acercarse al camino de terracería que llevaba al ejido—. Y llegué a la conclusión de que no hay respuesta perfecta. Que uno trabaja donde puede trabajar y hace lo que puede con lo que tiene. Que eso no es derrota. Es nomás como es.

—¿Y tu papá?

—Mi papá nunca va a entender que me quedé en la mina. Pero tampoco me va a pedir que regrese porque sabe que aquí no le puedo dar lo que le doy desde allá. —Pausa—. Eso también es una respuesta aunque no sea la respuesta que a ninguno de los dos le gustaría tener.

Filemón bajó de la camioneta en la entrada del ejido con el pase de visitante todavía en el bolsillo. Lo miró un momento y lo dobló, guardándoselo también, porque no sabía exactamente por qué pero le pareció que era algo que valía la pena conservar aunque fuera solamente un papel con su nombre y la fecha de acceso y las restricciones impresas en letras pequeñas.

Llegó a la casa cuando su padre ya estaba en la parcela. Su madre estaba en la cocina.

—¿Dónde andabas? —preguntó Eustolia, sin levantar la vista del metate.

—Con Cipriano.

—¿En la mina?

—Sí.

Eustolia siguió moliendo durante un momento.

—¿Y? —dijo.

—Grande —dijo Filemón.

—Ya lo sabíamos que era grande.

—No como uno cree que es grande. Como en realidad es grande. —Filemón se sentó en la silla del rincón—. Hay gente de aquí trabajando ahí. Muchos. Ganando bien.

—Lo sé.

—¿Y no le parece que...?

—¿Que qué?

Filemón buscó la palabra durante un momento.

—Que tiene sentido —dijo finalmente—. Que tiene sentido estar ahí.

Eustolia dejó el metate y lo miró directamente por primera vez desde que había llegado.

—Que tenga sentido no significa que sea la única opción —dijo—. Y que tu padre lleve toda la vida en la tierra no significa que esté equivocado. A veces dos cosas tienen sentido al mismo tiempo y uno tiene que decidir cuál es la suya.

Filemón no respondió. Pero esa tarde, cuando su padre volvió de la parcela y los dos estuvieron en la misma cocina sin hablar directamente del tema que los dos sabían que estaba en el aire entre ellos, Filemón pensó en lo que le había dicho Cipriano: que trabajar en la mina no era pertenecer a la mina. Que la empresa era como la tierra: te da sustento mientras le sirves y cuando dejas de servirle busca a otro. La diferencia era que la tierra al menos no te despide.

No era una respuesta.

Era una manera diferente de ver la misma pregunta.

Y eso, por ahora, tendría que ser suficiente.

Prisciliana lo vio llegar desde la ventana de su cuarto. Vio el pase de visitante que Filemón sacó del bolsillo y miró antes de guardarlo de nuevo, y vio también la expresión de su hermano, que era la expresión de alguien que ha visto algo que modifica una parte de lo que creía saber sin reemplazarlo todavía por algo definitivo.

Esa noche le preguntó cuando pasó por el pasillo.

—¿Cómo es?

Filemón se detuvo.

—¿La mina?

—Sí.

—Como nada que hayamos visto —dijo Filemón—. Camiones que pesan más que diez casas juntas. Luces que no dejan que sea de noche. Gente del ejido trabajando ahí como si hubieran nacido para eso.

—¿Y tú quieres trabajar ahí?

Filemón la miró.

—No lo sé todavía.

—¿Qué te falta para saberlo?

—Entender si lo que vi es lo que quiero o si es solamente lo que me impresionó. No es lo mismo.

Prisciliana lo miró durante un momento con esa atención suya que a veces incomodaba precisamente porque era demasiado real.

—Eso que dijiste es lo más inteligente que te he escuchado decir en meses —dijo.

Filemón bufó.

—No exageres.

—No exagero. —Prisciliana entró a su cuarto y cerró la puerta sin darle oportunidad de responder.

Filemón se quedó en el pasillo un segundo y luego se fue al suyo. Tardó tiempo en dormirse porque la cabeza seguía procesando turnos, salarios, camiones monumentales, el hombre de la mascarilla camino al área médica, la frase de Cipriano sobre la tierra que al menos no despide, y la pregunta de Prisciliana sobre si lo que vio era lo que quería o solamente lo que lo había impresionado.

Eran preguntas distintas.

Y que fueran distintas era exactamente el problema.

CAPÍTULO 7

La ciudad iluminada en medio del desierto

Complejo minero Peñasquito. Oficinas administrativas. Principios de septiembre.

Salieron del ejido a las ocho de la mañana con las camisas planchadas.

No era detalle menor. Los tres lo habían hecho por separado sin acordarlo, cada uno en su propia casa la noche anterior, y cuando se encontraron en la entrada del ejido para ir juntos en la troca de Vicente notaron el uno en el otro la misma señal: que todos habían entendido, sin que nadie lo dijera, que llegar con la camisa planchada a ese tipo de reunión era el mínimo gesto de seriedad disponible para hombres que no tenían traje.

Nabor llevaba en el bolsillo interior de la camisa el papel del ensaye, doblado en cuatro, en el mismo lugar donde había estado desde el día que lo recogió en Concepción del Oro. No lo había sacado excepto para mostrárselo a Vicente, a Serafín y a Eustolia. Era un papel de tamaño carta con membrete del laboratorio y columnas de números y siglas, y en los últimos días había adquirido para él una densidad que no correspondía a su peso físico.

Vicente manejaba. Serafín iba en el asiento de atrás, más callado que de costumbre, que para alguien como él era señal inequívoca de que estaba nervioso.

—¿Qué vamos a decir exactamente? —preguntó Serafín a mitad del camino.

—Lo del agua —dijo Nabor—. Nada más por ahora. El problema hídrico del ejido y la necesidad de perforar pozos. Eso es todo lo que vamos a plantear en esta primera reunión.

—¿Y lo del cerro?

—No todavía.

—¿Para qué vamos entonces?

—Para ver cómo son —dijo Vicente, sin apartar la vista de la carretera—. Para conocerlos antes de mostrarles lo que tenemos. Una negociación no empieza con las cartas sobre la mesa. Empieza con aprender a leer al otro.

Serafín aceptó eso en silencio porque no tenía argumento en contra, aunque le costaba la inactividad táctica de una primera reunión donde no se revelaría lo más importante.

El acceso principal del complejo minero tenía una escala que los tres habían visto de lejos toda su vida pero que de cerca era diferente. No solo por el tamaño sino por la densidad: la cantidad de cosas simultáneas ocurriendo en ese espacio, vehículos entrando y saliendo, trabajadores en distintos tipos de uniforme, señales de tránsito específicas de la operación, cámaras en cada ángulo posible, producía una sensación de organización total que era a la vez impresionante e intimidante.

El guardia de la garita registró sus nombres, verificó sus identificaciones, llamó por radio para confirmar la cita con el área de relaciones comunitarias y les entregó pases de visitante con un protocolo tan preciso y tan rodado que era evidente que esa garita procesaba decenas de visitas al día con la misma eficiencia.

El estacionamiento de visitantes olía a combustible diésel mezclado con polvo mineral, un olor que ninguno de los tres había encontrado antes exactamente así pero que reconocieron de inmediato como el olor del lugar donde todo lo que estaba ocurriendo ocurría. Desde ahí podían ver a lo lejos el borde del tajo a cielo abierto: una excavación de dimensiones que desafiaban cualquier referencia que tuvieran disponible. Serafín lo miró durante un momento sin decir nada.

La recepción del edificio administrativo tenía aire acondicionado.

Era agosto, el calor afuera rondaba los treinta y siete grados, y el contraste entre la temperatura exterior y la del interior fue lo suficientemente brusco como para que los tres lo notaran de manera física. Serafín frotó brevemente sus brazos. Vicente miró el techo buscando los ductos sin encontrarlos. Nabor no hizo nada pero también lo sintió.

Se sentaron en las sillas de la sala de espera. Había revistas de minería y sustentabilidad sobre la mesita. Una pantalla mostraba datos de producción en tiempo real. El logo de la empresa en letras plateadas sobre el muro de fondo.

Serafín no podía quedarse quieto. Cruzaba y descruzaba las piernas, miraba el teléfono que no tenía señal dentro del edificio, se acomodaba en la silla que era cómoda pero no suficientemente cómoda para alguien que no encontraba la posición correcta.

Vicente observaba el espacio con una concentración sistemática: los detalles del mobiliario, las plantas artificiales bien hechas, el tipo de papel que usaban para las carpetas del escritorio de recepción, la placa con el nombre de la recepcionista, el número de cámaras visibles en el techo. Lo memorizaba todo con la meticulosidad silenciosa de quien sabe que la información de los espacios dice cosas sobre las personas que los habitan.

Nabor permanecía quieto con las manos sobre las rodillas.

Esperaron veintidós minutos. No era una espera casual: era el tiempo exacto que comunica que el visitante importa pero no tanto como para recibirlo de inmediato, una calibración que Nabor reconoció sin tener palabras técnicas para describirla.

Rodrigo Escamilla apareció desde el pasillo del fondo con el paso seguro de quien conoce ese edificio en todos sus ángulos y la expresión de cordialidad profesional de quien ha desarrollado a lo largo de ocho años en ese puesto la capacidad de ser genuinamente amable sin comprometer ninguna posición de antemano.

Era un hombre de cuarenta años, complexión media, cabello oscuro con algunas canas en las sienes, traje oscuro sin corbata. Nacido en Fresnillo, lo que significaba que era zacatecano, que entendía el norte de Zacatecas sin necesidad de que le explicaran demasiado y que había aprendido a hablar con ejidatarios y con directivos corporativos con el mismo registro de fondo aunque las palabras superficiales cambiaran.

—Don Nabor, don Vicente, don Serafín. —Les dio la mano a los tres, con apretón firme pero no dominante—. Rodrigo Escamilla, superintendente de relaciones comunitarias. Gracias por venir. Pasen, por favor.

La sala de reuniones era pequeña y funcional: mesa rectangular, seis sillas, una pantalla en la pared, agua embotellada sobre la mesa. Escamilla se sentó al frente. Los tres ejidatarios se acomodaron frente a él con la disposición natural de quien llega a presentar un caso: Nabor en el centro, Vicente a su derecha, Serafín a su izquierda.

—¿En qué les puedo ayudar? —dijo Escamilla, que era una pregunta de apertura diseñada para dejarle al visitante la iniciativa de definir el tema.

—Venimos del Ejido Peñasquitos —dijo Nabor—. Llevamos años con un problema de agua que se ha vuelto crítico. El acuífero de Los Cedros baja su nivel año con año. El pozo comunitario tiene capacidad para otro mes quizás. Varias familias ya migraron. Necesitamos perforar pozos profundos y no tenemos los recursos para hacerlo solos.

Escamilla escuchó con la atención específica de quien está procesando dos cosas al mismo tiempo: el contenido de lo que se le dice y el subtexto de cómo se le dice. Asintió.

—Entiendo la situación —dijo—. El problema hídrico en la región es real y lo monitoreamos de cerca porque afecta tanto a las comunidades como a nuestras propias operaciones. ¿Han explorado apoyos institucionales? Conagua, Sader, los programas estatales de agua potable rural.

—Llevamos dos años con eso —dijo Nabor—. Nos dicen que nuestras tierras no están en la zona de mejor aprovechamiento del acuífero. Que el estudio técnico tiene que hacerse primero. Que el presupuesto no alcanzó este año.

—El año que viene dicen lo mismo —añadió Serafín.

Escamilla asintió de nuevo.

—Es una situación que conozco bien —dijo—. Los tiempos institucionales no siempre coinciden con las urgencias reales de las comunidades. —Tomó su pluma y abrió la libreta que tenía frente a él—. Nosotros como empresa hemos apoyado proyectos hídricos en algunas comunidades vecinas bajo convenios de concertación social. Hay precedentes. Estaríamos dispuestos a estudiar la situación del ejido.

Era la respuesta que esperaban pero dicha de una manera que no comprometía nada concreto. Nabor lo notó. Vicente también.

—Agradecemos ese interés —dijo Nabor—. Nos gustaría entender mejor el alcance de lo que la empresa ha hecho en otros casos. ¿Eso incluiría comunidades que pudieran tener algo de interés geológico en sus parcelas?

La pausa que siguió duró exactamente tres segundos.

No era una pausa de confusión. Era la pausa de alguien que acaba de recibir una señal que no esperaba y que necesita ese tiempo mínimo para calibrar qué sabe exactamente quien la envió y cuánto conviene revelar en respuesta.

—¿A qué se refiere con interés geológico? —preguntó Escamilla, con la misma cordialidad profesional de antes.

—A que algunas tierras pueden tener características que las hacen relevantes para distintos tipos de proyectos —dijo Nabor—. No solo agrícolas.

Otra pausa. Más corta esta vez.

—Es un punto interesante —dijo Escamilla—. Que podríamos explorar en una conversación más técnica. Tendríamos que involucrar al área de geología y al área legal para hablar de esos temas con la seriedad que merecen.

—Claro —dijo Nabor—. Cuando ustedes quieran.

La reunión duró cuarenta minutos más. Escamilla tomó notas, hizo preguntas sobre el número de ejidatarios, la extensión del ejido, los cultivos actuales y la situación del pozo comunitario, y al final les dijo que estaría en contacto en los próximos días para coordinar una visita técnica.

Cuando salieron al calor del estacionamiento, los tres caminaron hasta la troca en silencio. Recorrieron el camino hasta la garita de salida, entregaron los pases y salieron a la carretera.

Fue Serafín quien habló primero.

—La pausa —dijo.

—La viste —dijo Nabor.

—Tres segundos exactos cuando preguntaste lo del interés geológico.

—Sabe que nosotros sabemos algo —dijo Nabor—. Que no es lo mismo que saber qué sabemos, pero que en términos prácticos produce el mismo efecto.

—¿Y ahora qué? —preguntó Serafín.

—Ahora esperamos a que llame. Y cuando llame, vemos cómo llama. —Nabor miró por la ventana el paisaje semiárido—. Una negociación no empieza en la primera reunión. La primera reunión es para ver si hay negociación posible.

—¿Y hay? —preguntó Serafín.

—Hay —dijo Vicente.

Nadie dijo nada más hasta que llegaron al ejido.

Esa noche Nabor le contó a Eustolia la pausa de tres segundos. Ella lo escuchó con atención.

—¿Y él qué hizo después de la pausa? —preguntó.

—Preguntó qué quería decir yo con interés geológico.

—¿No dijo que sí, ni que no?

—No.

Eustolia asintió.

—Eso es buena señal —dijo—. El que no tiene nada que calcular responde rápido. El que tiene algo que calcular se toma su tiempo.

—Sí.

—¿Y tú le dijiste todo?

—Nada. Solo lo suficiente para que supiera que teníamos algo.

Eustolia lo miró.

—Bien hecho —dijo. Y volvió a lo que estaba haciendo, que era la manera en que Eustolia daba los cumplidos que consideraba que no necesitaban más palabras de las estrictamente necesarias.

Escamilla, por su parte, llegó al final de ese día a su oficina y redactó un correo a su superior en Monterrey con asunto marcado como urgente. Decía que los ejidatarios de Peñasquitos habían iniciado contacto formal, que la conversación sobre agua era el pretexto visible pero que había señales claras de que sabían o sospechaban algo sobre el potencial geológico de sus parcelas, y que recomendaba activar discretamente al equipo de geología para una evaluación de campo antes de que la negociación avanzara sin esa información de respaldo.

Envió el correo. Apagó la pantalla. Salió al estacionamiento donde el sol de septiembre todavía pegaba con ganas aunque ya declinaba hacia el poniente.

A cien kilómetros de distancia, en el ejido, Nabor apagó la lámpara del portal y entró a la casa.

La negociación había comenzado.

Prisciliana supo de la reunión esa misma noche por su madre, que se la contó mientras cenaban los dos solas porque Nabor y Filemón tardaron en llegar. No con todos los detalles de la pausa de tres segundos ni con la terminología de la negociación, sino con el resumen doméstico que Eustolia hacía de las cosas importantes: que fue bien, que Nabor no mostró el papel, que el hombre de la empresa se quedó pensando cuando le preguntaron lo del interés geológico.

—¿Cuánto tiempo se quedó pensando? —preguntó Prisciliana.

—Tu papá dice que tres segundos.

—Tres segundos es mucho para alguien que está acostumbrado a reuniones.

—Eso dijo tu papá también.

Prisciliana terminó su cena en silencio. Luego fue a su cuarto, sacó el cuaderno y añadió una línea nueva debajo de la tabla de tres columnas que había preparado días atrás:

Primera reunión: posición establecida. Ellos saben que sabemos algo. Nosotros sabemos que ellos quieren algo. Equilibrio inicial logrado.

Cerró el cuaderno.

La negociación había comenzado y ella todavía no había estado en ninguna reunión.

Eso tendría que cambiar pronto.

CAPÍTULO 8

El sindicato también tiene sed

Mazapil y Ejido Peñasquitos. Mediados de septiembre.

Abundio Ruiz vivía en la misma calle de siempre, en la misma casa donde había nacido, con la misma troca color vino desteñido estacionada en la banqueta que llevaba ahí desde hacía tanto tiempo que los vecinos ya la consideraban parte permanente de la cuadra. Era delegado sindical de la sección local del Sindicato Nacional de Trabajadores Mineros, Metalúrgicos y Similares, cargo que ejercía desde hacía doce años con la seriedad de quien entiende que representa algo más grande que sí mismo y el pragmatismo de quien sabe que representar algo grande no sirve de nada si uno no puede maniobrar dentro de las limitaciones reales.

Nabor lo conocía desde la secundaria, cuando sus hijos habían coincidido en el mismo salón y las dos familias habían desarrollado ese tipo de trato que no es exactamente amistad pero que tampoco es simple conocido: el trato de personas que se respetan porque saben cómo funciona el otro.

Fue solo. No le dijo a Vicente ni a Serafín que iba a visitarlo porque quería escuchar primero sin que la impaciencia de Serafín o el escepticismo de Vicente colorearan lo que Abundio le dijera antes de que él mismo pudiera procesarlo.

Llegó un sábado por la mañana con la excusa de unos chiles que Eustolia mandaba a la señora de Abundio, que era verdad aunque también era pretexto. La señora de Abundio recibió los chiles con gratitud y los dejó solos en el portal porque las mujeres de Mazapil tenían bien entrenado el instinto de saber cuándo dos hombres necesitaban hablar sin audiencia.

—¿Cómo está la familia? —preguntó Abundio, arrancando como arrancaba siempre: por lo concreto antes de llegar a lo importante.

—Bien. Tirando. —Nabor se acomodó en la silla—. ¿Y la tuya?

—El mayor ya está en Monterrey con su familia. El chico sigue en la mina. —Abundio miró la calle—. Los dos fuera, cada quien por su lado. Así es esto.

—¿Y tú?

—Yo aquí. Que es donde hay que estar.

Platicaron durante un rato de cosas menores con la paciencia de los hombres de campo que saben que lo importante llega solo cuando el ambiente está listo para recibirlo. Luego Nabor dijo:

—Quiero preguntarte algo del sindicato.

Abundio no cambió de expresión.

—Pregunta.

—Si un ejido tuviera un conflicto con la mina sobre uso de tierras —dijo Nabor—, ¿el sindicato podría meterse en eso?

Abundio lo miró con la misma expresión que don Abundio Cervantes había tenido cuando Nabor le preguntó sobre el subsuelo: la expresión de quien reconoce que la pregunta no es general.

—¿Qué conflicto tiene el ejido con la mina?

—Todavía no lo tiene —dijo Nabor—. Pero podría tenerlo.

—Los conflictos que podrían tenerse son los más interesantes —dijo Abundio—. Porque todavía se puede actuar antes de que ocurran. —Tomó su café—. El sindicato tiene jurisdicción laboral, no agraria. No podemos intervenir directamente en disputas de tierras o concesiones. Eso es para abogados agrarios y tribunales de la Reforma Agraria.

—Eso ya lo sé.

—¿Entonces qué quieres saber?

—Si hay manera indirecta.

Abundio dejó la taza sobre la balaustrada y lo miró con más atención.

—¿Qué tipo de manera indirecta?

Nabor eligió las palabras con cuidado.

—Si el ejido tuviera una negociación con la empresa sobre algo que la empresa quiere de las tierras del ejido —dijo—, y si esa negociación se complicara, ¿eso afectaría de alguna manera las relaciones entre el sindicato y la empresa?

Abundio guardó silencio durante un momento. Luego sonrió levemente, de esa manera específica de los hombres que llevan años en posiciones de negociación y reconocen una pregunta bien formulada cuando la escuchan.

—Depende de cuándo ocurra esa complicación —dijo.

—¿De cuándo?

—Las negociaciones del contrato colectivo son cada dos años. El siguiente ciclo empieza en febrero. —Abundio volvió a tomar su café—. Cuando la empresa está en medio de una negociación de contrato colectivo, lo último que quiere es un conflicto comunitario adicional que genere presión externa. Que un ejido vecino esté en disputa abierta con ella en ese momento es exactamente el tipo de cosa que complica su posición negociadora frente al sindicato. No porque tenga relación directa con los temas laborales, sino porque afecta la imagen pública de la empresa y eso le da al sindicato argumentos adicionales.

Nabor procesó eso en silencio.

—¿Y el sindicato usaría eso?

—El sindicato usa todo lo que le sirva para proteger los intereses de sus agremiados —dijo Abundio, con la calma de quien describe una realidad institucional sin disculparse por ella—. No como amenaza, no como chantaje. Como elemento del contexto que la empresa tiene que considerar. Hay una diferencia.

—¿Y los trabajadores del ejido que trabajan en la mina? ¿Eso los afectaría a ellos?

—Solo si la disputa escala a algo visible. Una negociación discreta no afecta a nadie. Un bloqueo de acceso o una denuncia pública ya es otra cosa. —Abundio lo miró—. ¿A qué están jugando exactamente, Nabor?

Nabor le contó lo esencial sin contar todo: el problema del agua, la necesidad de pozos, el acercamiento a la empresa, la posibilidad de que hubiera algo en las parcelas que la empresa quisiera pero que los ejidatarios controlaban por derecho de superficie. No mencionó el ensaye ni la cifra.

Abundio lo escuchó sin interrumpir. Cuando Nabor terminó, guardó silencio durante un rato mirando la calle.

—Tienen una posición interesante —dijo finalmente.

—Lo sabemos.

—Lo que no saben es que tienen dos posiciones, no una. —Abundio se inclinó levemente hacia adelante—. La primera es la que ya identificaron: el control de la superficie. La segunda es el tiempo. Si llegan a febrero sin haber cerrado un acuerdo con la empresa, el contexto del contrato colectivo les da presión adicional sin que tengan que hacer nada. Sin que el sindicato tenga que hacer nada oficial. Simplemente por estar ahí.

—¿Eso funciona?

—Funciona si la empresa cree que podría funcionar. Y la empresa siempre cree que podría funcionar porque ha visto suficientes situaciones donde funcionó.

Nabor se fue de la casa de Abundio cuarenta minutos después con dos cosas que no había llevado al llegar: la información sobre el contrato colectivo de febrero y una comprensión más amplia del tablero en el que estaban jugando.

Esa tarde le contó a Vicente y a Serafín lo que había aprendido.

Serafín, como era predecible, quiso actuar de inmediato.

—Hay que decirle a Abundio que presione a la empresa ya —dijo—. Que use el sindicato como palanca ahora, antes de que ellos se organicen.

—Eso no es lo que dijo Abundio —dijo Nabor—. Dijo que el sindicato es un elemento del contexto, no una herramienta nuestra. Hay diferencia.

—¿Cuál diferencia? El resultado es el mismo.

—El resultado no es el mismo —dijo Vicente, con la pausa específica de quien ha pensado algo antes de decirlo—. Si usamos el sindicato como palanca directa estamos metiéndolo en algo que no es su jurisdicción y arriesgamos que la empresa responda atacando al sindicato en lugar de negociar con nosotros. Y si eso pasa, los trabajadores del ejido que están en la mina quedan en medio de algo que no pidieron.

Serafín procesó eso.

—Cipriano —dijo finalmente.

—Cipriano y otros doce del ejido —dijo Vicente—. No somos los únicos que dependemos de esto.

La conversación se volvió más lenta y más cuidadosa. Por primera vez los tres estaban pensando en movimientos que tenían consecuencias más allá de ellos mismos, y esa dimensión cambiaba la naturaleza del análisis.

—Entonces el sindicato es un reloj —dijo Nabor—. Nos dice que hay un tiempo límite para la empresa si quieren resolver esto antes de febrero. No lo usamos directamente. Solo sabemos que existe y lo tenemos en cuenta cuando negociemos.

—¿Y si la empresa también lo sabe? —preguntó Serafín.

—Lo sabe —dijo Nabor—. Por eso nos recibió.

Mientras los hombres discutían, Remedios se enteró de la visita a la mina.

No por Serafín, que había llegado a la casa esa tarde con menos explicaciones de lo habitual. Lo supo por la hija mayor de una vecina, que lo supo porque su padre trabajaba en la garita de acceso del complejo y había visto el registro de la visita de tres ejidatarios de Peñasquitos en los archivos de ese día. La información había viajado desde la garita hasta la cocina de Remedios en menos de veinticuatro horas, pasando por tres conversaciones distintas que nadie habría podido rastrear exactamente.

Cuando Serafín llegó esa noche, Remedios esperó a que terminara de cenar antes de decir nada.

—¿Cuándo ibas a contarme lo de la reunión en la mina? —preguntó.

Serafín la miró.

—¿Cómo sabes?

—Eso no importa cómo sé. —Remedios recogió el plato de la mesa con la calma específica de quien ya pasó el momento de la irritación y llegó al de la conversación real—. Lo que importa es que llevamos semanas hablando de agua y pozos y mina y yo me entero de las cosas por terceros.

—No quería preocuparte hasta tener algo concreto.

—No preocuparte a mí es una decisión que yo tengo que tomar, no tú. —Remedios lo miró directamente—. ¿Qué pasó en la reunión?

Serafín le contó. No todo, porque no todo era suyo para contar, pero sí lo suficiente para que Remedios tuviera una imagen real de lo que estaba ocurriendo. Mientras hablaba notó que ella escuchaba con una concentración diferente a la habitual, tomando notas mentales de una manera que él reconocía como la señal de que algo de lo que escuchaba le importaba de manera específica.

—¿Y qué van a pedir? —preguntó cuando él terminó.

—Pozos. Fideicomiso para becas. Contratos de transporte.

—¿Y trabajo para mujeres?

Serafín la miró.

—¿Cómo?

—Los contratos de transporte. ¿Solo para hombres con camión?

—Pues... los que tienen camión son...

—Yo tengo camión —dijo Remedios—. La camioneta es mía por herencia de mi padre. Si hay contratos de transporte, quiero que mi nombre también pueda estar en la lista.

Serafín no respondió de inmediato. No porque le pareciera mal sino porque genuinamente no lo había pensado y cuando algo no se ha pensado uno necesita un momento para decidir si la ausencia del pensamiento era un error o una razón válida.

—Se lo digo a Nabor —dijo finalmente.

—No se lo digas a Nabor —dijo Remedios—. Se lo digo yo a Eustolia.

Esa fue la única respuesta disponible y los dos lo sabían.

La información de que los ejidatarios habían visitado la mina comenzó a circular por el ejido con la velocidad que siempre había tenido la información en ese espacio: invisible en su movimiento, omnipresente en sus efectos. Nadie podía determinar exactamente cómo viajaba, porque en los ejidos la información no tiene un canal único sino que fluye por las conversaciones cotidianas, las miradas al cruzarse en el camino, los silencios que comunican tanto como las palabras.

Lo que los hombres creían guardar como secreto tenía más filtraciones de las que calculaban.

Y las mujeres, como siempre, lo sabían antes que ellos.

Prisciliana se enteró de la conversación con Abundio Ruiz esa misma noche, no porque su padre se lo dijera directamente sino porque escuchó suficiente de la reunión en el portal como para armar el resto. Cuando Nabor entró a la cocina a buscar agua, ella le preguntó sin rodeos:

—¿Febrero es el contrato colectivo?

Nabor la miró.

—¿Cómo sabes eso?

—Escuché lo del sindicato y busqué en internet cuándo vencía el contrato colectivo de la mina. Los contratos colectivos de minería en México son bianuales. El último fue en febrero del año pasado. El próximo es en febrero.

Nabor la miró durante un momento largo.

—¿Y qué piensas de eso? —preguntó.

—Que tenemos cuatro meses antes de que ese factor pierda relevancia —dijo Prisciliana—. Si no hay acuerdo antes de febrero, la empresa va a estar bajo presión sindical y va a querer resolver el tema del ejido rápido para no

tener dos frentes abiertos. Si el acuerdo llega después de febrero, ese elemento ya no sirve.

—¿Y si llegamos nosotros primero con el acuerdo?

—Depende de qué acuerdo. Un acuerdo malo antes de febrero es peor que un buen acuerdo después. —Prisciliana volvió a su cuarto—. Pero un buen acuerdo antes de febrero es lo mejor de todo.

Nabor se quedó en la cocina con el vaso de agua en la mano, pensando que su hija de diecisiete años acababa de resumir en tres frases lo que él había tardado tres conversaciones en entender.

Eso también era una respuesta sobre quién debería estar en las próximas reuniones.

Aunque todavía no se la había dado.

CAPÍTULO 9

Las mesas del silencio

Ejido Peñasquitos y alrededores. Octubre.

La camioneta de la empresa pasó por el camino que bordeaba la parcela de Serafín tres veces en una semana.

No era el tipo de camioneta que usaba el personal de mantenimiento de rutina, que era blanca y tenía el logo de la empresa en los costados. Era una camioneta gris sin identificación visible, con cristales oscuros y dos ocupantes cuya actividad, vista desde la orilla del camino, consistía en detenerse durante periodos variables en distintos puntos del borde de las parcelas y tomar notas o fotografías con equipos que desde la distancia no podían identificarse con precisión pero que tampoco parecían cámaras turísticas.

Nabor la vio pasar la primera vez desde su parcela y no dijo nada. La segunda vez lo comentó con Vicente, que la había visto también desde la suya. La tercera vez Serafín la encontró estacionada en el camino secundario que llevaba hacia el cerro cuando salió a revisarlo al amanecer.

—¿Se la quedaron viendo? —preguntó Nabor en el portal esa tarde.

—Se la quedé viendo —dijo Serafín—. Ellos también se me quedaron viendo a mí. Luego arrancaron y se fueron.

—¿Pudiste ver algo de quiénes eran?

—Solo que uno traía algo parecido a un GPS o un medidor. Y que el otro anotaba en una tableta.

Vicente, que había escuchado desde el escalón, dijo:

—Geólogos.

—¿Cómo sabes? —preguntó Serafín.

—Porque es lo que haría yo si fuera la empresa y alguien me dijera que hay posibilidad de mineral de alta ley en parcelas que no puedo tocar sin permiso. Mando geólogos a ver qué pueden verificar desde fuera antes de comprometer nada.

Nabor asintió. Era exactamente el movimiento que esperaba y que al mismo tiempo confirmaba que la conversación con Escamilla había producido exactamente el efecto calculado: la empresa estaba moviéndose.

—¿Y eso es bueno o malo? —preguntó Serafín.

—Es neutro —dijo Nabor—. Significa que están interesados. No significa que estén dispuestos a lo que pedimos.

Lo que Nabor no decía en voz alta, aunque lo pensaba, era que la presencia de los geólogos también significaba que el tiempo en que el secreto pertenecía solamente a los tres empezaba a cerrarse. Cuando la empresa mandaba especialistas al campo, era porque ya tenía suficiente información para justificar el gasto. Y si tenía suficiente información era porque la información había llegado de algún lugar.

En las semanas que siguieron, la negociación entró en esa fase particular que no produce movimientos visibles pero donde todo está ocurriendo de manera subterránea. Escamilla llamó dos veces por teléfono para coordinar lo que describió como una visita técnica informal al ejido, visita que se programó, se reprogramó y se volvió a programar sin que llegara a realizarse, lo que en el lenguaje de las negociaciones significaba que internamente la empresa todavía estaba estableciendo su posición antes de volver a la mesa.

Nabor interpretó esas llamadas con la paciencia de quien entiende que las instituciones grandes se mueven despacio no por incompetencia sino por diseño: el tiempo que transcurre entre una reunión y la siguiente no es tiempo perdido sino tiempo de evaluación interna que conviene respetar porque forzarlo produce respuestas defensivas en lugar de propuestas reales.

Serafín interpretó las mismas llamadas como señal de que la empresa estaba ganando tiempo para debilitarlos.

Ninguno de los dos estaba completamente equivocado.

Fue Vicente quien descubrió a Aurelio Berumen.

Aurelio tenía una parcela en el extremo sur del ejido, en el borde del área que colindaba con la zona de influencia del cerro. Era un hombre de cuarenta y tantos años, corpulento, de voz alta y hábitos sociales que lo hacían presente en cualquier reunión aunque no tuviera nada específico que aportar, de los que siempre saben lo que todos hacen y muy poco de lo que ellos mismos deberían estar haciendo. Llevaba años reclamando que su parcela también tenía derecho a participar en cualquier proyecto comunitario relacionado con el cerro, argumento que nadie había tomado en serio porque la parcela de Aurelio quedaba al sur del cerro y el mineral

confirmado estaba en la parte norte donde se encontraban las parcelas de los tres socios.

Vicente lo encontró un miércoles por la mañana conversando con don Eustasio, el dueño de la parcela abandonada que llevaba meses con el candado nuevo en la puerta. La conversación no parecía casual. Don Eustasio, que ya había decidido no volver al ejido, escuchaba con la atención específica de quien está evaluando una propuesta económica. Aurelio hablaba con los brazos, que era su manera de hablar cuando algo le interesaba.

Vicente no se acercó. Dio media vuelta y fue a buscar a Nabor.

—¿De qué crees que estaban hablando? —preguntó Nabor.

—De los derechos de la parcela de don Eustasio —dijo Vicente—. Que es la única que tiene frente directo al cerro además de las nuestras.

—¿Y si Aurelio la compra o la consigue en cesión de derechos?

—Entonces Aurelio tiene una parcela que limita con el cerro y puede presentarse ante la empresa como propietario de superficie adicional. Y si lo hace antes de que nosotros cerremos el acuerdo, la empresa tiene dos interlocutores distintos con argumentos distintos y puede usar eso para fragmentar la negociación.

Nabor guardó silencio durante un momento.

—¿Desde cuándo anda Aurelio en esto? —preguntó.

—No lo sé. Pero las preguntas que ha estado haciendo en el ejido llevan tiempo siendo demasiado específicas para alguien que supuestamente no sabe nada del tema.

Fue Prisciliana quien formuló la pregunta correcta cuando Nabor le contó esa tarde.

—¿Cómo sabe Aurelio lo que sabe? —dijo.

—Eso es lo que no sabemos.

—Las preguntas que hace son específicas. Sobre concesiones, sobre ley de minerales, sobre contratos de ocupación superficial. Eso no lo inventó él solo.

—¿Crees que alguien le está dando información?

—Alguien le está dando información o alguien lo está usando —dijo Prisciliana—. No sé cuál de los dos. Pero las dos opciones son igual de malas para nosotros.

Esa noche Nabor convocó a Vicente y a Serafín y les expuso la situación. La reacción de Serafín fue inmediata y previsible: había que confrontar a Aurelio directamente, acusarlo en la asamblea, impedir que siguiera moviéndose.

—Si lo confrontamos en la asamblea sin pruebas sólidas —dijo Nabor—, Aurelio dice que no sabe de qué le hablamos, los demás ejidatarios no

entienden de qué estamos hablando nosotros tampoco, y el resultado es que quedamos como paranoicos y él queda como víctima.

—¿Y qué hacemos entonces?

—Primero averiguar con quién está hablando. Segundo, hablar con don Eustasio antes de que Aurelio cierre algo con él.

—¿Y si ya cerró?

—Entonces veremos qué cerró y si tiene consecuencias reales.

El apagón llegó esa misma semana, un jueves a las nueve de la noche.

No era el primero. Los apagones en esa zona del municipio eran eventos con una frecuencia suficiente como para que las familias tuvieran velas en cajones específicos y supieran exactamente dónde estaban sin necesidad de buscarlas. El de esa noche duró cuatro horas y cubrió el ejido completo y varios kilómetros de los caminos rurales circundantes.

Nabor salió al portal con una vela encendida y se quedó ahí durante un rato mirando la oscuridad del valle. Sin la iluminación de las casas vecinas ni de los caminos, la noche tenía una densidad diferente, más completa, del tipo que en el campo de Zacatecas hace cuarenta años habría sido normal pero que ahora resultaba desorientadora precisamente porque uno ya no estaba acostumbrado.

En el horizonte, a la distancia donde siempre habían estado, las luces de la mina seguían encendidas con perfecta normalidad.

No parpadeaban. No habían bajado de intensidad. Continuaban exactamente como continuaban siempre: blancas, estables, indiferentes al apagón que oscurecía todo lo demás.

La empresa tenía su propia planta de generación. Su propio sistema de distribución eléctrica. Sus propios protocolos para situaciones que afectaban el suministro externo. Operaba dentro de la misma geografía que el ejido pero fuera del alcance de los mismos problemas que afectaban al ejido. Esa independencia no era arrogancia. Era simplemente la consecuencia de una escala que podía permitirse no depender de lo que dependía todo lo demás.

Eustolia salió con otra vela y se sentó en la silla junto a la de Nabor.

—¿Estás pensando en la mina? —preguntó.

—Estoy mirando la mina —dijo Nabor—. Que no es exactamente lo mismo.

—¿Y qué ves?

—Que no tienen apagones. —Pausa—. No estamos negociando solo con una empresa. Estamos negociando con una escala de cosas que nosotros no tenemos y que ellos dan por sentadas porque siempre las han tenido.

—¿Y eso te desanima?

Nabor consideró la pregunta durante un momento real.

—No —dijo—. Me recuerda para qué estamos negociando. Para que algo de lo que ellos dan por sentado deje de ser imposible para nosotros.

Eustolia miró las luces lejanas durante un rato.

—Los pozos —dijo.

—Los pozos. Y las becas. Y los contratos. —Nabor apagó la vela porque la brisa había empezado a moverla—. Todo eso que no tenemos y que por eso parece enorme y que para ellos es solamente operación normal.

La electricidad volvió cuatro horas después, a la una de la mañana, con ese parpadeo previo que tiene siempre el suministro cuando se restablece: una luz débil que titubea un momento antes de confirmar que llegó para quedarse.

Nabor ya dormía cuando volvió la luz.

Las luces de la mina, por su parte, no habían necesitado volver porque nunca se habían ido.

Prisciliana no durmió durante el apagón.

Estuvo en su cuarto con la vela encendida y el cuaderno abierto, escribiendo notas sobre Aurelio Berumen que en realidad eran preguntas disfrazadas de notas: ¿qué quiere exactamente?, ¿quién le está dando información?, ¿qué puede hacer con la parcela de don Eustasio si la consigue?

Bajo esas preguntas escribió una observación que no era exactamente una estrategia pero que apuntaba en la dirección de una:

Aurelio es un problema solo si actúa antes que nosotros. Si cerramos el acuerdo primero, su movimiento con don Eustasio queda irrelevante porque la empresa ya tendría lo que necesita de nosotros sin necesitar a él. La solución a Aurelio no es confrontarlo. Es movernos más rápido que él.

Debajo de eso escribió otra línea, más pequeña, como si no quisiera que ocupara demasiado espacio en la página aunque sí quería que estuviera ahí:

Alguien tiene que decirle esto a papá mañana en la mañana.

Apagó la vela cuando la electricidad volvió y se quedó mirando el techo con la luz artificial encendida, pensando en que había una diferencia entre saber cuál era el movimiento correcto y ser la persona que tenía permiso de decirlo en voz alta en las reuniones correctas.

Esa diferencia tendría que resolverse pronto también.

A cien metros de la casa de Nabor, en la cocina donde Serafín había encendido la última vela disponible, Remedios le preguntó si había hablado con Nabor sobre lo de los contratos de transporte para mujeres.

—Todavía no —dijo Serafín.

—¿Cuándo?

—Pronto.

—Pronto no es una fecha —dijo Remedios.

—Pronto es antes de que sea tarde.

Remedios lo miró durante un momento con la expresión de alguien que ya escuchó esa respuesta antes y sabe exactamente cuánto vale.

—Eso mismo le dice Nabor a todos —dijo—. Y aquí seguimos.

Serafín no respondió. La vela se consumió un centímetro más. Afuera, las luces de la mina seguían encendidas sobre el horizonte oscuro del valle, completamente indiferentes a la conversación que ocurría debajo de ellas.

Vicente, que vivía solo desde que Cipriano se fue a vivir más cerca del complejo, pasó el apagón sentado en su silla de madera junto a la ventana sin encender vela porque no veía razón para desperdiciarla. La oscuridad no le molestaba. Había vivido suficientes años en el campo para saber que la oscuridad no es ausencia de algo sino simplemente la condición natural de las noches cuando no se interpone nada artificial entre uno y ellas.

Miró las luces de la mina durante un rato largo.

Luego pensó en su padre, que había muerto veinte años atrás sin haber visto nada que se pareciera a lo que estaba ocurriendo ahora en el ejido. Que le había contado historias de cuando el valle tenía agua suficiente y las parcelas producían sin agonía. Que nunca supo qué había en el suelo debajo de la tierra que había trabajado toda la vida.

Vicente no sabía si eso era una injusticia o simplemente cómo funcionan las cosas: que el conocimiento de lo que uno tiene siempre llega más tarde de lo que habría sido útil tenerlo.

Pero sí sabía que lo que estaban haciendo ahora tenía que terminarse bien. Por su padre, que no pudo. Por Cipriano, que necesitaba un ejido al que regresar aunque no regresara todavía. Por todos los que se habían ido y por los poquitos que se habían quedado.

Eso también era una razón para no equivocarse.

CAPÍTULO 10

La tierra comienza a escuchar

Ejido Peñasquitos y municipio de Mazapil. Octubre y noviembre.

El rumor empezó en la tienda.

No podía determinarse exactamente quién lo había dicho primero ni cómo había llegado a quien lo dijo, porque los rumores en los ejidos no tienen un origen localizable sino una emergencia gradual: aparecen en un punto, migran hacia otro, se modifican levemente en cada transferencia y al cabo de unos días ya nadie puede señalar dónde empezaron porque están en todos lados al mismo tiempo.

Lo que circulaba era impreciso en los detalles pero preciso en la dirección: que en las parcelas del norte del ejido había algo en la tierra que valía

dinero, que los tres ejidatarios de ese lado lo sabían desde hacía tiempo y lo habían mantenido en secreto, y que por eso la mina había empezado a mandar gente a ver qué había.

Los detalles variaban según quien lo contara. Algunos decían que habían encontrado oro. Otros decían que era plata. Otros decían que era un manantial profundo de agua pura, lo cual en ese valle era casi tan valioso como cualquier mineral y mucho más fácil de entender para alguien que no sabía distinguir un ensaye de una factura de laboratorio.

Nabor lo supo cuando la hija de los Perales pasó por su parcela un martes por la mañana y le preguntó directamente si era verdad que habían encontrado algo. Nabor le dijo que no sabía de qué le hablaba. La hija de los Perales lo miró con la expresión de quien sabe perfectamente que le acaban de mentir pero no tiene razón para insistir.

Esa tarde le dijo a Eustolia que el secreto tenía los días contados.

—¿Cuántos días? —preguntó ella.

—Pocos.

—¿Y eso cambia algo?

—Cambia que ya no controlamos cuándo se sabe. Solo controlamos cómo respondemos cuando la gente pregunta.

Lo que no controlaban, y que empezó a ser evidente en los días que siguieron, era la aparición de personas que el rumor atraía con la puntualidad específica de quienes tienen instrumentos para detectar la posibilidad de una oportunidad antes de que esa oportunidad esté completamente formada.

El primero fue un abogado de Zacatecas que llegó al ejido en un carro nuevo con placas del estado y se presentó como especialista en derecho agrario y minero. Se instaló en el único cuarto que rentaba doña Esperanza en el ejido y pasó dos días visitando a distintos ejidatarios para ofrecerles asesoría gratuita con el argumento de que toda comunidad que enfrentara una negociación con una empresa minera necesitaba representación legal independiente que protegiera sus intereses. No decía qué cobraría por esa representación. Lo que tampoco decía era para quién trabajaba realmente.

El segundo fue un empresario de Concepción del Oro que llegó con una propuesta para organizar una cooperativa de transporte que se beneficiaría de los contratos que, según él sabía de buenas fuentes, la empresa iba a otorgar a comunidades locales. Quería convencer a varios ejidatarios de capitalizar la cooperativa antes de que el acuerdo se cerrara, lo que requería que los ejidatarios pusieran dinero ahora a cambio de participación futura en algo que todavía no existía.

El tercero fue un exfuncionario municipal que llegó bajo pretexto de supervisar un programa de caminos rurales que nadie había solicitado y que aprovechó cada parada para hacer preguntas sobre el estado de las negociaciones con la mina con una naturalidad que no disimulaba nada.

Nabor observó la llegada de cada uno con la misma conclusión: que todos sabían más de lo que deberían saber y que ninguno había llegado al ejido por accidente.

Serafín, que era el más impresionable de los tres ante la posibilidad de que alguien llegara a resolver algo que sentía que no avanzaba lo suficiente, comenzó a reunirse con el abogado de Zacatecas.

No lo hizo en secreto exactamente. Lo hizo sin avisar a Nabor y a Vicente, que no era lo mismo pero que producía el mismo efecto: que sus socios se enteraron por vías indirectas en lugar de por él, lo que convirtió una decisión de impaciencia en algo que parecía calculado aunque no lo fuera.

Vicente encontró el carro del abogado estacionado cerca de la parcela de Serafín un miércoles por la mañana. Fue a buscarlo directamente. Encontró a los dos sentados en el portal, con papeles sobre la mesa y actitudes de conversación interrumpida.

—Buenos días —dijo Vicente, mirando a Serafín con la calma que resultaba más perturbadora que cualquier enojo.

—Buenos días —dijo Serafín.

El abogado hizo ademán de presentarse. Vicente no le extendió la mano.

—¿Cuándo podemos hablar los tres? —le preguntó a Serafín.

—Esta tarde, si quieres.

—Esta tarde —dijo Vicente. Y se fue.

La conversación de esa tarde fue la más difícil que habían tenido. Nabor habló con la calma específica de quien ha decidido no gastar energía en el tono porque lo que necesita decir tiene suficiente peso propio.

—Si cada uno negocia por su lado —dijo—, vamos a terminar con tres compromisos distintos que se contradicen entre sí. Y cuando la empresa los vea, va a usar esas contradicciones para decir que no hay interlocutor válido y empezar de cero con quien sea más conveniente.

—No estaba negociando —dijo Serafín—. Estaba informándome.

—Estabas mostrando papeles a alguien que no sabemos para quién trabaja.

—Me dijo que trabaja para nosotros.

—Todos dicen que trabajan para quien les conviene que crean que trabajan para ellos —dijo Vicente.

Serafín golpeó la balaustrada con la palma, no con violencia sino con la frustración de quien lleva meses sintiendo que el proceso avanza más lento de lo que puede tolerar.

—Llevamos meses sin que pase nada —dijo—. La empresa nos llama, reprograma, vuelve a llamar. Nosotros esperamos. ¿Hasta cuándo?

—Hasta que tengamos algo concreto que firmar —dijo Nabor.

—¿Y mientras?

—Mientras, no dividimos lo que tenemos.

—¿Y si me niego?

La pregunta quedó en el aire durante un momento que nadie ocupó con palabras.

—Entonces ya ganó la mina —dijo Vicente—. Sin hacer nada. Solo esperando a que nosotros nos fragmentemos solos.

Serafín no respondió. Miró el horizonte durante un rato. Luego miró a los dos.

—No voy a hacer nada más por mi cuenta —dijo finalmente—. Pero necesito que algo pase. Pronto.

—Algo va a pasar —dijo Nabor—. Pronto.

La reunión sobre el acuífero ocurrió esa misma semana en el salón de usos múltiples del municipio de Mazapil, organizada por el organismo de cuenca con asistencia de técnicos del estado y representantes de ejidos de la región. Prisciliana fue sola porque su padre no pudo y porque en esa familia ya estaba establecido de manera tácita que Prisciliana podía ir a reuniones de ese tipo aunque nadie lo hubiera dicho explícitamente.

El técnico que presentó el informe era un hombre joven de voz monótona y cifras muy precisas que contrastaban con la gravedad de lo que describían. El acuífero de Los Cedros mostraba señales de sobreexplotación que los modelos hidrológicos proyectaban como irreversibles si el ritmo de extracción continuaba. Los pozos agrícolas de la región habían bajado su nivel promedio en un metro y medio en los últimos cinco años. El consumo de la industria minera en el área equivalía al de doce comunidades rurales de tamaño medio. Si las condiciones actuales se mantenían, en quince años el acuífero podría entrar en colapso hidráulico.

Prisciliana tomó notas con la concentración de quien sabe que va a tener que explicarle a alguien más lo que escucha y que ese alguien más no va a tener la paciencia para las partes aburridas.

Cuando volvió al ejido esa tarde, Eustolia la esperaba en la cocina.

—¿Cómo estuvo? —preguntó.

—Preocupante —dijo Prisciliana, sentándose—. El acuífero está sobreexplotado. No solo por la mina. Por todo: la mina, los pozos agrícolas, el crecimiento de los municipios. Pero la mina es el mayor consumidor individual.

—¿Y cuánto tiempo nos queda?

—El técnico dijo quince años si no cambia nada. Menos si la sequía se intensifica, que es lo que proyectan los modelos de clima.

Eustolia dejó el metate y se limpió las manos en el mandil.

—¿Y los pozos que le vamos a pedir a la mina?

—Son parte del problema y parte de la solución al mismo tiempo —dijo Prisciliana—. Nos dan agua para diez o quince años. Pero si el acuífero colapsa antes, los pozos también se secan.

—¿Es mejor diez años que ninguno?

—Sí. Pero no es suficiente.

Eustolia volvió al metate.

—¿Y qué más se puede pedir?

Prisciliana no respondió de inmediato. Era la pregunta correcta y todavía no tenía la respuesta completa.

—Eso es lo que no sé todavía —dijo.

Esa noche, en su cuarto, abrió el cuaderno en la página donde estaba la tabla de tres columnas y añadió una línea nueva debajo de todo lo escrito:

¿Qué pedimos después de los pozos?

No era una respuesta. Era la pregunta más importante que había formulado hasta ese momento, y el hecho de que no tuviera respuesta todavía no significaba que fuera la pregunta equivocada. Significaba que la negociación que creían que estaban teniendo era más grande de lo que habían calculado, y que ganar bien esa negociación requería pensar más allá de lo urgente hacia lo que duraría.

Cerró el cuaderno.

Afuera, el ejido estaba quieto. Algunas casas tenían luz. Otras no. Las luces de la mina en el horizonte seguían siendo las mismas de siempre.

Pero la pregunta era nueva.

Y eso también era algo.

Remedios se enteró de las reuniones de Serafín con el abogado de Zacatecas la misma tarde en que Vicente las descubrió, no porque alguien se lo dijera sino porque Serafín llegó a casa con esa tensión específica que tienen los hombres cuando acaban de tener una conversación difícil que todavía no saben cómo contarle a su mujer.

Lo dejó cenar en silencio. Lo dejó tomar el café. Luego preguntó.

—¿Qué pasó hoy?

—Nada importante.

—Cuando dices nada importante generalmente es algo importante.

Serafín dejó la taza.

—El abogado de Zacatecas. Vicente me encontró hablando con él.

—¿Y Nabor?

—También sabe ya.

Remedios procesó eso durante un momento.

—¿Y están enojados contigo?

—Vicente no se enoja. Nabor tampoco exactamente. Pero hablaron claro. —Serafín miró la mesa—. Tienen razón. No debí hacerlo sin avisarles.

Remedios asintió.

—¿Y el abogado ese para quién trabaja realmente?

—No lo sé.

—¿Y por qué le enseñaste papeles a alguien cuyo cliente no sabes quién es?

Serafín no respondió. Era la pregunta que Nabor le había hecho con otras palabras y que seguía sin tener una respuesta satisfactoria porque la respuesta honesta era que lo había hecho porque necesitaba que algo pasara y el abogado llegó en el momento exacto en que esa necesidad era mayor que su cautela.

—La próxima vez me preguntas a mí primero —dijo Remedios.

Serafín la miró.

—¿Tú qué habrías dicho?

—Que le preguntaras a Nabor si conocía a ese hombre antes de mostrarle nada.

—¿Y si no lo conocía?

—Entonces que no le mostraras nada. —Remedios recogió las tazas de la mesa—. Un abogado que llega solo a ofrecer ayuda gratuita a alguien que tiene algo que vale la pena defender trabaja para alguien. La única pregunta es para quién.

Era la misma conclusión a la que habían llegado Nabor y Vicente, formulada con la misma lógica pero desde un lugar diferente. Serafín lo sabía. Y el hecho de que su mujer también lo supiera sin haber estado en ninguna de las reuniones le decía algo sobre cuántas perspectivas estaba ignorando al mantener a las mujeres fuera de las conversaciones importantes.

No lo dijo en voz alta.

Pero lo pensó.

Y a veces pensar algo es el principio de hacer algo al respecto.

Filemón llegó al ejido ese viernes con el sueldo de la primera semana en la mina en el bolsillo y una expresión que mezclaba la satisfacción de haber ganado dinero propio con algo más difícil de nombrar que había empezado a acumularse en los días anteriores dentro del complejo.

Había escuchado cosas en los pasillos del almacén que no tenían por qué llegar a sus oídos pero que llegaron porque los dieciséis años y el uniforme de ayudante hacen a alguien invisible en los espacios donde los adultos hablan sin cuidarse de ser escuchados. Había escuchado el nombre de Aurelio Berumen mencionado por alguien del área de compras en una conversación que no le correspondía pero que entendió suficientemente bien.

Eso lo cargaba.

Entró a la casa, saludó a su madre, dejó parte del sueldo sobre la mesa de la cocina sin que nadie se lo pidiera, y fue a su cuarto a pensar cómo y cuándo decirle a alguien lo que sabía.

No sabía todavía que la respuesta más útil no estaba en cuándo decírselo a su padre sino en cuándo decírselo a su hermana.

Eso lo descubriría pronto.

CAPÍTULO 11

Lo que Filemón no le contó a su padre

Complejo minero Peñasquito y Ejido Peñasquitos. Noviembre.

El trabajo en el almacén de la mina era exactamente lo que su nombre indicaba: recibir materiales, registrarlos en el sistema, verificar que lo que llegaba correspondía a lo que decía la factura, colocarlos en el estante correcto y anotarlo. Era trabajo físico y repetitivo, del tipo que los dieciséis años toleran bien porque el cuerpo todavía tiene energía de sobra para lo que el cerebro considera aburrido.

Pero Filemón no era solamente dieciséis años.

Era también el hijo de Nabor, criado en un ejido donde la información sobre personas y situaciones circulaba sin que nadie la pidiera y donde había aprendido desde pequeño a escuchar antes de hablar y a distinguir entre lo que la gente decía y lo que quería decir. Esa habilidad, que en el ejido era simplemente supervivencia social, dentro del complejo minero se volvía una ventaja inesperada: lo hacía capaz de recoger información en un ambiente que no lo veía como amenaza porque lo veía como invisible.

Los ayudantes de almacén son invisibles en todas las organizaciones grandes. Están ahí, mueven cosas, firman registros, pero no están en las reuniones importantes ni en las conversaciones que importan. Lo que sí están es en los pasillos correctos a las horas correctas.

Lo primero que entendió fue que la empresa sabía más sobre el cerro de lo que había revelado en ninguna reunión con los ejidatarios.

Lo escuchó en una conversación entre dos ingenieros que esperaban el ascensor un miércoles por la mañana, cuando Filemón pasaba empujando un carrito de materiales en la dirección opuesta. Los ingenieros hablaban de un reporte de campo de la semana anterior y mencionaban profundidades, coordenadas y estimaciones de volumen que correspondían inequívocamente al área de las parcelas del norte del ejido. No como posibilidad sino como dato técnico verificado.

No los conocía. No podía determinar a cuál área pertenecían. Pero lo que escuchó fue suficiente para entender que los geólogos de la camioneta gris habían producido resultados concretos y que esos resultados ya circulaban dentro de la empresa en un nivel técnico que nada tenía que ver con la

prudencia diplomática que Escamilla mostraba en las reuniones con los ejidatarios.

Lo segundo fue más difícil de procesar.

Ocurrió un jueves, en el área de contratos y compras, donde Filemón había ido a entregar unos documentos de almacén. Mientras esperaba a que alguien firmara el acuse de recibo, escuchó el nombre de Aurelio Berumen en la conversación de dos personas que hablaban en voz baja desde una oficina con la puerta entornada.

No escuchó todo. Escuchó lo suficiente: que Aurelio había tenido contacto con alguien del área de compras, que había presentado información sobre la situación interna del ejido, y que esa información incluía detalles sobre las divisiones entre los tres ejidatarios principales que ningún outsider debería conocer con ese nivel de precisión.

Eso sí le pesó.

Durante los días siguientes trabajó con la misma eficiencia de siempre, llegó puntual, hizo lo que le pedían y se fue a la hora acordada, pero cargó ese peso de la manera específica en que cargan las cosas los adolescentes que todavía no han desarrollado completamente la capacidad de compartimentar: todo al mismo tiempo, todo mezclado, sin saber bien qué hacer primero.

La relación con su padre había entrado en una fase de silencios paralelos que ninguno de los dos nombraba porque nombrarla habría requerido discutirla y ninguno tenía todavía las palabras correctas para esa discusión. Nabor sabía que Filemón trabajaba en la mina y no lo había prohibido porque no tenía argumento económico para prohibirle a un hijo de quince años que ganara dinero en un momento donde el dinero escaseaba. Pero tampoco lo aprobaba, y esa desaprobación callada se había instalado en la casa como una presencia adicional que ocupaba espacio sin que nadie la hubiera invitado.

Filemón llegaba del turno, dejaba dinero en la cocina, comía si había algo listo, y se iba a su cuarto. Nabor lo veía llegar, lo saludaba, y seguía con lo que estaba haciendo. Las conversaciones existían pero eran funcionales: el tiempo del desayuno, si llovía o no, si alguna cabra de Vicente había dado problemas. Nada que rozara lo que los dos sabían que debería rozarse.

Prisciliana observaba eso con la claridad de quien está afuera de la tensión y puede verla completa desde ese lugar.

La noche del martes, cuando Filemón llegó con una expresión que ella reconoció como diferente a la del cansancio ordinario, esperó a que su padre se durmiera. Luego fue a tocar suavemente en la puerta del cuarto de su hermano.

—¿Estás dormido?

—No.

—¿Puedo pasar?

Una pausa breve.

—Pasa.

El cuarto de Filemón tenía la desorganización ordenada de los adolescentes que tienen pocas cosas pero las tienen todas en el mismo lugar al mismo tiempo. Prisciliana se sentó en el borde de la cama porque era el único lugar disponible. Filemón estaba recostado mirando el techo con los brazos detrás de la cabeza.

—¿Qué sabes que no estás diciendo? —preguntó Prisciliana.

Filemón la miró.

—¿Por qué crees que sé algo?

—Porque llevas tres días con esa cara y no es cara de cansancio. Es cara de algo que pesa.

Filemón guardó silencio durante un momento que Prisciliana no ocupó con palabras adicionales porque sabía que su hermano necesitaba ese espacio para decidir si hablaba o no.

—Escuché cosas en la mina —dijo finalmente.

—¿Qué cosas?

Filemón se incorporó sobre los codos y miró a su hermana con la expresión de quien está evaluando por última vez si decir algo que sabe que una vez dicho ya no puede retirarse.

—Que tienen más información del cerro de lo que han mostrado en las reuniones. Los geólogos que mandaron hicieron un reporte técnico y ya tienen estimaciones. —Pausa—. Y que Aurelio Berumen habló con alguien del área de compras. No sé exactamente qué le dijo, pero lo que sé es que incluía información sobre los problemas entre papá, Vicente y Serafín que no debería saber nadie de afuera.

Prisciliana no dijo nada durante un momento.

—¿Cómo lo sabes?

—Escuché sin querer. En dos ocasiones distintas. Fragmentos, no conversaciones completas. Pero suficiente.

—¿Y por qué no se lo dijiste a papá?

—Porque si se lo digo a papá actúa de inmediato y la confrontación con Aurelio en la asamblea se vuelve inevitable. Y si eso pasa antes de que haya acuerdo, la empresa usa la división para presentar una oferta menor o para esperar a que todo se caiga solo.

Prisciliana lo miró durante un momento largo.

—Eso es exactamente el análisis correcto —dijo.

—¿Entonces qué hago?

—Decirlo. Pero con el contexto completo, no solo el dato de Aurelio.

—¿Cómo?

—Que papá sepa tres cosas al mismo tiempo: una, que la empresa ya tiene datos técnicos verificados del cerro y que eso significa que el tiempo de esperar a que ellos se muevan primero se terminó. Dos, que Aurelio está actuando como informante de la empresa y que eso tiene que resolverse antes de la próxima reunión. Tres, que la solución no es confrontar a Aurelio sino cerrar el acuerdo antes de que su movimiento importe.

—¿Y si papá se enoja porque yo estaba en la mina?

—Papá se puede enojar y al mismo tiempo entender que la información es útil. Esas dos cosas no se cancelan. —Prisciliana se levantó del borde de la cama—. Lo que no puede pasar es que esa información se quede aquí. Porque si pasa algo malo porque no la dijiste, eso sí que no tiene remedio.

Filemón asintió despacio.

—¿Y tú me ayudas a decírselo?

—Yo te ayudo a preparar cómo decírselo. El decírselo tienes que hacerlo tú.

—¿Por qué?

—Porque viene de ti. Porque tú lo escuchaste. Porque si lo digo yo parece que te cubría y eso te haría más chico de lo que eres.

Filemón la miró durante un momento.

—¿Cómo sabes todas esas cosas? —preguntó, sin ironía, genuinamente.

—Leo mucho —dijo Prisciliana, y había algo que podría haber sido humor en su voz aunque no era exactamente humor—. Y observo más.

Salió del cuarto y cerró la puerta suavemente.

A la mañana siguiente, Filemón esperó a que su padre regresara de la parcela al mediodía. Lo encontró lavándose las manos en el portal y se sentó en el escalón sin decir nada todavía. Nabor lo miró de reojo pero tampoco dijo nada mientras se secaba las manos.

—Papá —dijo Filemón—. Tengo que contarle algo que escuché en la mina.

Nabor colgó la toalla en el clavo de la pared y se giró hacia él.

—Cuéntame.

Filemón habló durante diez minutos sin interrupciones. Los dos datos, el contexto que Prisciliana le había ayudado a organizar, la razón por la que había esperado antes de hablar. Nabor lo escuchó de pie, sin moverse, con esa quietud suya de hombre que procesa la información recibida antes de emitir cualquier señal sobre lo que piensa de ella.

Cuando Filemón terminó, Nabor guardó silencio durante un momento.

—¿Cuándo escuchaste lo de Aurelio? —preguntó.

—Hace cuatro días.

—¿Y esperaste cuatro días?

—Necesitaba pensar cómo decírtelo.

Nabor asintió. Una vez, lento.

—¿Y Prisciliana sabe?

—Hablé con ella anoche.

—¿Fue idea suya venir a contármelo hoy?

—Fue idea mía —dijo Filemón—. Ella me ayudó a ver cómo.

Nabor lo miró durante un momento con una expresión que Filemón no supo clasificar exactamente porque no era enojo ni aprobación sino algo más complejo que las dos cosas juntas.

—Bien hecho —dijo finalmente.

Entró a la casa a buscar a Eustolia para contarle lo que sabía antes de llamar a Vicente y a Serafín.

Filemón se quedó en el escalón del portal mirando la parcela en el sol del mediodía.

Dos palabras. Bien hecho.

Eran suficiente.

Eustolia escuchó lo de Aurelio con la misma calma con que escuchaba todo lo importante: sin interrumpir, sin hacer gestos que pudieran anticipar su respuesta antes de que Nabor terminara. Cuando terminó, preguntó una sola cosa.

—¿Y quién más sabe esto dentro de la empresa?

—Eso no lo sabemos —dijo Nabor.

—Si Aurelio habló con alguien de compras, esa persona habló con alguien más. Así funciona eso. —Eustolia acomodó el mandil—. Escamilla probablemente ya sabe.

—Probablemente sí.

—¿Y si ya sabe, por qué no ha usado esa información para presionarlos?

Nabor lo pensó.

—Porque usarla directamente los obligaría a reconocer que tienen un informante dentro del ejido —dijo—. Y eso puede volverse en su contra si sale a la luz. Prefieren tenerla y no mostrarla.

Eustolia asintió.

—Entonces Aurelio les está dando información que ellos no pueden usar públicamente. Lo que le conviene a Aurelio es que el acuerdo se retrase o se fragmente, porque eso le da tiempo de posicionarse con la parcela de don Eustasio.

—Exactamente.

—Y la única manera de que eso no funcione es cerrar el acuerdo antes de que Aurelio termine de posicionarse.

—Exactamente —repitió Nabor.

Eustolia lo miró.

—¿Y cuándo vas a llamar a Vicente y a Serafín?

—Esta tarde.

—Llama ahora —dijo Eustolia—. Esta tarde puede ser demasiado tarde si Aurelio está moviéndose rápido.

Nabor tomó el teléfono.

Prisciliana escuchó la llamada desde su cuarto, donde estaba con el cuaderno abierto. Cuando su padre colgó y salió hacia la parcela de Vicente, ella abrió el cuaderno en la página de Aurelio y añadió una línea:

La información está en movimiento. El tiempo ya no es nuestro aliado. Hay que cerrar.

Debajo de eso escribió otra, más pequeña:

Filemón lo hizo bien.

Cerró el cuaderno.

Afuera, el sol de noviembre calentaba con menos intensidad que en agosto pero con la misma indiferencia. La tierra seguía igual de seca. Las luces de la mina seguirían apareciendo al anochecer con su claridad habitual.

Pero algo había cambiado esa mañana en la casa.

Algo que no tenía nombre todavía pero que se sentía como cuando el viento cambia de dirección en el desierto: uno no puede verlo, pero sabe que ya nada va a moverse exactamente igual que antes.

CAPÍTULO 12

La grieta que se abrió

Ejido Peñasquitos. Noviembre.

La asamblea se convocó para el sábado por la tarde, que era cuando más ejidatarios podían asistir porque algunos trabajaban entre semana fuera del ejido y regresaban para el fin de semana. El local de la asamblea era un salón de adobe con techo de lámina que olía a polvo y a años de reuniones donde se había decidido todo tipo de cosas con distintos grados de éxito, desde el reparto de labores de riego hasta conflictos de linderos que habían tardado décadas en resolverse o que simplemente se habían dejado de lado sin resolverse porque el tiempo pasa y la gente muere y los problemas sin solución formal tienden a volverse parte del paisaje.

Llegaron diecinueve ejidatarios. No era quórum completo pero sí representación suficiente para que cualquier cosa que se dijera esa tarde circulara por el ejido completo antes del domingo.

Nabor presidió porque era el comisariado ejidal en funciones, cargo que ocupaba desde hacía cuatro años y que en circunstancias ordinarias requería poco más que firmar documentos y mediar en conflictos menores de linderos. Esa tarde requería otra cosa.

Presentó la información sobre Aurelio Berumen con la misma calma con que había manejado todo lo anterior: sin acusaciones directas que no pudiera sostener con evidencia concreta, con los hechos disponibles ordenados de manera que hablaran por sí mismos. Que se había establecido contacto entre Aurelio y personal del área de compras de la mina. Que en esas conversaciones se había compartido información sobre la situación interna del ejido que ningún externo debería conocer. Que eso había ocurrido mientras Aurelio también intentaba conseguir la cesión de derechos de la parcela de don Eustasio.

Aurelio escuchó desde su silla con los brazos cruzados y la expresión de quien está evaluando en tiempo real cuánto saben exactamente y calibrando su respuesta en función de eso.

—¿Quién dice eso? —preguntó cuando Nabor terminó.

—Personas que estuvieron en los lugares donde ocurrió.

—¿Nombres?

—Los nombres los doy cuando sea necesario en un foro con consecuencias formales. Por ahora son hechos.

—Los hechos sin nombres son rumores —dijo Aurelio, con la calma de quien ha preparado esa respuesta.

—Los rumores sin desmentido son hechos —dijo Nabor, con la misma calma.

El silencio que siguió era del tipo que tienen las salas cuando varios hombres están evaluando simultáneamente en cuál de las dos posiciones se ubican y qué implicaciones tiene ubicarse en una o en otra.

Aurelio no lo negó completamente. Dijo que había tenido conversaciones exploratorias con distintos actores porque consideraba que el ejido tenía derecho a información múltiple antes de comprometerse con cualquier acuerdo. Que eso no era traición sino prudencia. Que él también era ejidatario y tenía tanto derecho como cualquiera de opinar sobre el futuro del ejido.

Era una defensa técnicamente válida y políticamente hábil. Lo suficientemente ambigua como para no admitir nada concreto, lo suficientemente razonable en su formulación como para que quien quisiera creerle tuviera algo a qué aferrarse.

Pero en el momento en que terminó de hablar, tres de los ejidatarios presentes hicieron preguntas sobre la parcela de don Eustasio que revelaban que ya sabían algo del movimiento de Aurelio en esa dirección. Lo que Aurelio no sabía era de dónde venía esa información. Lo que sí sabía era que la sala estaba más informada de lo que había calculado, y que eso cambiaba la dinámica de lo que podía negar.

Lo que siguió fue la parte que nadie podía haber controlado completamente aunque la hubieran anticipado.

Un hombre llamado Macario, que llevaba años con un conflicto no resuelto de linderos con la familia de Serafín, aprovechó el espacio para cuestionar el liderazgo de Nabor sobre el proceso completo. Dijo que las negociaciones se habían llevado en secreto, que los ejidatarios no habían sido informados oportunamente, que eso violaba el principio de transparencia que debía regir las decisiones comunitarias.

Otro hombre, Catarino, cuñado de Aurelio aunque ese parentesco nunca se mencionó explícitamente, señaló que Serafín había tenido también reuniones por su cuenta con intermediarios externos y que eso era tan cuestionable como cualquier cosa que Aurelio hubiera hecho.

Serafín respondió que sus conversaciones habían sido con un abogado y que eso era legal. Catarino dijo que depende de con qué abogado y a qué cuenta. La conversación entre los dos subió de tono con la velocidad específica de los intercambios que tienen historia previa y solo necesitan una chispa para acelerarse.

Nabor llamó al orden dos veces antes de que la sala volviera a un nivel donde fuera posible hablar sin gritar.

La asamblea no produjo ninguna resolución formal. Se levantó sin acuerdos, sin votaciones, sin nada que pudiera asentarse en el acta de manera limpia. Lo que sí produjo fue un mapa completo de las lealtades y fracturas del ejido que antes habían estado presentes pero implícitas, y que esa tarde quedaron expuestas con la claridad específica de las cosas que salen a la superficie cuando la presión es suficiente.

Rodrigo Escamilla lo supo esa misma noche a través de un mensaje de alguien cuya identidad Nabor no conocería nunca. Escribió en su reporte interno que el ejido mostraba señales de fragmentación significativa y que podría ser el momento de presentar una primera oferta formal deliberadamente por debajo de las condiciones originales solicitadas, para evaluar hasta dónde los ejidatarios estaban dispuestos a ceder desde una posición debilitada.

Esa noche, de regreso a la casa, Nabor le contó a Eustolia lo de la asamblea.

Eustolia lo escuchó sentada a la mesa con las manos juntas sobre la superficie, la postura que tenía cuando escuchaba algo que le importaba y quería asegurarse de que ningún gesto interrumpiera lo que llegaba.

—¿Y Aurelio? —preguntó cuando terminó.

—No negó nada completamente. No admitió nada completamente.

—¿Y la gente?

—Dividida. Algunos del lado nuestro, algunos del lado de Macario, algunos que no se pronunciaron porque prefieren ver cómo cae esto antes de mojarse.

Eustolia asintió.

—La plata del cerro no inventó los problemas —dijo—. Los sacó a la luz.

Era la observación más precisa que podía hacerse sobre lo que había ocurrido en las últimas semanas, y Nabor lo sabía, y el hecho de que su mujer lo dijera con esa sencillez lo pesó de una manera específica que no era derrota sino reconocimiento: que algunas cosas que uno creía que estaban bien en realidad estaban esperando la presión correcta para mostrar que no lo estaban del todo.

—¿Y ahora qué haces? —preguntó Eustolia.

—Mañana hablar con Vicente y Serafín.

—¿Y Aurelio?

—Aurelio ya hizo lo que tenía que hacer. El daño que podía hacer ya lo hizo. Lo que queda es no dejar que el daño dicte los términos del acuerdo.

Eustolia asintió.

Vicente convocó la reunión sin que nadie se la pidiera.

La noche del domingo llegó a la puerta de Nabor y dijo simplemente que el lunes a las siete de la mañana quería verlos a los dos en su casa, antes de que empezara cualquier otra cosa del día. No explicó para qué. Nabor lo conocía suficientemente bien como para saber que cuando Vicente convocaba algo sin explicarlo era porque lo que quería decir requería el espacio completo de la reunión y no un adelanto en la puerta.

El lunes a las siete, los tres estaban en el portal de la casa de Vicente con café que el viejo había preparado desde las seis y que a las siete estaba en el punto exacto de temperatura para beberlo sin quemarse.

—Voy a proponer algo —dijo Vicente, sin introducción adicional.

Los dos lo miraron.

—Que firmemos los tres un acuerdo privado ante notario estableciendo que cualquier beneficio que salga de la negociación con la mina, sin importar quién lo firme ni en qué documento, se divide en tres partes iguales. Que no importa si uno de nosotros firma algo solo o si lo firman dos sin el tercero. El beneficio es siempre de los tres por igual.

Silencio.

—¿Por qué haría eso? —preguntó Serafín.

—Porque elimina el incentivo de negociar por separado —dijo Vicente—. Si cualquier cosa que yo consiga por mi cuenta se divide en tres, no tiene sentido ir por mi cuenta. Si cualquier cosa que Serafín consiga se divide en tres, tampoco. Lo mismo para ti, Nabor.

—¿Y si Aurelio consigue algo con la parcela de don Eustasio?

—Aurelio no es parte del acuerdo. Aurelio sigue siendo Aurelio con su problema propio. Pero nosotros tres dejamos de tener incentivo para dividirnos.

Nabor lo miró durante un momento.

—Eso significa que si yo cierro el mejor acuerdo posible, Serafín se beneficia igual aunque no haya estado de acuerdo con mi estrategia todo el tiempo.

—Exactamente.

—¿Y tú estás dispuesto a eso?

—Yo soy el que lo propongo —dijo Vicente—. Así que sí.

Serafín no tardó. Dijo que sí de inmediato, con la rapidez de quien reconoce que la propuesta elimina el tipo de riesgo que más lo había inquietado: que alguien de los tres se adelantara y dejara a los otros dos en una posición peor.

Nabor tardó más.

No porque no entendiera el valor de la propuesta sino porque entender su valor implicaba también entender lo que revelaba sobre el estado de la alianza: que había llegado al punto en que necesitaba un documento legal para sostenerse. Eso dolía de una manera que prefería nombrar internamente antes de firmar.

Al día siguiente, a las nueve de la mañana, los tres estaban en la notaría de Mazapil.

El notario redactó el documento en veinte minutos. Era simple y corto, del tipo que los abogados llaman pacto de socios: tres partes iguales de cualquier beneficio derivado de la negociación con la empresa minera, independientemente de la forma que tomara ese beneficio y de quién estuviera presente en el momento de obtenerlo. Los tres lo firmaron. El notario lo selló.

Salieron a la calle.

El sol de noviembre era diferente al de agosto: más blanco, menos agresivo, con esa calidad específica que tiene la luz cuando el año empieza a cerrar y el desierto acepta bajar un poco la temperatura aunque no la sequedad.

—Ya está —dijo Serafín.

—Ya está —dijo Vicente.

Nabor guardó su copia del documento en el bolsillo interior de la camisa, junto al papel del ensaye que seguía ahí desde hacía semanas.

Dos papeles doblados en el mismo bolsillo.

El que decía lo que tenían.

Y el que decía que lo que tenían era de los tres por igual.

Juntos eran algo que ninguno de los dos era solo.

Prisciliana supo del acuerdo notarial esa misma tarde, cuando su padre llegó a la casa con la copia doblada en el bolsillo y se la mostró antes de guardársela en el cajón donde guardaba todos los papeles importantes.

La leyó dos veces.

—¿Fue idea de Vicente? —preguntó.

—Sí.

—¿Y cuándo se le ocurrió?

—No lo sé. Probablemente llevaba días pensándolo.

Prisciliana le devolvió el documento.

—Es lo más inteligente que alguien ha hecho en todo este proceso —dijo.

Nabor la miró.

—¿Más que lo del cerro?

—Lo del cerro fue suerte —dijo Prisciliana—. Esto fue cabeza.

Nabor guardó el documento sin responder. Pero algo en su expresión indicaba que la observación le había parecido correcta aunque le costara admitirlo directamente.

—Papá —dijo Prisciliana.

—¿Qué?

—Necesito ir a las próximas reuniones con la empresa.

El silencio que siguió fue diferente al de otras veces. No el silencio de la negativa inmediata. El silencio de alguien que está considerando algo que antes habría descartado sin considerar.

—¿Por qué?

—Porque sé cosas que son útiles. Porque puedo leer documentos que ustedes no pueden leer completamente. Porque tengo contacto con una estudiante de derecho agrario en Zacatecas que me está mandando materiales sobre precedentes de negociaciones similares. —Pausa—. Y porque si algo sale mal por información que yo tenía y no puse sobre la mesa, eso tampoco tiene remedio.

Era el mismo argumento que le había dado a Filemón para contarle lo de Aurelio. Ahora lo usaba para sí misma.

Nabor la miró durante un momento que no fue el momento de la decisión sino el momento de reconocer que la decisión ya estaba tomada aunque todavía no la hubiera dicho en voz alta.

—La próxima reunión —dijo—. Vienes a la próxima reunión.

Prisciliana asintió una vez, sin celebrarlo, porque sabía que celebrarlo habría sido el gesto equivocado.

Esa noche escribió en el cuaderno: *próxima reunión: presente*. Y debajo, con letra más pequeña, la pregunta que ya llevaba días formulándose y que todavía no tenía respuesta completa pero que sabía que tendría que responder antes de que llegara ese día:

¿Qué preguntas hace falta que alguien haga que todavía nadie ha hecho?

CAPÍTULO 13

Los hombres de Denver

Instalaciones corporativas Newmont, Zacatecas. Ejido Peñasquitos. Noviembre.

Mark Hennessey llegó a Zacatecas un martes por la noche en el vuelo de conexión desde Ciudad de México.

Era la tercera vez en el año que viajaba a México y la primera que incluía una escala en Zacatecas, estado que en sus reportes corporativos aparecía regularmente como una de las operaciones latinoamericanas más productivas de la empresa pero que en persona resultaba siempre más pequeño y más árido de lo que los números de producción sugerían. Los números de producción no incluían el color de la tierra ni el olor del polvo de caliche ni la escala de las distancias entre un punto y otro cuando no había autopista directa.

Lo recibió Rodrigo Escamilla en el aeropuerto con la puntualidad que Escamilla mantenía como principio de trabajo y con la expresión de quien lleva semanas esperando esta visita con una mezcla de alivio y aprensión.

—¿Cómo estuvo el vuelo? —preguntó Escamilla, tomando la maleta.

—Bien —dijo Hennessey, que era norteamericano y evaluaba los vuelos en función de si aterrizaban o no, no de si resultaban agradables.

—¿Quiere ir directo al hotel o pasamos primero por la oficina?

—Mañana la oficina. Esta noche necesito dormir.

Al día siguiente llegó David Kramer desde Monterrey en la primera vuelta del aeropuerto regional. Era el director financiero de la operación latinoamericana, más joven que Hennessey por unos cinco años y con una manera de moverse por el mundo que comunicaba que consideraba el tiempo su recurso más escaso y que cualquier actividad que no produjera resultados concretos en un plazo razonable era esencialmente un desperdicio de ese recurso.

Los dos hombres se conocían desde hacía años y habían trabajado juntos en suficientes operaciones como para haber desarrollado esa relación específica de los colegas que se respetan, confían en el criterio profesional del otro, y con frecuencia no están de acuerdo en casi nada de fondo.

La reunión comenzó a las nueve de la mañana en la sala de conferencias del edificio administrativo del complejo, la misma sala donde Nabor, Vicente y Serafín habían tomado agua embotellada semanas atrás. Escamilla presentó el estado de la situación con un resumen en diapositivas que ocupó veinte minutos y que tenía el rigor técnico de alguien que sabe que va a ser cuestionado y prefiere anticiparse a las preguntas.

Hennessey escuchó tomando notas ocasionales. Kramer revisó los números con la atención de alguien que lee un estado financiero: buscando las cifras que importan y descartando lo demás.

—¿Cuántas hectáreas de superficie ejidal están involucradas? —preguntó Kramer.

—Aproximadamente ochenta hectáreas entre las tres parcelas directamente relacionadas con el cerro —dijo Escamilla—. La extensión del yacimiento que los geólogos confirmaron en campo afecta principalmente esa área.

—¿Y el volumen estimado?

—Los geólogos calculan entre doscientas y trescientas toneladas de mineral de alta ley en el cuerpo principal. A tres mil gramos por tonelada de plata, eso representa entre seiscientos y novecientos kilos de plata equivalente solo en la parte accesible desde la superficie de las parcelas ejidales.

Kramer hizo un cálculo mental que no verbalizó pero cuyo resultado era visible en la manera en que su expresión cambió levemente.

—¿Y la situación legal actual?

—Los ejidatarios controlan la superficie. Nosotros tenemos la concesión del subsuelo. Para acceder desde arriba necesitamos el convenio de ocupación superficial firmado por la asamblea ejidal. Sin eso no podemos operar en ese terreno.

—¿Alternativa desde los túneles existentes?

—Técnicamente posible a mediano plazo. Económicamente menos eficiente por un factor de tres a cuatro. Y legalmente complicado porque implica demostrar continuidad del yacimiento desde concesiones ya operativas, lo que en un conflicto agrario podría ser cuestionable.

Hennessey levantó la vista de sus notas.

—¿Cuál es tu lectura del estado del ejido? —le preguntó a Escamilla.

—Fracturado pero no roto —dijo Escamilla con precisión—. La asamblea de la semana pasada sacó a la superficie tensiones que existían desde antes. El grupo de los tres ejidatarios principales sigue siendo la unidad negociadora más sólida, aunque uno de ellos tuvo contactos paralelos con nosotros a través de intermediarios y eso generó desconfianza interna.

—¿Contactos con qué resultado?

—Información sobre la dinámica interna del ejido que nos confirmó lo que ya sabíamos por otros medios. Nada que cambie sustancialmente nuestra posición técnica.

—¿Y el líder? —preguntó Kramer.

—Nabor Medina. Comisariado ejidal. Sesenta y algo años. Campesino toda la vida, sin formación técnica pero con una inteligencia práctica que no conviene subestimar. —Escamilla hizo una pausa—. En nuestra primera reunión formal hizo una pregunta sobre interés geológico sin revelar lo que sabe. Eso requiere un nivel de disciplina informativa que no es común en comunidades rurales.

—¿Y lo que saben exactamente?

—Tienen un ensaye de laboratorio que confirma la concentración de plata. Tres mil gramos por tonelada. Lo sé porque tenemos la referencia del laboratorio donde lo hicieron.

Kramer y Hennessey se miraron brevemente.

—¿Y cuánto tiempo llevan sabiendo eso?

—Aproximadamente dos meses.

—Y en dos meses no lo han usado directamente —dijo Hennessey.

—No.

—Eso dice algo.

Mientras en la sala de conferencias del complejo minero los dos directivos evaluaban toneladas métricas y riesgos legales, en el ejido Eustolia estaba calculando si el dinero de la semana alcanzaba para comprar la medicina que necesitaba la madre de Vicente y todavía cubrir el flete del forraje que Nabor había pedido para las cabras.

No alcanzaba del todo.

Reordenó las prioridades con la eficiencia silenciosa de quien lleva décadas tomando decisiones de ese tipo: la medicina primero porque la salud no espera, el forraje en dos partes porque las cabras podían aguantar tres días con lo que quedaba, el resto cuando llegara el pago del pequeño trabajo que Filemón había hecho en la mina esa semana.

La misma tarde, Prisciliana recibió por correo electrónico desde la biblioteca del pueblo un documento que le había enviado Alejandra, la estudiante de derecho agrario de la Universidad Autónoma de Zacatecas con quien había establecido contacto a través de un foro en línea sobre recursos hídricos en el norte de México. El documento era un análisis de diez casos de negociaciones entre ejidos y empresas mineras en México en los últimos quince años, con los términos de los acuerdos finales, las cláusulas que habían funcionado y las que habían generado conflictos posteriores.

Pasó la tarde leyéndolo con el cuaderno al lado, marcando y anotando.

Lo que encontró confirmó varias cosas que ya intuía y añadió otras que no había considerado. Los acuerdos más sólidos eran los que incluían mecanismos de verificación independiente: terceros con capacidad de auditar el cumplimiento de las condiciones, no solo la promesa de cumplirlas. Los más débiles eran los que dependían de la buena voluntad de la empresa sin consecuencias formales para el incumplimiento.

Anotó en el cuaderno: *cláusula de verificación independiente. Quién audita. Cada cuánto. Qué pasa si no se cumple.*

De vuelta en la sala de conferencias:

—La propuesta que hicimos en interno —dijo Kramer— era presentar una oferta inicial de un pozo, sin fideicomiso y con un contrato de transporte de cinco años renovable. Mínimo viable para mover la negociación.

—Esa propuesta asume que están debilitados por la asamblea —dijo Hennessey.

—Lo están.

—Parcialmente —dijo Escamilla—. El grupo de tres sigue unido. Y hay algo que no les hemos dicho todavía.

Los dos lo miraron.

—Tienen contacto con el sindicato. Hablaron con el delegado local. Lo sé por una fuente indirecta. No sé qué acordaron exactamente, pero el delegado es Abundio Ruiz y Ruiz no se reúne con nadie sin razón.

Kramer procesó eso.

—El contrato colectivo vence en febrero —dijo.

—Exactamente.

Hennessey cerró la libreta.

—Rodrigo —dijo—, ¿qué necesitas de nosotros para cerrar esto antes de que se complique más?

—Autorización para sentarme informalmente con Medina fuera de los canales formales. Y una oferta real que incluya los tres pozos, el fideicomiso y los contratos de transporte. No el mínimo viable. Algo que un hombre inteligente pueda llevarse a su comunidad con la cara limpia.

Kramer iba a responder pero Hennessey le habló primero.

—Dale lo que necesita —dijo—. El costo de un conflicto agrario en este momento, con los fondos ESG mirando cada operación latinoamericana, es mayor que el costo de tres pozos y un fideicomiso.

Kramer lo miró durante un segundo.

—Los pozos y el fideicomiso tienen un costo de largo plazo que los modelos no recuperan en menos de doce años —dijo.

—El conflicto tiene un costo de corto plazo que los modelos no saben calcular porque incluye variables que los modelos no modelan bien —respondió Hennessey—. Como la reputación. Como la estabilidad operativa. Como la posibilidad de que un bloqueo agrario pare la producción en el área noreste durante meses mientras los abogados se pelean.

Kramer no respondió.

Hennessey se volvió hacia Escamilla.

—Reúnete con Medina. Fuera de canales. Sé honesto sobre las posiciones internas sin comprometer nada formal. Deja que él decida si puede presentar un frente unificado. Si puede, traemos la oferta real. —Una pausa —. Si no puede, esperamos.

Escamilla asintió.

Esa noche, desde su habitación del hotel en Zacatecas, Hennessey redactó un correo a la oficina central explicando el estado de la situación. En un

párrafo mencionaba que los líderes ejidales habían demostrado más sofisticación estratégica de la esperada para comunidades rurales de ese perfil, y que recomendaba no subestimar esa sofisticación en las negociaciones que siguieran.

No mencionó a Prisciliana porque no sabía que existía.

Pero el correo describía, sin saberlo, exactamente el tipo de análisis que ella estaba haciendo en ese momento en su cuarto del ejido con el cuaderno abierto y la lista de cláusulas de verificación independiente.

Dos mundos. Una negociación.

Y cuatro meses antes de que el contrato colectivo del sindicato venciera.

Filemón llegó al ejido ese mismo miércoles con el turno terminado y el cuerpo cansado del tipo de cansancio que se acumula en la espalda cuando uno lleva horas empujando carritos y cargando cajas. Encontró a Prisciliana en la cocina con el cuaderno sobre la mesa y una expresión de concentración que él ya reconocía como la señal de que su hermana estaba en medio de algo que no quería interrumpir pero que tampoco iba a poder ignorarlo él solo.

Se sentó frente a ella.

—¿Qué estás leyendo?

—Casos de negociaciones ejido-mina. —Prisciliana levantó los ojos—. ¿Sabes cuál es la diferencia más importante entre los acuerdos que funcionaron y los que no?

—No.

—Quién verifica que se cumplen. —Cerró el cuaderno—. Los acuerdos sin verificación independiente duran lo que la empresa quiere que duren. Los que tienen alguien externo que audita son más difíciles de incumplir.

Filemón procesó eso.

—¿Y cómo se consigue un verificador independiente?

—Eso estoy investigando. —Prisciliana abrió el cuaderno de nuevo—. Puede ser una institución académica, una organización de la sociedad civil, un organismo del gobierno que no dependa de la empresa ni del ejido. Lo importante es que no trabaje para ninguna de las dos partes.

—¿Y papá sabe esto?

—Todavía no. —Prisciliana tomó el lápiz—. Me está dejando ir a la próxima reunión. Cuando llegue ese momento lo sabrá.

Filemón la miró durante un momento.

—¿Sabes lo que me dijo Cipriano cuando fui a la mina por primera vez?

—¿Qué?

—Que la diferencia entre el trabajo de mano y el trabajo de cabeza es quién lo hace y desde dónde. —Filemón miró la mesa—. Yo pensé que lo decía por la mina. Ahora creo que lo decía por todo.

Prisciliana lo miró.

—¿Y tú qué tipo de trabajo quieres hacer?

—No lo sé todavía. —Filemón se levantó—. Pero sé que no quiero hacer solamente uno de los dos.

Se fue a su cuarto.

Prisciliana siguió escribiendo en el cuaderno. Afuera la noche del desierto tenía esa quietud específica de noviembre cuando el calor finalmente cede y el cielo estrellado del norte de Zacatecas aparece sin la neblina de polvo que el calor levanta durante los meses duros. Era un cielo que valía la pena mirar aunque uno no hubiera tomado la decisión de mirarlo.

Prisciliana no lo miró porque estaba leyendo.

Pero estaba ahí de todas formas.

Como siempre había estado, esperando que alguien que tuviera tiempo para verlo levantara los ojos.

CAPÍTULO 14

El precio de permanecer

Mazapil. Un miércoles de noviembre.

El mensaje llegó al teléfono de Nabor un lunes por la mañana mientras estaba en la parcela.

Era un número que no tenía guardado pero que reconoció de inmediato porque había aparecido antes en las llamadas de coordinación con la empresa: el celular personal de Rodrigo Escamilla, no el número institucional que aparecía en las tarjetas de presentación. La diferencia entre los dos era la misma diferencia que había entre una reunión oficial y lo que Escamilla proponía en el mensaje: un café el miércoles en el restaurante El Minero de Mazapil, sin orden del día formal, sin que nadie más supiera que estaban reunidos.

Nabor leyó el mensaje dos veces.

Luego guardó el teléfono y siguió trabajando durante veinte minutos antes de responder, que era el tiempo que necesitaba para pensar en lo que la propuesta podía significar sin que la prisa de responder contaminara el análisis.

Lo que significaba, a primera vista, era que Escamilla tenía algo que decir que no podía decir en un canal formal. Lo que podía ser eso tenía varias interpretaciones posibles: una amenaza velada, una concesión que la empresa no podía ofrecer oficialmente, o simplemente información que un hombre con ocho años de experiencia en relaciones comunitarias consideraba que Nabor necesitaba tener antes de que la negociación tomara un rumbo irreversible.

Respondió que sí.

Esa noche le contó a Eustolia sobre el mensaje antes de contárselo a Vicente y a Serafín, que era el orden que seguía cuando necesitaba procesar algo antes de llevarlo al grupo.

Eustolia lo escuchó.

—¿Y vas a ir solo? —preguntó.

—Él propuso solos los dos.

—¿Y tú aceptas esa condición?

—Si voy con alguien más cambia la naturaleza de la reunión. Escamilla no va a hablar igual con tres personas que con una.

—Eso es verdad. —Eustolia pensó un momento—. ¿Y qué no le vas a decir?

—Lo del acuerdo notarial.

—¿Por qué?

—Porque si sabe que ya tenemos ese acuerdo sabe que la división interna está resuelta. Y si sabe eso pierde un argumento para justificar internamente una oferta menor.

Eustolia asintió despacio.

—¿Y qué sí le vas a decir?

—Lo que me diga. Primero escucho.

El restaurante El Minero quedaba en la calle principal de Mazapil, un local de paredes de adobe con mesas de madera oscura donde la mitad de la clientela habitual eran trabajadores del municipio y la otra mitad eran personas de paso que necesitaban comer algo antes de seguir camino. No era un lugar donde nadie levantara la vista cuando entraba alguien, que era exactamente el tipo de lugar que Escamilla había elegido por esa razón.

Escamilla ya estaba ahí cuando Nabor llegó. Había pedido dos cafés y los dos vasos de agua que el mesero ponía automáticamente sobre las mesas. Vestía de civil: pantalón oscuro, camisa sin logotipo de empresa, sin credencial visible. Un hombre de cuarenta años tomando café en un restaurante de municipio, sin el traje ni la libreta de las reuniones formales.

Se dieron la mano. Se sentaron.

—Gracias por venir —dijo Escamilla.

—Gracias por avisar —dijo Nabor.

Ninguno de los dos añadió nada durante un momento. El mesero pasó con una charola de tacos para la mesa de al lado.

—Voy a ser directo —dijo Escamilla—. Porque creo que usted lo aprecia más que las palabras de más.

—Lo aprecio.

—La empresa tuvo una reunión interna la semana pasada con dos directivos que vinieron de fuera. Hay dos posiciones sobre cómo manejar esto. Una que prefiere un acuerdo real con ustedes, que incluye los pozos,

el fideicomiso y los contratos de transporte. Otra que prefiere una oferta mínima y esperar a que el ejido se debilite más antes de comprometerse a algo de largo plazo.

Nabor tomó el café sin responder todavía.

—La fractura que tuvo el ejido en la asamblea —continuó Escamilla— le dio argumentos a la segunda posición. Dijo que si los ejidatarios no pueden mantenerse unidos entre ellos, cualquier acuerdo que firmemos va a ser cuestionado desde adentro del propio ejido antes de que podamos operarlo.

—¿Y usted qué posición tiene? —preguntó Nabor.

—La primera. —Escamilla lo dijo sin dudar—. Porque he visto suficientes negociaciones mal resueltas en esta región terminar en bloqueos y denuncias que cuestan más que cualquier acuerdo razonable. Un convenio de papel que nadie cumple o que genera un conflicto en tres años es peor para todos que un acuerdo real que funcione.

—¿Y por qué me lo dice a mí?

—Porque si usted puede presentarse con su grupo unificado antes de que la segunda posición tome el control de la negociación interna, la primera posición tiene más argumentos para defender una oferta real. —Escamilla bebió su café—. La segunda posición gana si el ejido sigue mostrando fisuras. La primera posición gana si el ejido llega unido a la mesa.

Nabor miró el vaso de agua durante un momento.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—No tengo una fecha exacta. Pero cuando lleguen a pedir autorización formal para la oferta mínima, la decisión ya va a estar tomada en un nivel donde yo tengo menos influencia.

—¿Y si llego unido en diez días?

—En diez días todavía puedo argumentar que la oferta real es viable. Después de eso, depende de cuándo se mueva la segunda posición.

Nabor asintió.

—¿Y qué espera de mí a cambio de esta información?

Escamilla lo miró con algo que no era exactamente sorpresa pero sí reconocimiento: la pregunta directa de alguien que entiende que en las negociaciones nada llega sin costo implícito.

—Que el acuerdo sea posible —dijo—. Que no tengamos que pasar por un conflicto que no le conviene a nadie. —Hizo una pausa—. Y que cuando se firme y pase el tiempo y alguien de la empresa le pregunte cómo fue la negociación, usted pueda decir que hubo una persona de la empresa que actuó de buena fe.

Era una respuesta honesta con una dimensión de interés propio visible: la reputación de Escamilla dentro de su propia organización dependía parcialmente de cómo resultara esto. Nabor lo entendió así y no le pareció

mal. Las personas actúan bien cuando actuar bien también les conviene. Eso no hacía la acción menos válida.

—En diez días —dijo Nabor.

—Bien.

Pagaron el café cada quien el suyo, que era la manera de no crear deudas pequeñas que generaran incomodidades grandes, y salieron al sol de noviembre de Mazapil.

Esa tarde Nabor llegó al ejido y fue directamente al cuarto de Prisciliana antes de buscar a Vicente y a Serafín.

Encontró a su hija con el cuaderno abierto y una pila de documentos impresos que había conseguido en la biblioteca del pueblo gracias al correo de Alejandra desde la universidad.

—¿Puedes contarme lo que estás leyendo? —preguntó Nabor, sentándose en la silla del rincón.

Prisciliana lo miró, evaluando si la pregunta era rutinaria o real. Decidió que era real.

—Casos de negociaciones entre ejidos y empresas mineras —dijo—. Estoy buscando qué cláusulas funcionaron y cuáles no.

—¿Y qué encontraste?

—Que la diferencia más importante no está en lo que se pide sino en cómo se garantiza que se cumpla. Los acuerdos sin verificación independiente se incumplen porque no hay consecuencias concretas. Los que tienen un tercero que audita son más difíciles de ignorar.

—¿Y qué significa verificación independiente en términos prácticos?

—Que haya alguien que no trabaje ni para la empresa ni para el ejido que pueda revisar el cumplimiento cada cierto tiempo y reportar si hay desviaciones. Puede ser una universidad, una organización civil, un organismo del gobierno que tenga independencia real. —Prisciliana señaló una página marcada—. En un caso de Sonora usaron a la Comisión Nacional de Derechos Humanos. En otro de Coahuila fue una universidad local. Lo importante es que el contrato especifique quién, con qué frecuencia y qué pasa si la auditoría encuentra incumplimiento.

Nabor estudió la página marcada durante un momento.

—¿Cuánto tiempo llevas con esto?

—Desde que Alejandra me mandó los materiales. Una semana.

—¿Y por qué no me lo dijiste antes?

—Porque me estaba asegurando de entenderlo bien antes de decírtelo mal. —Prisciliana acomodó los papeles—. Usted me dijo que iba a la próxima reunión. Quería llegar con algo útil.

Nabor asintió lentamente.

—Es útil —dijo.

—¿Y puedo venir a la reunión con Escamilla cuando llegue?

—A la informal no. A la formal sí.

Prisciliana no protestó. La reunión formal era la que importaba para los documentos.

—¿Hay algo más que deba saber para esa reunión? —preguntó.

Nabor le contó lo de Escamilla ese miércoles: las dos posiciones internas, el plazo de diez días, la palanca del acuerdo notarial que no había revelado. Prisciliana escuchó con el lápiz sobre el cuaderno, tomando notas sin que él se lo pidiera.

Cuando terminó, ella dijo:

—Entonces el acuerdo notarial es nuestra reserva. Si en diez días Escamilla trae una oferta real, firmamos. Si no la trae, mostramos el notarial como evidencia de que estamos unificados y pedimos que la oferta real llegue antes de que el contrato colectivo del sindicato entre en negociación.

Nabor la miró.

—¿Cómo sabes lo del contrato colectivo?

—Lo calculé cuando supo lo de febrero. —Prisciliana cerró el cuaderno—. Las dos cosas juntas son más presión que cualquiera de las dos solas.

Nabor permaneció en la silla del rincón durante un momento más del necesario, mirando a su hija de diecisiete años que llevaba semanas leyendo precedentes legales y calculando plazos y construyendo estrategias con la información que nadie le había dado pero que ella había encontrado sola.

Luego se levantó.

—Ven a la próxima reunión formal —dijo.

Y salió a buscar a Vicente y a Serafín.

Vicente y Serafín escucharon el relato de la reunión con Escamilla en el portal de Nabor esa misma tarde. Nabor lo contó completo: las dos posiciones internas de la empresa, el argumento de la fractura del ejido, el plazo de diez días, la condición de llegar unidos.

No mencionó el acuerdo notarial como elemento estratégico. No porque quisiera ocultárselo sino porque ya lo tenían los tres firmado y mencionarlo habría sido decirles algo que ya sabían.

Serafín, para sorpresa de Nabor, no interrumpió ni una sola vez durante el relato.

Cuando Nabor terminó, Serafín preguntó:

—¿Y Escamilla actuó por su cuenta o alguien de arriba lo mandó?

—Por su cuenta, creo —dijo Nabor—. Pero actuó porque actuar le conviene también a él. No es filantropía. Es que sus intereses y los nuestros coinciden en que el acuerdo funcione.

—¿Y eso importa? —preguntó Serafín—. ¿Que le convenga a él?

—Importa porque significa que va a seguir empujando la oferta real desde adentro. Un aliado que actúa por conveniencia propia es más confiable que uno que actúa solo por buena voluntad, porque la conveniencia no cambia de un día para otro.

Vicente asintió con la calma de quien reconoce un principio que ya conocía pero que no había escuchado formulado de esa manera exacta.

—¿Y los diez días? —preguntó.

—Cuatro ya pasaron desde el miércoles. Quedan seis.

—¿Y llegamos unidos?

—Ya llegamos unidos —dijo Nabor—. El notarial lo prueba. Lo que necesitamos ahora es que cuando Escamilla vuelva con la oferta, la asamblea del ejido la pueda aprobar con el quórum suficiente.

—¿Cuántos ejidatarios quedan?

Era la pregunta que ninguno había formulado con ese nivel de crudeza. Nabor respondió:

—Veintitrés activos con derechos vigentes. Necesitamos doce para el quórum mínimo.

—¿Y están los doce?

—Si contamos los que trabajan en la mina y vienen los fines de semana, sí. —Nabor miró el horizonte—. Por ahora. Cada semana que pasa sin acuerdo puede ser una familia menos.

El sol bajaba sobre el valle con esa luz horizontal de noviembre que alarga las sombras de todo y hace que el paisaje seco parezca más vasto de lo que ya es. Las luces de la mina no habían empezado a encenderse todavía pero encenderían pronto.

—Entonces en seis días —dijo Serafín.

—En seis días —dijo Nabor.

Los tres se quedaron mirando el horizonte durante un momento sin decir nada más. Era el silencio de los hombres que han llegado a un punto donde ya no hay mucho más que discutir porque lo que queda ya no es estrategia sino espera, y la espera no se discute, simplemente se hace.

Esa noche, en su cuarto, Prisciliana abrió el cuaderno y escribió la última anotación de la semana:

Seis días. Quórum posible. Verificación independiente pendiente de proponer. Cláusula de incumplimiento: consecuencia específica, no genérica.

Cerró el cuaderno.

Apagó la lámpara.

Afuera las luces de la mina habían empezado ya a encenderse sobre el horizonte, puntuales como siempre, indiferentes al conteo de días que ocurría en el ejido.

Pero esta vez el conteo tenía fecha.

Y eso era diferente a todo lo anterior.

CAPÍTULO 15

La lluvia que nunca llegó

Ejido Peñasquitos. Diciembre.

El pronóstico de lluvias de noviembre había fallado.

No fue una sorpresa. Los pronósticos de lluvia en el Valle de Mazapil llevaban varios años fallando con una consistencia que los ejidatarios habían dejado de comentar porque comentar lo predecible era un gasto de palabras que nadie podía permitirse. Las nubes llegaban del sur, oscurecían el horizonte durante horas con esa densidad que en otras regiones del país garantizaba aguacero, y luego se deshacían o se desviaban o simplemente decidían seguir de largo como si el valle de Mazapil no estuviera en su ruta.

Ese año las nubes de noviembre habían llegado tres veces y tres veces habían pasado de largo.

El pozo comunitario estaba a cuatro metros por debajo del nivel de inicio de año. Macedonio, el encargado, lo midió el primer lunes de diciembre con una soga y una piedra atada en el extremo, método que llevaba usando desde hacía años porque era más confiable que cualquier instrumento que hubiera tenido a su disposición, y colgó el resultado en la puerta del local de la asamblea sin comentario adicional porque el número era suficiente comentario por sí solo.

Nabor lo leyó desde la calle antes de entrar.

Cuatro metros.

En agosto era metro y medio.

A ese ritmo, el pozo comunitario tendría agua utilizable hasta mediados de febrero, quizás marzo si el invierno era generoso, que generalmente no lo era.

La primera semana de diciembre terminaron de irse dos familias más. Los Velázquez, que llevaban tres generaciones en el ejido y cuya partida se anticipaba desde hacía meses pero que de todas formas golpeó cuando ocurrió porque anticipar algo no lo hace menos real. Y los Saucedo, una pareja joven con dos hijos chicos que habían llegado al ejido cinco años atrás huyendo de una ciudad que tampoco les había funcionado del todo y que ahora partían hacia Saltillo buscando algo que el campo no podía darles y que la ciudad probablemente tampoco, pero que al menos era un problema diferente al que ya conocían.

Nabor fue a despedirlos a los dos. No porque lo hubieran invitado sino porque era el comisariado ejidal y las despedidas formaban parte del cargo tanto como los recibimientos, aunque nadie lo dijera explícitamente.

Los Velázquez se fueron un martes por la mañana en una camioneta prestada que llevaba amarradas en la caja más cosas de las que debería poder cargar. La señora Velázquez le dio a Nabor un abrazo breve y seco, del tipo que tienen las mujeres del campo cuando quieren expresar algo que no pueden decir con palabras sin que parezca un derrumbe. Él le apretó el brazo y asintió.

Los Saucedo se fueron el jueves sin despedirse de nadie porque eran los más nuevos y sentían que irse sin avisar era menos doloroso que irse habiendo avisado. Nabor lo entendió y no les guardó rencor.

Ese jueves por la tarde, sentado en el portal con una taza de café que se había enfriado antes de que terminara, Nabor hizo el cálculo que llevaba semanas evitando hacer con números concretos: cuántos ejidatarios quedaban, cuántos de ellos podían presentarse en una asamblea, cuántos necesitaban para el quórum, cuántos para la mayoría simple que requería la firma del convenio de ocupación superficial.

El margen era estrecho. No crítico todavía. Pero estrecho.

Eustolia llegó desde adentro con la cafetera y rellenó la taza sin preguntar.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó.

—Antes de que el quórum sea un problema, quizás dos meses. Antes de que el nivel del pozo sea un problema, también dos meses. —Nabor miró la taza—. Si los dos problemas llegan al mismo tiempo, no hay negociación posible porque no habrá nadie con quién negociar ni motivo para quedarse a firmar.

Eustolia se sentó frente a él.

—Entonces hay que cerrar antes de dos meses.

—Sí.

—¿Y los diez días que dijo Escamilla?

—Pasaron. La oferta formal no llegó todavía.

—¿La llamaste?

—Le mandé mensaje. Dijo que el proceso interno estaba en curso. Que en días.

—Días desde cuándo.

—Desde hace una semana.

Eustolia asintió con la paciencia de quien ha aprendido que la impaciencia en ese momento específico no producía resultados útiles.

—Voy a organizar una reunión —dijo.

Nabor la miró.

—¿De qué tipo?

—De mujeres. Las del ejido que quedan. Para hablar de lo que nosotras necesitamos que esté en el acuerdo que están negociando. —Eustolia sostuvo su mirada—. Porque nadie nos ha preguntado y porque lo que nosotras necesitamos no es exactamente lo mismo que lo que los hombres han puesto en el pliego.

Nabor abrió la boca para decir algo. Luego la cerró.

—Cuando tengas el resultado me lo dices —dijo finalmente.

Eustolia asintió. Tomó la cafetera y entró.

La reunión de mujeres ocurrió el sábado por la tarde en la cocina de Remedios, que era la más grande entre las casas disponibles y que Remedios había limpiado y ordenado con esa precisión específica de quien recibe visitas que importan. Llegaron once mujeres: Eustolia, Remedios, cuatro más de familias que seguían en el ejido, dos que venían de parcelas a las afueras, y dos más que Remedios había invitado porque tenían camioneta y eso era relevante para lo que se iba a discutir.

No fue una reunión formal. No hubo orden del día ni votaciones ni actas. Fue una conversación donde cada mujer dijo lo que sabía que hacía falta en su casa con la concreción de quien administra los recursos cotidianos y sabe exactamente dónde están los huecos.

Lo primero que salió fue el agua.

Pero no el agua en abstracto. El agua en la cocina. El agua para lavar. El agua para bañar a los niños sin contar litros. El agua potable que no requiriera hervir ni agregar pastillas de cloro que había que comprar y que a veces no había. Los hombres habían pedido agua para riego, que era lo más visible y lo que más fácilmente se formulaba en términos agrícolas. Las mujeres pedían agua potable en las casas además de agua para riego. Eran dos cosas distintas.

Lo segundo fueron las becas.

Remedios lo planteó sin rodeos: las becas universitarias en el pliego original decían hijos de ejidatarios. No decían hijas. Esa omisión no era intencional pero era real. Y en el ejido había tres muchachas con preparatoria terminada que habían querido seguir estudiando y no habían podido. No era un problema abstracto.

Lo tercero fue internet.

Una mujer llamada Dolores, que era la más joven de las presentes, explicó con paciencia que la ausencia de internet en el ejido no era solamente una incomodidad sino un problema concreto de acceso a información, a mercados, a servicios de salud en línea, a educación a distancia. Que si los muchachos pudieran estudiar en línea desde el ejido no tendrían que elegir entre estudiar y quedarse. Que eso era una condición de permanencia tanto como el agua.

Lo cuarto fueron los contratos de transporte.

Remedios presentó este punto con la franqueza que la caracterizaba: ella tenía camioneta. Otras dos mujeres en la sala también. Si los contratos de transporte con la mina eran para la cooperativa ejidal de vehículos, tenían que poder inscribirse en esa cooperativa con sus propios vehículos. No como favor. Como derecho.

La conversación duró dos horas y media. Al final Eustolia recogió los puntos en una hoja escrita a mano y los leyó en voz alta para que cada quien confirmara que estaba bien representado lo que había dicho.

La lista era: agua potable en las casas además de agua para riego. Becas universitarias sin distinción de género. Espacio comunitario con acceso a internet. Inclusión explícita de mujeres con vehículo en los contratos de transporte de la cooperativa ejidal.

Once mujeres la escucharon y ninguna tuvo correcciones.

Nabor recibió la lista esa noche de manos de Eustolia, que se la entregó doblada sobre la mesa de la cocina mientras él terminaba la cena, con la calma de quien entrega un documento que no está sujeto a negociación.

Él la leyó en silencio.

—¿Lo de internet? —dijo.

—Lo de internet —confirmó Eustolia.

—¿Y lo de las mujeres en los contratos de transporte?

—Remedios tiene camioneta. Yo también podría tenerla si tuviéramos para comprar una. Otras dos en el ejido también. —Eustolia lo miró—. No es un privilegio que estén pidiendo. Es una corrección de algo que el pliego original dejó fuera sin querer.

Nabor volvió a leer la lista.

—La incorporo —dijo.

—¿Sin decir de dónde vino?

—¿Quieres que diga de dónde vino?

Eustolia lo pensó durante un momento.

—No. Solo que esté.

Al día siguiente Nabor añadió los cuatro puntos al pliego de condiciones con la misma letra con que había escrito los demás, sin nota aclaratoria. Era su firma sobre ideas de otras personas, lo que no le parecía ideal pero que entendía como necesario dentro del contexto de negociaciones donde la autoridad formal seguía siendo la suya.

Prisciliana lo notó cuando revisó el pliego esa tarde.

Fue a la cocina donde su madre estaba.

No dijo nada. Le sonrió de una manera específica que Eustolia entendió perfectamente: era la sonrisa de quien reconoce un movimiento correcto ejecutado por la persona correcta en el momento correcto.

Eustolia le sonrió de vuelta con la misma brevedad.

Luego siguió con lo que estaba haciendo.

Afuera, el cielo de diciembre sobre el Valle de Mazapil era azul y completamente limpio de nubes. La lluvia que nunca llegó en noviembre tampoco parecía querer llegar en diciembre. El pozo comunitario seguía bajando su nivel con la indiferencia matemática de los procesos físicos que no saben lo que significan para las personas que dependen de ellos.

Pero en el pliego de condiciones que descansaba sobre la mesa del comisariado ejidal había ahora cuatro líneas nuevas que ningún hombre había puesto ahí.

Y eso también era agua.

De otra clase.

Vicente supo del pliego ampliado cuando Nabor le pasó la versión nueva esa semana.

Lo leyó despacio, párrafo por párrafo, en el portal de su casa con el sol de la tarde encima. Cuando llegó a los cuatro puntos nuevos al final se detuvo y los leyó de nuevo.

—¿Quién lo puso? —preguntó.

—Está en el pliego —dijo Nabor.

—Sé que está en el pliego. Te estoy preguntando quién lo pensó.

Nabor guardó silencio un momento.

—Las mujeres del ejido —dijo.

Vicente asintió con el gesto de quien confirma algo que ya sospechaba.

—Lo del internet —dijo—. Eso no lo habríamos puesto nosotros.

—No.

—¿Y tiene sentido?

—Si Dolores tiene razón en que la ausencia de internet es una condición de abandono —dijo Nabor—, entonces sí. Si los jóvenes pueden estudiar desde aquí, no tienen que elegir. Y si no tienen que elegir, quizás algunos se quedan.

Vicente devolvió el pliego.

—¿Cipriano podría quedarse si hubiera internet en el ejido?

Nabor lo miró.

—No lo sé —dijo—. Pero habría que preguntarle.

Vicente miró el horizonte durante un momento.

—Quizás lo hago —dijo.

Eso también era algo nuevo.

Serafín reaccionó al pliego ampliado con la misma mezcla de alivio y reconocimiento que había tenido ante el acuerdo notarial de Vicente: la sensación de que algo correcto había ocurrido sin que hubiera tenido que ser él quien lo propusiera.

Cuando vio el punto sobre las mujeres en los contratos de transporte, fue a buscar a Remedios.

—Está en el pliego —le dijo.

Remedios lo leyó.

—¿Lo pusiste tú?

—No —dijo Serafín—. Lo pusieron.

Remedios dobló el papel y se lo devolvió.

—Bien —dijo. Y fue a lo que estaba haciendo.

Serafín se quedó de pie en la cocina con el papel en la mano pensando en que su mujer había conseguido en una reunión de mujeres algo que él había prometido gestionar semanas atrás sin haberlo hecho.

No lo dijo en voz alta.

Pero lo pensó con la claridad específica de las cosas que uno no puede ignorar aunque quisiera.

Esa tarde, cuando Filemón llegó del turno en el almacén y vio el pliego sobre la mesa de la cocina, lo tomó y lo leyó de pie sin sentarse. Cuando llegó a los cuatro puntos nuevos se detuvo.

—¿Lo del internet es nuevo? —preguntó a su madre, que estaba al fondo de la cocina.

—Esta semana —dijo Eustolia.

—¿Fue idea de alguien del ejido?

—De varias personas del ejido.

Filemón volvió a leerlo.

—Si hay internet —dijo lentamente—, yo podría estudiar ingeniería en línea desde aquí.

Eustolia no respondió de inmediato. Dejó lo que estaba haciendo y lo miró desde donde estaba.

—¿Eso quieres? —preguntó.

—No sé si quiero todavía —dijo Filemón—. Pero si hubiera internet, tendría la posibilidad de querer. Y eso es diferente a no tenerla.

Eustolia asintió.

Era la respuesta más honesta que su hijo le había dado en meses sobre lo que quería con su vida.

Y era suficiente por ahora.

CAPÍTULO 16

El subsuelo de los hombres

Ejido Peñasquitos y alrededores. Diciembre.

El campo de su padre había tenido maíz.

No el maíz raquítico y sin agua que Nabor había intentado algunas veces desde entonces, sino maíz de verdad, con mazorcas que su padre sacudía con las dos manos para escuchar si sonaban bien, que era la manera en que él evaluaba si la cosecha estaba lista. No con instrumentos. Con el sonido. Y el sonido de ese maíz, en los años que Nabor recordaba de la infancia, era el sonido de algo que tenía consistencia y peso y futuro.

Ese maíz había desaparecido hace mucho. Las lluvias empezaron a fallar antes de que su padre muriera, y su padre murió sin haber recuperado la cosecha que recordaba de su propio padre. Tres generaciones de hombres esperando que volviera algo que cada generación esperaba un poco menos que la anterior porque la esperanza también se desgasta si no la alimenta la realidad.

Nabor lo pensó un martes por la tarde, solo en la parcela, después de que el trabajo terminó y antes de que fuera hora de volver a la casa. No era la primera vez que pensaba en su padre. Pero sí era la primera vez que lo pensaba con esa pregunta concreta: si la obstinación que había heredado de ese hombre era una virtud o simplemente una forma de ceguera que se transmitía de generación en generación sin que nadie se diera cuenta porque la ceguera que uno hereda parece sabiduría hasta que alguien la nombra desde afuera.

Prisciliana la había nombrado, sin querer, la noche en que le mostró la tabla de tres columnas: lo que podemos pedir, lo que pueden darnos, lo que nunca nos van a dar. Era un instrumento que su padre nunca habría construido porque su padre pensaba en términos de resistir, no de negociar. Resistir la sequía. Resistir la pobreza. Resistir la tentación de abandonar. Y esa resistencia había mantenido al ejido vivo durante décadas, pero también había impedido ver que algunos problemas no se resuelven resistiendo sino moviéndose.

Nabor se preguntó si él había sido capaz de moverse o si simplemente había resistido de otra manera.

Todavía no tenía respuesta.

A cuarenta metros de distancia, separados por la línea de piedras que marcaba el límite entre sus parcelas, Vicente escuchó la camioneta de Cipriano llegar ese domingo desde lejos porque el motor de Cipriano tenía un sonido específico que los años habían vuelto identificable desde la distancia.

Cipriano llegaba más seguido desde que el internet de Concepción del Oro le había llegado por fin con suficiente velocidad para trabajar de manera

remota en algunos días. No era una visita semanal todavía, pero tampoco era el ausentismo del año anterior. Vicente lo recibió con café y con la misma conversación de fondo de siempre: las cabras, el estado de la parcela, cómo estaban las cosas.

Luego Cipriano dijo lo que había venido a decir.

—Papá. Tengo un cuarto vacío en el departamento de Concepción del Oro. —Lo dijo con la calma deliberada de quien ha pensado cómo decirlo durante el camino completo y ha decidido que la calma es la única manera en que puede decirse sin que parezca una pelea—. Podrías venirte conmigo. La parcela no produce lo suficiente para que valga la pena quedarse.

Vicente escuchó sin interrumpir. Eso era su costumbre: escuchar completo antes de responder, porque las respuestas apresuradas cierran conversaciones que merecían seguir un poco más.

—Si vendo la parcela —dijo finalmente—, ya no tengo nada que dejarte.

—No necesito la parcela —dijo Cipriano.

—Eso lo dices ahora.

—Lo digo porque es verdad. —Cipriano lo miró directamente—. La parcela no produce. Lo que produce es la mina y yo ya estoy ahí. No necesito heredar tierra que no da.

—No se trata de lo que produce —dijo Vicente.

—¿Entonces de qué se trata?

Vicente tomó el café. Lo bebió despacio. Afuera el sol de diciembre calentaba con menos intensidad que en agosto pero con la misma presencia.

—Se trata de lo que representa —dijo.

—¿Y qué representa?

—Que tú tienes de dónde venir. —Vicente dejó la taza—. La gente que no tiene de dónde venir no sabe bien adónde va. Se mueve pero no tiene raíz. Y la raíz no se ve pero se siente cuando no está.

Cipriano no respondió de inmediato. Era una respuesta que no tenía refutación directa porque no era un argumento sino una convicción, y las convicciones no se refutan, se comparten o no se comparten.

—¿Y si hubiera internet en el ejido? —preguntó Cipriano después de un rato.

Vicente lo miró.

—¿Qué?

—Que si hubiera internet aquí podría trabajar algunos días desde la parcela. No todos. Pero algunos. —Cipriano miró hacia la parcela por la ventana—. Y si pudiera venir más seguido sin perder el trabajo, quizás el argumento de la raíz tendría más peso.

Vicente guardó silencio durante un momento.

—¿Crees que podría haber internet aquí?

—Depende de lo que esté en el acuerdo con la mina.

Era la primera vez que Cipriano mencionaba el acuerdo directamente. Vicente lo registró sin mostrar que lo registraba.

—Ya veremos —dijo.

Padre e hijo se quedaron en silencio un rato largo mirando el mismo paisaje desde lados distintos de la misma mesa, cada uno con una visión del tiempo que no coincidía exactamente con la del otro pero que tampoco era tan incompatible como parecía desde afuera.

En la casa de Serafín, esa misma semana, el hijo mayor de doce años llegó del colegio con una pregunta que llevaba guardando desde el recreo.

—Papá. ¿Nos vamos a tener que ir?

Serafín estaba revisando las correas del motor de la camioneta con la parte superior del cuerpo dentro del cofre y la pregunta llegó desde abajo con la sencillez específica de los niños que preguntan las cosas difíciles en el momento más inesperado porque no tienen el filtro social que les dice cuándo es un mal momento.

Sacó la cabeza del cofre.

El niño lo miraba desde el lado de la camioneta con una expresión que no era exactamente miedo sino la versión infantil de la ansiedad: la conciencia de que algo importante está en juego sin tener todavía la experiencia para calibrar cuánto.

—No —dijo Serafín.

Una sola palabra. Sin calificaciones ni condiciones.

El niño asintió y fue a hacer otra cosa, que es lo que hacen los niños cuando reciben una respuesta que los satisface provisionalmente: la guardan y vuelven a lo suyo.

Serafín cerró el cofre de la camioneta y se quedó parado frente a ella con la llave en la mano.

Había dicho que no. Sin saber todavía con certeza si era verdad. Sin el acuerdo firmado. Sin el agua garantizada. Sin nada más que su propia palabra pronunciada frente a su hijo.

Y esa palabra, comprendió mientras guardaba la llave en el bolsillo, pesaba más que cualquier papel que hubiera firmado hasta ese momento. Porque los papeles pueden renegociarse y los acuerdos pueden revisarse y las condiciones pueden modificarse. Pero lo que uno le dice a su hijo de doce años cuando le pregunta si van a tener que irse no tiene cláusula de salida.

La impaciencia que había sido su motor durante meses se transformó esa tarde en otra cosa. No en calma exactamente. En algo más parecido a la determinación tranquila de quien sabe que ya no puede echarse para atrás

y que eso, en lugar de asustarlo, le clarifica exactamente qué tiene que hacer.

Filemón tuvo su conversación el jueves, en el comedor del complejo durante el descanso del turno de mediodía.

El ingeniero se llamaba Ernesto Valdés, era de Fresnillo, había estudiado ingeniería de sistemas en el Politécnico en Ciudad de México y llevaba cinco años en el complejo después de dos años en una operación de Sonora. Tenía treinta y dos años y hablaba con la naturalidad de quien ha procesado suficientes versiones de su propia trayectoria como para contarla sin hacerla parecer ni más fácil ni más difícil de lo que fue.

Se sentó frente a Filemón por accidente de mesas disponibles y la conversación empezó por la comida, que era como empezaban la mayoría de las conversaciones en ese comedor.

—¿Cuánto llevas aquí? —preguntó Ernesto.

—Desde septiembre. Almacén.

—¿Y antes?

—El ejido. Aquí al lado.

Ernesto asintió.

—¿Vas a seguir en almacén?

—No lo sé todavía. Estoy viendo.

—¿Qué estás viendo exactamente?

Era una pregunta más directa de lo que el contexto habitual del comedor justificaba, pero Filemón respondió con honestidad porque la honestidad era lo que el momento pedía.

—Si quiero estar aquí o si quiero otra cosa.

Ernesto lo miró.

—¿Qué sería la otra cosa?

—No lo sé. Algo que no sea elegir entre el campo y la mina.

Ernesto comió un momento en silencio.

—Hay una tercera opción —dijo.

—¿Cuál?

—Ser el que entiende los dos lados. —Ernesto dejó el tenedor—. La empresa necesita gente de la región con formación técnica. No para operar maquinaria, que eso ya lo hace suficiente gente. Sino para gestionar la interfaz entre las operaciones y las comunidades. Ingeniería ambiental. Hidrogeología. Gestión de recursos. Ese perfil no abunda y cuando aparece de alguien que viene del territorio tiene un valor que alguien de afuera no puede replicar.

Filemón lo escuchó con la atención de quien está recibiendo información que modifica algo que ya estaba considerando.

—¿Y eso requiere universidad?

—Requiere carrera. Hay programas en línea acreditados. No son fáciles y requieren disciplina, pero se pueden hacer sin dejar de trabajar si uno gestiona bien el tiempo.

Filemón pensó en el cuaderno de Prisciliana. En la lista del internet que Eustolia había conseguido meter en el pliego. En la posibilidad que había mencionado a su madre sin saber todavía qué hacer con ella.

—Yo soy del ejido de al lado —dijo—. El que está negociando con la empresa.

Ernesto lo miró con atención renovada.

—¿Y?

—Y si ese acuerdo incluye internet comunitario, podría estudiar desde ahí.

Ernesto asintió despacio.

—Si eso ocurre —dijo—, busca el programa de ingeniería en gestión de recursos hídricos del Tecnológico de Monterrey en línea. Es el que tiene más aplicación práctica en contextos como el tuyo.

Filemón no anotó el nombre porque no tenía papel. Pero lo repitió mentalmente tres veces de la manera en que uno repite las cosas que no quiere olvidar.

Esa tarde Prisciliana escribió en el cuaderno la reflexión que llevaba días tomando forma:

El verdadero conflicto no es entre el ejido y la mina. Es entre distintas maneras de entender qué significa el futuro. La mina piensa en décadas de producción. El ejido piensa en generaciones de permanencia. Son escalas de tiempo que no se miden con el mismo instrumento. Y la única negociación que tiene sentido es la que reconoce que los dos instrumentos existen y que ninguno cancela completamente al otro.

Cerró el cuaderno.

Afuera, el cielo de diciembre seguía sin nubes.

Pero en el subsuelo de los hombres —y de las mujeres, y de los muchachos de quince y de los ingenieros de treinta y dos— algo se había asentado en los últimos días con la solidez específica de las decisiones que no necesitan ser anunciadas porque ya fueron tomadas.

Eustolia no escribía en cuadernos.

Pero esa noche, mientras ordenaba la cocina antes de dormir, pensó en todo lo que había ocurrido desde agosto con la concentración silenciosa que usaba cuando necesitaba entender algo que no cabía en palabras simples.

Pensó en Nabor, que había aprendido lentamente a escuchar a su hija. En Prisciliana, que había aprendido a decir lo que sabía sin esperar que le dieran permiso completo. En Filemón, que estaba aprendiendo a distinguir entre lo que lo impresionaba y lo que quería. En Vicente, que seguía siendo

Vicente pero con una grieta nueva en la certeza de que quedarse en la parcela era lo único posible. En Serafín, que había transformado su impaciencia en determinación sin que nadie le explicara cómo.

En Remedios, que había puesto su camioneta sobre la mesa como si siempre hubiera tenido derecho a hacerlo, que era exactamente lo que tenía.

El ejido no era el mismo que en agosto. No porque el cerro hubiera cambiado ni porque la sequía hubiera cedido ni porque la mina hubiera firmado ningún papel todavía. Era diferente porque las personas que lo habitaban habían cambiado levemente, cada una a su manera, en la dirección de algo que todavía no tenía nombre completo pero que se parecía al movimiento en lugar de a la resistencia.

Eso era suficiente por ahora.

Apagó la luz de la cocina.

Afuera, las luces de la mina seguían en el horizonte con su claridad de siempre.

Pero esa noche, por primera vez en mucho tiempo, Eustolia las miró y pensó que no eran solamente lo que la amenazaba.

Eran también parte de lo que les debía algo.

Y esa diferencia importaba.

CAPÍTULO 17

La grieta invisible se ensancha

Ejido Peñasquitos y Valle de Mazapil. Diciembre, últimas semanas.

La noticia llegó en fragmentos, que era la única manera en que llegaban las cosas importantes en ese valle.

No como informe oficial ni como comunicado de ninguna parte identificable. Llegó como llegan los rumores que tienen sustancia: con dos o tres versiones ligeramente distintas entre sí que cuando se ponen una junto a la otra producen una imagen que ninguna de las tres contiene por sí sola pero que las tres juntas hacen evidente.

La primera versión vino de un trabajador de la mina que le dijo a su primo del ejido que los geólogos internos habían presentado un reporte que había generado reuniones en niveles que normalmente no se reunían para temas de ese tipo.

La segunda vino de una secretaria del área técnica que le comentó a alguien que el reporte del cerro norte había producido revisiones en los planes de expansión del tajo para los próximos cinco años.

La tercera llegó de Filemón, que escuchó en el almacén una conversación sobre cambios en las prioridades de adquisición de terrenos para el

siguiente ciclo operativo, sin más especificaciones pero con una urgencia en el tono que no correspondía a los cambios de prioridad rutinarios.

Nabor recibió los tres fragmentos en tres días distintos de la misma semana. Los puso mentalmente uno junto al otro como se ponen las piezas de un mapa que todavía tiene espacios en blanco pero que ya tiene suficiente contorno para que la forma general sea visible.

El yacimiento era más grande de lo que el ensaye original indicaba.

Eso tenía dos consecuencias que se cancelaban mutuamente: si la empresa lo sabía y los ejidatarios todavía no lo sabían con certeza, la empresa tenía incentivo para cerrar rápido antes de que se enteraran. Pero también tenía incentivo para esperar, porque si el ejido se disgregaba por la sequía antes de que hubiera acuerdo, la empresa podría eventualmente acceder al mineral desde sus propios túneles sin necesidad de negociar la superficie.

Cuál de las dos lógicas dominaba dependía de cuál de las dos posiciones internas que Escamilla había descrito ganaba el pulso dentro de la corporación.

El tiempo que quedaba para saberlo era poco.

El diputado llegó el martes.

Se llamaba Rodolfo Cervantes Ibarra, era diputado local por el distrito que incluía Mazapil y llevaba dos períodos en el cargo con una trayectoria que los que lo conocían describían como pragmática, que en el lenguaje político regional significa que sabía en qué dirección sopla el viento antes de que el viento soplara.

Llegó con dos personas de su equipo en una camioneta con el logo de la Cámara, que era la manera más visible posible de llegar a un lugar si uno quería que quedara claro que estaba ahí oficialmente, lo cual hacía sospechar que la razón real no era oficial del todo.

Dijo que venía a supervisar la cobertura del programa de caminos rurales en el municipio. Era un pretexto suficientemente concreto como para ser creíble y suficientemente vago como para justificar preguntas sobre casi cualquier cosa.

Nabor lo recibió en el portal de la casa con café y con la cortesía específica de quien es anfitrión sin ser bienvenido.

La conversación empezó por los caminos, que era el pretexto, y fue derivando por etapas hacia el tema real con la naturalidad de quien cree que el otro no está siguiendo el movimiento.

—¿Han tenido contacto con la empresa minera sobre los proyectos de infraestructura comunitaria? —preguntó el diputado en algún punto.

—Algo de conversaciones —dijo Nabor.

—¿De qué tipo?

—Del tipo que está en proceso.

—Porque el municipio podría apoyar como interlocutor institucional si hubiera algo concreto que facilitar.

—Cuando haya algo concreto lo consideramos —dijo Nabor.

—¿Y lo del cerro norte? —preguntó el diputado, con la casualidad estudiada de quien quiere que suene como un dato marginal.

Nabor lo miró durante un segundo.

—¿Qué cerro norte? —preguntó.

El diputado sonrió con la sonrisa de quien sabe que le acaban de devolver exactamente lo que él envió.

—He escuchado rumores —dijo—. Ya sabe cómo es esto.

—Los rumores del valle son muchos —dijo Nabor—. Y casi siempre son más interesantes que la realidad.

El diputado tomó su café y cambió el tema hacia los caminos rurales, que era lo que decía que había venido a supervisar. Se fue veinte minutos después con sus dos asistentes y su camioneta con el logo.

Nabor lo vio alejarse desde el portal.

—¿Qué quería? —preguntó Prisciliana, que había estado en el cuarto con la puerta entornada durante toda la visita.

—Saber cuánto sabemos.

—¿Y qué le dijiste?

—Nada.

—¿Y él cuánto sabe?

—Sabe que hay algo. Cuánto no lo sé. Pero que un diputado venga personalmente con ese pretexto significa que alguien le dijo que viniera, y eso significa que el círculo de personas interesadas se está ampliando más allá de la empresa.

Prisciliana lo consideró.

—¿Eso es bueno o malo?

—Malo —dijo Nabor—. Porque cada actor adicional que entra al tablero es un actor que puede complicar el acuerdo o intentar quedarse con parte de lo que nosotros consigamos.

La camioneta desconocida reapareció ese mismo jueves.

Era la misma que había visto antes, o una muy similar: gris, sin identificación visible, con cristales oscuros. Esta vez estaba estacionada en el camino secundario del lado este del cerro, que era el acceso más directo al punto donde el ensaye había dado el número más alto. Dos ocupantes que habían bajado del vehículo y que realizaban mediciones con aparatos que desde la distancia de cien metros nadie podía identificar con certeza.

Nabor los fotografió desde detrás de un mezquite con el teléfono de Prisciliana, que tenía mejor cámara que el suyo. Tomó seis fotos: dos del

vehículo completo, dos de las placas, dos de los ocupantes aunque desde esa distancia los rostros quedaran borrosos.

Esa tarde Prisciliana investigó las placas en el registro vehicular en línea que la biblioteca del pueblo le había permitido consultar a través de su conexión.

El vehículo estaba registrado a nombre de una empresa llamada Consultoría Técnica Noreste, domiciliada en Monterrey, sin relación aparente en los registros públicos con la empresa minera. Pero cuando Prisciliana buscó el nombre del propietario de la empresa en los registros mercantiles de la Secretaría de Economía, el mismo nombre aparecía también como accionista minoritario de una empresa de exploración mineral que tenía contratos activos en tres estados del norte del país.

No era una vinculación directa. Era la clase de vinculación que existe entre personas de la misma industria que se conocen y a veces trabajan juntas de maneras que no siempre aparecen en los organigramas oficiales.

Prisciliana anotó todo en el cuaderno con la precisión de quien sabe que esa información puede ser útil aunque todavía no sepa exactamente cómo.

—Papá —dijo esa noche cuando Nabor revisaba las fotos—. La consultora no es de la mina directamente. Pero el dueño tiene participación en una empresa de exploración que trabaja en la región.

—¿Y eso qué significa?

—Que puede ser que la mina haya subcontratado la verificación geológica para que no aparezca en sus propios registros. —Pausa—. O puede ser que haya una tercera parte interesada que no es la mina ni el ejido y que está viendo si puede posicionarse antes de que el acuerdo se cierre.

—¿Un competidor?

—O un intermediario que quiere ser parte del acuerdo sin que ninguna de las dos partes lo haya invitado.

Nabor guardó el teléfono en el bolsillo.

—¿Cuándo tengo que moverme? —preguntó, aunque no era exactamente una pregunta sino el reconocimiento en voz alta de algo que ya había decidido.

—Ya —dijo Prisciliana.

Esa misma noche Nabor le mandó un mensaje a Escamilla. No por el canal formal de la empresa sino al número personal que Escamilla le había dado en el restaurante de Mazapil. El mensaje decía: *Hay movimiento externo cerca del cerro. Necesito reunión formal con oferta concreta antes de fin de semana.*

La respuesta llegó en veinte minutos: *Lunes a las diez. Sala de reuniones principal. Vengan los tres.*

Nabor le leyó el mensaje a Vicente esa misma noche. Vicente asintió sin preguntar detalles. Nabor le mandó la confirmación a Serafín por teléfono y Serafín respondió en cuatro segundos: *Ahí estamos.*

Esa noche Nabor no durmió del todo. No por ansiedad exactamente. Por la concentración específica de quien está preparándose mentalmente para algo que no tiene ensayo posible y que va a ocurrir de todas formas.

Repasó el pliego de condiciones en la oscuridad de la habitación con la misma precisión con que había repasado toda la negociación: los tres pozos, la energía eléctrica por veinte años, el fideicomiso con verificación independiente, los contratos de transporte con inclusión de mujeres, el internet comunitario, las becas sin distinción de género.

Cada punto tenía una historia detrás. El agua que Eustolia calculaba litro por litro. Las becas que Remedios nombró porque había tres muchachas que no pudieron estudiar. El internet que Dolores formuló porque sabía que sin él los jóvenes tenían que elegir. La verificación independiente que Prisciliana extrajo de los casos de Alejandra. Los contratos para mujeres que Remedios puso sobre la mesa con su camioneta como argumento.

No era su pliego.

Era el pliego de todos.

Y eso, comprendió mientras el sueño finalmente llegaba, era exactamente la razón por la que valía la pena defenderlo.

Eustolia lo escuchó llegar tarde, como siempre en los días difíciles, y como siempre esperó despierta sin decir que esperaba.

Cuando Nabor entró al cuarto y se sentó en el borde de la cama con la concentración de quien está procesando muchas cosas al mismo tiempo, ella preguntó en la oscuridad:

—¿Lunes?

—Lunes —confirmó él.

—¿Y estás listo?

—Creo que sí.

—¿Y Prisciliana?

—Ella va. Con el cuaderno y con el documento de la cláusula de verificación que le mandó Alejandra.

Eustolia asintió.

—¿Y lo de la consultora de Monterrey?

—Lo sabe Escamilla. Le mandé el mensaje. No le dije lo de la consultora directamente, pero lo de que hay movimiento externo fue suficiente para que respondiera en veinte minutos.

—Entonces sí le importa cerrar —dijo Eustolia.

—A él sí. A toda la empresa todavía no lo sé.

—Eso es lo que van a saber el lunes.

Nabor se recostó.

—¿Tú qué crees que va a pasar? —preguntó.

Era una pregunta que pocas veces le hacía a Eustolia directamente sobre cosas de ese tipo. No porque no valorara su opinión sino porque generalmente él procesaba solo antes de consultar. Que la pregunta llegara en ese momento decía algo sobre el estado de la noche.

Eustolia consideró la pregunta con la seriedad que merecía.

—Creo que van a ofrecer algo —dijo—. No todo lo que pedimos. Pero algo que se puede negociar hacia lo que pedimos. Y creo que si Prisciliana está en la mesa con la cláusula de verificación, van a saber que no pueden dejar cosas vagas.

—¿Y si se niegan a la verificación?

—Entonces nos levantamos y les decimos que cuando estén listos para hablar de condiciones reales volvemos. Y vemos cuánto tardan en llamar.

—¿Y si no llaman?

Eustolia guardó silencio un momento.

—Entonces buscamos otra manera. —Pausa—. Pero van a llamar.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque el número que dice el papel del laboratorio no cambia aunque nosotros esperemos —dijo Eustolia—. Y porque el cerro tampoco se mueve. Y porque ya no somos cuatro personas solas con una piedra brillante. Somos once mujeres y un acuerdo notarial y una muchacha con cláusulas y un muchacho que entiende las dos partes y dos hombres que han estado en esto desde el principio y que no van a doblar.

Nabor no respondió. Pero algo en la manera en que su cuerpo se asentó en la cama comunicaba que esa enumeración había producido el efecto que necesitaba producir.

Eustolia también se durmió.

Afuera, el cielo de diciembre sobre el Valle de Mazapil era negro y lleno de estrellas, el cielo que tiene el desierto en invierno cuando no hay nubes que lo cubran y la temperatura baja lo suficiente para que el aire sea completamente transparente.

El lunes estaba a tres días.

Y el tiempo, por primera vez en mucho tiempo, se sentía como algo que podía medirse en días concretos en lugar de en meses abstractos.

Eso también era un cambio.

CAPÍTULO 18

El agua prometida

Ejido Peñasquitos. Diciembre, última semana. Enero.

La asamblea del viernes fue diferente a todas las anteriores.

No porque el salón se viera diferente ni porque los hombres llegaran con ropa distinta ni porque hubiera ningún elemento visual que marcara la distinción. Fue diferente porque Nabor llegó con el pliego completo, doblado en cuatro, y lo desplegó sobre la mesa al frente de la sala con el gesto de quien pone sobre la mesa todo lo que tiene sin intención de guardarse nada.

—Voy a contarles todo —dijo, sin introducción adicional—. Lo que encontramos, lo que vale, por qué la mina lo quiere, qué hemos pedido y qué hemos conseguido hasta ahora. Y lo que hace falta que decidan ustedes hoy.

No hubo nadie que lo interrumpiera para cuestionarle el derecho a informar. Quizás porque el tono no dejaba espacio para ese tipo de interrupción. Quizás porque incluso quienes habían desconfiado en las semanas anteriores reconocían que ese momento requería otra actitud.

Habló durante cuarenta minutos.

Explicó el gossan y el ensaye. Explicó la paradoja legal del subsuelo. Explicó el valor específico que el mineral de alta ley tenía para una empresa que procesaba millones de toneladas de baja ley. Explicó la palanca de la superficie sin la cual la empresa no podía acceder a nada. Explicó lo que habían pedido y por qué lo habían pedido así. Leyó el pliego completo, punto por punto, incluyendo los cuatro que habían añadido las mujeres del ejido.

Cuando terminó, la sala guardó silencio durante un tiempo que fue más largo de lo habitual.

Aurelio Berumen tomó la palabra.

—¿Y por qué no nos dijeron esto desde el principio? —preguntó.

—Porque si lo decíamos desde el principio el secreto dejaba de ser nuestro y perdíamos la posición antes de saber qué hacer con ella —dijo Nabor—. Eso fue un error de comunicación que reconozco. Pero el proceso que siguió fue el correcto.

—¿Quién decide qué proceso es correcto?

—En este caso yo, como comisariado ejidal, con los dos ejidatarios cuyos terrenos están directamente involucrados. Y si la asamblea considera que ese proceso estuvo mal, la asamblea puede decirlo ahora y decidir qué quiere hacer diferente. —Nabor lo miró directamente—. Pero si la asamblea lo dice, tiene que proponer qué hace diferente. No solo señalar el error.

Aurelio no respondió.

Fue entonces cuando Vicente se levantó.

Era la segunda vez en toda la negociación que Vicente pedía la palabra en una asamblea, lo que hacía que cuando lo hacía la sala prestara atención

de una manera diferente a la que prestaba a los que hablaban con frecuencia.

—Voy a decir una sola cosa —dijo, desde donde estaba parado, sin necesitar el centro de la sala para que su voz llegara—. Si no nos ponemos de acuerdo hoy entre nosotros, mañana no hay ejido al que regresar. Así de simple. Las familias siguen yéndose. El pozo comunitario tiene agua para otro mes y medio quizás. Y si no hay ejido, no hay asamblea que decida nada porque no hay quórum para decidir.

Se sentó.

No dijo nada más.

No necesitaba decir nada más.

La votación para autorizar a Nabor a presentar el pliego completo como posición formal del ejido en la reunión del lunes pasó con catorce votos a favor, dos abstenciones y ninguno en contra. Aurelio Berumen no votó en contra. Se abstuvo. Que no hubiera ningún voto en contra era, en ese contexto, suficiente.

La reunión del lunes en la sala de conferencias del complejo minero era diferente a la primera.

El mismo espacio. La misma agua embotellada sobre la mesa. Pero en lugar de tres hombres sentados frente a Escamilla había cinco: Nabor, Vicente, Serafín, Prisciliana y Remedios. Escamilla los recibió sin que su expresión revelara si los cinco le habían resultado esperados o sorpresivos, que era probablemente la respuesta correcta: que ambas cosas al mismo tiempo.

Al lado de Escamilla había dos personas nuevas: una abogada de la empresa y un ingeniero de proyectos comunitarios que Escamilla presentó como parte del equipo técnico.

Nabor presentó el pliego.

No como lista de demandas sino como condiciones del acuerdo. La diferencia de formulación importaba y Prisciliana se la había explicado el domingo por la noche: *una demanda es lo que uno pide cuando no tiene poder. Una condición es lo que uno establece cuando sí lo tiene.*

Escamilla escuchó el pliego completo sin interrumpir. La abogada tomó notas. El ingeniero de proyectos marcaba algo en su tableta de vez en cuando.

Cuando Nabor terminó hubo una pausa.

—El fideicomiso —dijo la abogada—. Piden verificación independiente con auditoría semestral.

—Sí —dijo Nabor.

—Eso no es estándar en los convenios de este tipo.

Prisciliana abrió el cuaderno y puso sobre la mesa la hoja doblada que había guardado desde hacía dos semanas.

—Este es el modelo de cláusula de verificación que se usó en el convenio de Santa Bárbara, Sonora, en 2019 —dijo—. Que es un convenio entre un ejido y una empresa extractiva ratificado por el Registro Agrario Nacional y que lleva cinco años funcionando sin conflicto. —Empujó la hoja hacia el centro de la mesa—. Si funciona allá, funciona aquí.

La abogada tomó la hoja. La leyó. Luego la pasó a Escamilla.

Escamilla la leyó también. Luego miró a Prisciliana con algo que no era exactamente sorpresa pero que tampoco era la expresión con que había mirado a los demás hasta ese momento.

—¿Quién la redactó?

—Alejandra Vega, de la Facultad de Derecho de la Universidad Autónoma de Zacatecas —dijo Prisciliana—. Puede contactarla si quiere verificar.

Escamilla asintió una vez.

La negociación duró tres horas.

No fue una negociación donde una parte cedía y la otra ganaba. Fue el tipo de negociación donde los dos lados están ajustando los términos de algo que ambos saben que va a existir y que lo que se discute es la forma exacta que va a tomar. Los plazos del fideicomiso: dieciocho años en lugar de veinte, que era el punto medio entre lo que los ejidatarios pedían y lo que la empresa había aprobado internamente. El número de pozos: los tres, sin reducción. La energía eléctrica del bombeo: veinte años tal como se había pedido. Los contratos de transporte con inclusión explícita de mujeres con vehículo propio: en el convenio con la formulación exacta que Remedios había propuesto en la reunión de mujeres del ejido.

La cláusula de verificación independiente quedó en el convenio con el modelo de Santa Bárbara como referencia, con auditoría anual en lugar de semestral. Prisciliana lo aceptó porque Alejandra le había dicho que anual era suficiente para hacer vinculante cualquier incumplimiento, y que semestral era ideal pero no indispensable.

El acceso a internet comunitario quedó como anexo técnico: la empresa se comprometía a financiar la instalación de infraestructura de conectividad en el ejido en un plazo de dieciocho meses desde la firma del convenio, sujeto a la disponibilidad de cobertura de red en la región.

Cuando Escamilla puso el borrador final sobre la mesa al cabo de las tres horas, la sala tenía la temperatura específica de los espacios donde se ha hablado mucho sin descanso: el aire acondicionado que ya no alcanzaba a compensar el calor de las personas.

—Necesitan revisarlo —dijo Escamilla—. Denme hasta el miércoles para la versión limpia. Si están de acuerdo, firmamos el jueves.

—Revisamos —dijo Nabor—. El miércoles les decimos.

Salieron del edificio a la luz del mediodía de diciembre. Los cinco caminaron hacia la troca de Vicente sin hablar durante el trayecto por el estacionamiento.

Fue Remedios quien habló primero cuando llegaron al vehículo.

—¿Quedó lo de los contratos para mujeres? —preguntó.

—Quedó —dijo Prisciliana.

Remedios asintió. Se subió a la troca sin decir nada más.

La firma ocurrió el jueves, como había dicho Escamilla. El convenio de ocupación superficial con todos sus anexos tenía dieciséis páginas. Nabor lo revisó con Prisciliana el miércoles por la noche, página por página, durante dos horas y media. Prisciliana marcó tres puntos donde la redacción era ambigua y que Escamilla corrigió esa misma noche cuando Nabor se los envió por mensaje.

La versión final era la correcta.

En la sala de firmas estaban Escamilla, la abogada de la empresa, el notario público y los tres ejidatarios. Prisciliana y Remedios esperaban afuera en los sillones de la recepción porque el convenio se firmaba entre las partes formales del acuerdo y ellas no eran ejidatarias titulares. Pero la cláusula de verificación independiente estaba ahí. Y la inclusión de mujeres en los contratos de transporte estaba ahí. Y el internet comunitario estaba ahí.

Nabor firmó primero. Con la misma mano con que había trabajado la tierra toda su vida, que era una mano que sabía perfectamente cuánta presión aplicar a diferentes superficies y que esa tarde aplicó exactamente la necesaria para que la firma quedara clara y completa.

Vicente firmó en silencio, como hacía todo lo importante.

Serafín firmó y luego tuvo que salir un momento al pasillo porque le temblaban las manos. Nadie lo comentó. Era la respuesta correcta de alguien que había querido esto durante meses sin saber del todo si iba a llegar. Que llegara producía en el cuerpo de Serafín exactamente lo que era lógico que produjera.

Los trabajos de perforación comenzaron tres semanas después, en la segunda semana de enero.

El día que la maquinaria llegó al ejido, toda la comunidad salió a verla. No fue una convocatoria organizada. Fue que alguien vio el camión de carga con la maquinaria de perforación entrar por el camino de terracería y lo dijo a quien tenía al lado y ese lo dijo al siguiente y en veinte minutos había quince personas en el camino y en cuarenta había llegado todo el ejido.

La maquinaria era grande. No con la escala imposible de los camiones de acarreo que Filemón había visto dentro del complejo, pero sí lo suficientemente grande para que su presencia sobre el suelo reseco del ejido pareciera una afirmación de que algo real estaba ocurriendo. La perforación empezó esa misma tarde, con el ruido específico de la barrena

entrando en roca que ninguno de los presentes había escuchado antes pero que todos reconocieron como el sonido de algo que había esperado mucho tiempo y que finalmente estaba pasando.

El primer flujo profundo llegó a los dieciséis días.

No llegó de manera espectacular. Llegó como llegan las cosas importantes en el desierto: con discreción. El encargado de la perforación llamó al técnico de la empresa, que llamó a Nabor, que fue al cerco donde estaba la maquinaria y que encontró al técnico señalando hacia el tubo donde el agua empezaba a subir con una presión todavía débil pero inequívoca.

El agua era turbia. Tenía un color entre café claro y gris que no correspondía a ninguna imagen de agua limpia que la mayoría hubiera tenido en la cabeza cuando pensaba en el pozo. Olía a tierra y a mineral y a algo difícil de nombrar que era simplemente el olor de la profundidad, de los doscientos metros de roca que el agua había atravesado antes de llegar ahí.

No era el agua de postal.

Era el agua real.

Eustolia llegó cuando ya había veinte personas alrededor del chorro. Se abrió paso sin pedir permiso, no con violencia sino con la autoridad específica de quien sabe que tiene derecho a estar en el frente. Se agachó. Metió las palmas de las manos en el chorro.

El agua era fría. Más de lo que esperaba. Le cayó entre los dedos con una presión mayor que la del chorro del grifo de su casa y la sensación física de ese contacto, después de meses de calcular litros y racionar y administrar la escasez, produjo en ella algo que no era exactamente llanto pero que tampoco era la compostura habitual de Eustolia.

Se quedó quieta con las palmas hacia arriba mirando el agua que caía entre sus dedos.

Remedios llegó detrás de ella. No dijo nada. Se agachó junto a ella. Y sí lloró, en silencio, con la cara vuelta hacia el chorro para que el agua que caía se mezclara con lo demás y nadie pudiera ver exactamente lo que era.

Nabor observaba desde unos metros atrás.

No se acercó todavía. Necesitaba un momento más antes de poder creer que el agua era real. No porque dudara de lo que veía. Sino porque había algunas cosas que uno necesita procesar antes de tocarlas, y el agua en ese suelo era una de esas cosas.

Prisciliana estaba a su lado.

No dijo nada.

Filemón estaba del otro lado. También en silencio.

Los tres miraron el agua brotar del tubo y caer sobre la tierra reseca y oscurecerla en un círculo que crecía lentamente alrededor del punto de

impacto, la tierra cambiando de color a medida que la absorbía con esa avidez específica de la tierra que lleva demasiado tiempo sin ella.

Vicente llegó de los últimos, caminando despacio desde el camino, y se quedó parado al borde del grupo mirando el chorro con la expresión de quien está verificando internamente si lo que ve corresponde a algo que lleva décadas esperando.

Correspondía.

Luego miró hacia el horizonte donde estaban las luces de la mina, que ese mediodía no se veían porque era de día y la luz artificial se perdía bajo el sol, pero que él sabía que estaban ahí de todas formas.

Asintió una vez, despacio, hacia ese horizonte.

No era gratitud. Era reconocimiento. La diferencia entre agradecer algo y reconocer que existe.

El agua siguió fluyendo sobre la tierra del Ejido Peñasquitos durante el resto de la tarde y el resto del día y los días y semanas y meses que siguieron, turbia al principio, más clara con el tiempo, pero presente siempre con la constancia de las cosas que ya encontraron su lugar y no tienen intención de moverse.

EPÍLOGO

El brillo de la tierra yerma

Valle de Mazapil. Años después.

El cerro seguía siendo el mismo.

Eso era lo primero que notaba Nabor cada vez que caminaba hacia él, que el cerro no había cambiado. Seguía teniendo el mismo tamaño, la misma forma irregular, el mismo color rojizo y oscuro en la parte que miraba al norte. Era un cerro pequeño, del tipo que en cualquier otro contexto nadie habría mirado dos veces.

Pero debajo de él la mina había excavado durante tres años en las zonas que el convenio le permitía acceder desde sus propias concesiones subterráneas. Lo que habían extraído era exactamente lo que el ensaye había indicado: mineral de alta ley que había elevado el promedio de producción del complejo de manera suficientemente significativa como para que el convenio con el ejido apareciera en los informes internos de la corporación como uno de los acuerdos comunitarios más rentables por unidad de costo de la última década de operaciones latinoamericanas.

Nabor lo sabía porque Prisciliana se lo había explicado con el mismo lenguaje de los informes, que era el lenguaje que ella manejaba ahora con naturalidad después de dos años de carrera en Zacatecas.

—¿Y eso es bueno para nosotros? —le había preguntado él cuando ella le contó.

—Significa que el convenio es mucho menos costoso para ellos de lo que calcularon —dijo Prisciliana—. Y que cuando venza el plazo de los dieciocho años van a querer renovarlo.

—¿Y nosotros?

—Nosotros también vamos a querer renovarlo. Pero en mejores condiciones.

Era la respuesta más precisa disponible, y Nabor la había guardado con la misma concentración con que guardaba cualquier información útil.

La tarde en que Nabor fue al cerro esa vez en particular, Eustolia estaba en la cocina de la cooperativa cuando llegó a buscarlo Remedios con la cara de quien acaba de recibir una noticia que todavía está procesando.

—Nos renovaron el contrato del comedor —dijo Remedios, dejando los papeles sobre la mesa.

Eustolia limpió las manos en el mandil y tomó los papeles.

Los leyó despacio.

—Dos años más —dijo.

—Con aumento del doce por ciento.

—¿Y lo de las socias nuevas?

—Incluido. Pueden incorporarse tres más al comedor si conseguimos el espacio para ampliar la cocina.

Eustolia dejó los papeles sobre la mesa y miró hacia la ventana durante un momento.

—¿Cuánto cuesta ampliar la cocina?

—Cuarenta y ocho mil pesos. Lo calculé ayer.

—¿Y el fideicomiso cubre algo de eso?

—No directamente. Es para educación, no para infraestructura. —Remedios se sentó en la silla de enfrente—. Pero si ampliamos la cocina e incorporamos tres socias más, el ingreso adicional cubre el costo de la ampliación en siete meses.

Eustolia volvió a mirar los papeles.

—Entonces lo hacemos —dijo.

—¿Sin consultarle a nadie?

—Le consulto a las socias. —Eustolia dobló los papeles y los guardó en el cajón donde guardaba todos los documentos de la cooperativa—. Los hombres del ejido ya tuvieron su turno de decidir sin consultar a nadie. Ahora nos toca a nosotras decidir y ellos que se enteren después.

Remedios sonrió.

—No es exactamente lo mismo —dijo.

—No. Nosotras lo hacemos mejor.

En la parcela del norte, Vicente estaba deshierbando una sección de alfalfa cuando escuchó llegar la camioneta de Cipriano por el camino. Levantó los ojos, confirmó que era él, y volvió al deshierbe porque la camioneta tardaba todavía cinco minutos en llegar desde donde se escuchaba y ese tiempo también tenía trabajo que hacer.

Cipriano se bajó con una bolsa de plástico de la tienda de Concepción del Oro.

—Traje pan —dijo, que era lo que decía siempre que llegaba con algo.

—¿Y tus hijos? —preguntó Vicente, sin detenerse.

—Se quedaron con su mamá. La semana que entra vienen todos.

—¿Y puedes quedarte hoy?

—Hasta mañana en la tarde.

Vicente asintió. Era suficiente. No era todo lo que habría querido pero era suficiente, que eran dos cosas distintas que Vicente había aprendido a manejar sin confundirlas.

Siguió deshierbando hasta que terminó la hilera. Luego se enderezó, se limpió las manos en el pantalón y fue hacia donde Cipriano esperaba apoyado en el cofre de la camioneta.

—¿Cómo está la parcela? —preguntó Cipriano.

—Bien. La alfalfa de este año llega a la cintura antes del corte.

—¿Y el pozo?

—Constante. El técnico de la empresa vino la semana pasada a revisar y dijo que la presión está exactamente donde tiene que estar.

Cipriano miró la alfalfa durante un momento.

—¿Te arrepientes de no haber vendido? —preguntó, y no era una pregunta cargada sino genuina, del tipo que solo se puede hacer cuando ya se sabe la respuesta pero se quiere escucharla de todas formas.

Vicente tomó uno de los panes de la bolsa.

—No —dijo—. Y tú tampoco.

Cipriano lo miró.

—Yo no tenía parcela que vender.

—No. Pero tienes de dónde venir. —Vicente mordió el pan—. Eso vale lo mismo.

Serafín encontró a su hijo mayor de doce años sentado en el borde del tanque de almacenamiento del pozo comunal después de la escuela, mirando el agua con la concentración de quien está pensando en algo que no es el agua.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Nada. Mirando.

—¿El agua?

—El agua. —El niño la miró un momento más—. Papá, ¿cuándo deja de ser raro ver agua aquí?

Serafín se sentó junto a él en el borde del tanque.

—¿A ti todavía te parece raro?

—Un poco. Mis amigos de la ciudad dicen que para ellos el agua siempre estuvo. Que nunca pensaron en ella.

—Eso es porque nunca les faltó.

—¿Y es mejor así?

Serafín lo pensó un momento con la honestidad que merecía la pregunta.

—No lo sé —dijo—. Quizás las dos maneras tienen algo de las dos. Ellos no saben lo que es no tener y nosotros sabemos demasiado bien lo que es no tener. —Pausa—. Pero nosotros también sabemos lo que vale cuando llega. Y eso ellos no lo saben.

El niño asintió con la seriedad de quien está grabando algo.

—¿Y Acuífero? —preguntó—. ¿Cuando crezca va a entender por qué se llama así?

Serafín miró hacia la casa donde Remedios estaba con el bebé.

—Cuando crezca se lo explicamos —dijo—. Y si todavía no entiende le mostramos lo que había antes de que llegara el agua. Que todavía están los registros del nivel del pozo comunitario. —Serafín se levantó—. Ese papel que decía cuánto había bajado lo guardé. Para que en su momento lo vea.

El niño se levantó también.

—¿Y si cuando crezca ya no hace falta explicarle porque el agua siempre estuvo?

—Entonces habremos hecho bien nuestro trabajo.

Prisciliana llegó al ejido ese fin de semana con Alejandra, que era la primera vez que venía al lugar sobre el que habían escrito juntas. Llegaron en el autobús de las cuatro de la tarde y caminaron desde la parada con las mochilas al hombro por el camino que Prisciliana conocía de memoria.

Alejandra miraba todo con la atención concentrada de quien está visitando un lugar que conoce en documentos pero no en persona.

—Es más pequeño de lo que imaginé —dijo.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que el convenio tiene tanto peso en el análisis académico que uno imagina que el lugar tiene que ser proporcional.

—El lugar tiene el tamaño que tiene —dijo Prisciliana—. El peso lo pusimos nosotros.

Alejandra la miró.

—¿Nosotros quiénes?

—Todos. Mi mamá, Remedios, mi papá, Vicente, Serafín, Filemón. —Prisciliana siguió caminando—. Yo también, aunque en ese momento no sabía que era lo que estaba haciendo.

—¿Y ahora lo sabes?

—Ahora sé los términos técnicos para lo que hicimos. Si eso cuenta como saberlo, sí.

Alejandra rio.

Llegaron a la casa donde Eustolia tenía la cena lista y donde Nabor estaba sentado en el portal esperando sin pretender que esperaba, que era su manera de esperar.

—Esta es Alejandra —dijo Prisciliana.

—Ya sé —dijo Nabor—. La de la cláusula.

Alejandra le extendió la mano.

—La cláusula fue de Prisciliana —dijo—. Yo solo encontré el modelo.

—Los modelos son la mitad del trabajo —dijo Nabor—. La otra mitad es saber cuándo usarlos.

Eustolia los llamó a cenar desde adentro.

Esa noche, cuando todos se habían recogido y la casa estaba en silencio, Nabor salió al portal un momento antes de dormir. Era su costumbre: terminar el día con cinco minutos afuera, mirando lo que había que mirar y sin mirar nada en particular.

Las luces de la mina estaban en el horizonte con su claridad habitual.

Las luces del ejido también estaban encendidas. No con la misma escala. Pero más que hacía cuatro años, que era lo que importaba.

Eustolia apareció en la puerta con el rebozo sobre los hombros.

—¿Vienes a dormir? —preguntó.

—Ya.

Ella se quedó parada en la puerta en lugar de volver adentro, que era la señal de que quería decir algo o que quería que él dijera algo.

—¿En qué piensas? —preguntó finalmente.

Nabor miró las luces del ejido durante un momento.

—En que hay más casas encendidas que el año pasado —dijo.

—Dos familias volvieron —dijo Eustolia—. Y los Saucedo están pensando en regresar si consiguen casa.

—¿Los Saucedo que se fueron a Saltillo?

—Ellos mismos.

Nabor asintió.

—¿Y tú los recibirías?

—La cooperativa necesita una socia más para el turno de mañana —dijo Eustolia—. Si la señora Saucedo quiere, puede empezar el lunes.

Nabor no respondió. Pero algo en la manera en que se levantó de la silla comunicaba que esa respuesta le había parecido la correcta.

Entraron juntos.

Afuera, el viento del norte seguía soplando desde la sierra con la temperatura de diciembre que en el desierto chihuahuense anuncia invierno sin pedirle permiso a nadie. Las luces de la mina seguían encendidas en el horizonte con su indiferencia constante y su claridad que no necesita de la oscuridad para existir pero que se ve mejor cuando la oscuridad está.

Y la tierra yerma brillaba esta tarde como había brillado siempre: con el mineral en la roca, con la mica en el polvo, con ese resplandor específico de las cosas que están ahí desde antes de que llegara cualquiera y que seguirán estando cuando todos se hayan ido.

Como siempre había sido.

Como seguiría siendo.

Filemón terminó la clase en línea a las once de la noche, que era la hora a la que terminaban las clases en línea cuando uno trabaja turno de día y estudia lo que queda de la tarde y la noche.

Cerró el ordenador. Se estiró. Fue a la cocina a buscar agua.

Por la ventana podían verse las luces de la mina en el horizonte. Llevaba toda la vida viéndolas pero desde hacía dos años las veía de manera diferente, con el conocimiento específico de quien trabaja adentro de algo y sabe cómo funciona desde el lado que no se ve desde afuera.

Ernesto Valdés le había mandado un mensaje esa semana. Decía que el área de gestión ambiental necesitaría alguien con perfil técnico completo en dos años, cuando Filemón terminara la carrera, y que si seguía con el mismo desempeño podría ser ese alguien.

Filemón le había respondido que lo pensaría.

Era verdad que lo pensaría. No era verdad que tuviera dudas sobre la respuesta.

Prisciliana apareció en la cocina también, con el cuaderno bajo el brazo, que era la manera en que circulaba por la casa a cualquier hora.

—¿Terminaste? —preguntó.

—La clase sí. El trabajo práctico lo termino mañana.

—¿De qué es el trabajo?

—Modelado de acuíferos bajo condiciones de sobreexplotación. —Filemón llenó el vaso de agua de la llave, que todavía le producía algo cuando lo hacía aunque ya no lo nombrara—. Básicamente calculamos cuánto tiempo duran los acuíferos según distintos escenarios de extracción.

Prisciliana lo miró.

—¿Y el nuestro?

—A los ritmos actuales, con los tres pozos operando y la extracción de la mina controlada según el convenio, entre veinte y veinticinco años antes de que haya que revisar las condiciones de operación.

—¿Y después de los veinticinco años?

Filemón tomó el vaso.

—Eso es lo que estamos aprendiendo a calcular —dijo—. Todavía no sé la respuesta. Pero cuando la sepa se la digo.

Prisciliana asintió.

—Bien —dijo—. Porque en quince años el convenio va a necesitar renovarse y alguien va a tener que saber qué pedir.

—¿Y ese alguien eres tú?

—Ese alguien somos los dos —dijo Prisciliana—. Y quizás Acuífero Sandoval cuando tenga edad suficiente para entender por qué se llama así.

Filemón rio.

Era la primera vez en mucho tiempo que los dos reían juntos en la cocina de la casa, que era también la cocina de siempre con el mismo olor de siempre y el mismo sonido del viento afuera y las mismas luces de la mina en el horizonte y el agua nueva en la llave.

Todo igual.

Todo diferente.

Como suelen ser las cosas que valen la pena cuando uno las mira desde el lado correcto.